

A miniature room set made of paper. In the center is a bed with a greyish-brown paper blanket and two patterned pillows. To the left is a small table with a pink and gold paper lamp. To the right is a white paper table with a purple cup and a silver paper TV. In the foreground is a large, colorful paper rug with a geometric pattern. The room is set on a wooden floor with yellow curtains in the background.

Clara Obligado

La muerte juega a los dados

Clara Obligado

La muerte juega a los dados



Clara Obligado, *La muerte juega a los dados*
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-511-8

© Clara Obligado, 2015

© Del diseño de cubierta: Julieta & Grekoff, 2015

© Del origami: Isabel Lafuente, 2015

© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 209

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*Usted cree que el destino juega a los dados,
y yo creo en las leyes perfectas.*
Albert Einstein a Max Born

No renunciaré nunca a la nostalgia de mi tierra.
Gabriel García Márquez

*Confía en el tiempo, que sabe dar dulces salidas
a amargas dificultades.*
Miguel de Cervantes

Estos cuentos proponen al menos dos itinerarios de lectura: el primero es lineal, y en él se percibirá la trama policíaca y la historia de la familia Lejárrega; el segundo lo puede organizar el lector a voluntad, y en él aparecerán historias que tienen algunos puntos en común. Esta forma mestiza, que lo es también en el idioma, es mi manera de plantear una escritura descolocada, fuera de los límites, extranjera.

UN CADÁVER EN LA BIBLIOTECA

–*Mary ha entrado a decirme que hay un cadáver en la biblioteca (...).*
–*No digas tonterías. Has estado soñando.*
Agatha Christie, *Un cadáver en la biblioteca*

Estaban por volver los señores Lejárrega de la ópera cuando Mme. Tanis corrió las cortinas de la sala. Ya había acostado a la niña y solo le quedaba encender la iluminación de los cuadros; en la chimenea secreteaban las brasas, el agua estaba sobre las mesillas y el termo caliente en la cama del matrimonio. Eran las doce y cinco de una noche sin luna. Haciendo equilibrios, con la bandeja del oporto y las copitas tintineantes, entró en la biblioteca. Algo extraño había sucedido. En el suelo, un bulto. No era un pliegue en la alfombra, sino algo mucho más grande, como si un animal, indiferente a la severidad de la casa, se hubiese tumbado a dormir. Sintió bajo los pies una pasta pringosa y, entonces, tropezó: las copitas se bambolearon, saltaron por los aires, empezaron a dibujar, en el claroscuro del recinto, una parábola de luz.

Cuatro horas antes, el chofer conducía a los señores Lejárrega al teatro Colón. Un murmullo admirado recorrió la platea cuando Leonora, con su vestido blanco recién traído de París, se asomó al palco de siempre, situado casi sobre el escenario. La melena azafranada recogida en una trenza formaba una corona, el escote muy amplio, el abanico de los músculos del cuello, la piel increíblemente pálida. Héctor la tomó por el hombro; su mano era posesiva, grande, sigilosa como una araña. Al sentir su tacto, Leonora tembló para retroceder en la penumbra, parpadearon las luces tres veces, hubo un vibrante desorden de instrumentos y los primeros acordes del prelude de *La Traviata* reventaron en la sala. Leonora se ocultó tras la discreción de las cortinas de terciopelo, giró hacia el escenario, bajó los párpados. Emotivos y solemnes, los violines le humedecieron los ojos.

Esa misma mañana, Alma, hija única del matrimonio Lejárrega, soportaba las clases de francés de Mme. Tanis. Había perdido dos semanas de colegio porque se había caído de su pony en «Los naranjos» y le estaba costando recuperarse. Le dolía un poco la rodilla cuando la institutriz la obligaba a sentarse recta y le señalaba los objetos de su habitación con su dedo afilado. Los ojos grises de halcón clavados en ella. La niña sudaba nerviosa hasta que Mme. Tanis daba por terminada la clase y la llevaba en volandas al baño. Había que ducharse con mucho jabón. ¡Hueles mal!, le decía, ¡no toquetees a tu madre, te pringas con ese empalagoso perfume de lilas! ¡Las niñas buenas no huelen a lilas! La institutriz tenía olfato de lebrél y siempre vestía de negro. Llevaba el pelo gris férreo peinado en un rodete tirante y, cuando iba a buscarla al colegio, se calaba un sombrero de alas anchas, sostenido por alfileres, que la hacía parecer aún más imponente. Era delgada, dura por dentro y por fuera, elegante, sí, pero de una manera repetitiva. Alma le tenía miedo y, siempre que podía, se escapaba a la recámara de su madre. A veces lograba trepar a su regazo y acercaba la naricilla al cuello largo, trataba de robar el aroma de esa melena roja que se desplegaba como el oleaje. Hundirse en los remolinos de la nuca, ahogarse en el perfume mareante de mamá. ¿Por qué no tengo tu pelo rojo? Y mamá, siempre un poco tensa, la alejaba de su cuello y le acariciaba los rizos cortos mientras susurraba: rubio es más bonito, mi niña preciosa, te pareces a Shirley T. Entonces Alma sonreía con sus preciosos hoyuelos y se prometía ser eternamente buena, como Shirley Temple en la pantalla.

—Te quiero tanto. Te quiero, ricitos de oro. Vamos a hacer una pajarita de papel. Los dedos finos de mamá, las uñas rojas, el anillo de brillantes que corta el aire plegando y desplegando, tris-tras, tris-tras. Magia.

—Para tener suerte, hay que hacer mil.

—¿Y para qué sirven?

—Para nada, mi amor, las cosas bellas nunca sirven para nada.

Siempre repite lo mismo, en el mismo orden: el pelo, Shirley T., las pajaritas, las cosas bellas. Abre el cajón del tocador. Dentro, junto al perfume de lilas, Alma ve el nido de las pajaritas blancas, con su piquito doblado.

—¡Cuántas hay!

—Nunca las suficientes.

Ocho años antes de la representación de *La Traviata* en el teatro Colón,

Leonora, joven e ingenua, se había casado con Héctor Lejárrega, uno de los hombres más influyentes de Buenos Aires. Lo había hecho empujada por su madre, esa viuda con más apellidos que dinero, quien veía en la siembra de su hija su propia cosecha. Héctor era muy conocido en la alta sociedad, altanero, bastante mayor. A Leonora le pareció bien que amor y riqueza se solaparan. De niña había sufrido escasez en un medio opulento y eso acumula humillaciones, el penoso disimulo de la precariedad en una casa minúscula en pleno Barrio Norte, la imposibilidad de salir de esas pocas manzanas porque más allá del coto de los ricos, el mundo era puro destierro. Huérfana desde pequeña, Leonora se sentía tranquila con un hombre que representaba la imagen paterna y paliaba sus angustias gastando montañas de dinero. Héctor la convertía en reina cuando salían a navegar, en el hipódromo o en los bailes, a los que siempre acudía con su madre como *chaperon*. Además, la llevaría a Europa a pasar la luna de miel. No estuvo sola con él hasta la noche de bodas, y poco sabía de lo que le tocaba hacer, era normal en la época que no se hablara del tema y que la madre, con un «déjate hacer» hubiera zanjado la cuestión. Llegó nerviosa y cansada al final de la fiesta y entonces, desde la altura de su belleza, cayeron en alud los sueños, perdió sentido la primorosa lencería del ajuar, desapareció la ternura, las buenas maneras, todo terminó para siempre en esa noche tremenda. Llorosa, despertó en una cama vacía y corrió a bañarse. Dentro de la bañera se frotó casi hasta hacerse sangre. Cuando fue más dueña de la situación bajó a desayunar, en *robe de chambre*, con la melena suelta. Mme. Tanis la estaba esperando junto a la mesa del comedor. Sin hacerle el menor caso, Leonora alejó con un mohín caprichoso todo lo que no fuera café. Cuando le preguntó dónde estaba su marido, la mujer le lanzó una sonrisa torcida y pudo ver el brillo helado en sus ojos grises.

Mme. Tanis había llegado a casa de los hermanos Lejárrega cuando eran casi adolescentes. Era muy bonita, con una expresión decidida, un cuerpo perfecto y la virtud de mantener la boca cerrada. Con esa mujer a su lado, los Lejárrega se hicieron hombres, con ella se acostaron en el cuarto de servicio y luego permaneció con ellos sin molestar, como si fuera un mueble. Fue menguando su hermosura, la melena rubia se volvió plateada, los ojos grises perdieron brillo. Siguió tensa como la cuerda de un violín, apenas comía, nunca perdió las buenas piernas y un olfato capaz de husmear en el aire hasta

los menores conflictos. Los conflictos, el poder y el dinero, que era lo que más le gustaba en el mundo.

El destino de los hermanos Lejárrega fue divergente. Mientras Héctor acrecentaba su fortuna, Diego, de carácter soñador, fracasó sin estrépito en todos los terrenos posibles. Empezó por casarse con Liza, una mujer de Kiev altiva y bellísima, pero más ambiciosa que una matrona romana, la dejó manejar una fortuna que ella devoró y, para completar el desastre, cuando Liza se lanzó a otros brazos y abandonó a la hija de ambos, Diego huyó a París, dejándole a su esposa, además de la casa de Belgrano, todo cuanto tenía. A Diego no parecía interesarle el dinero y, con una carrera de funcionario internacional, vivió con bastante sencillez, logró cierto reconocimiento como poeta, tuvo otra pareja y fue tímidamente feliz. Nunca se divorció de Liza y, a lo largo de toda su existencia, se ocupó de que no le faltara nada. Quizá por simple caballerosidad, quizá para evitar conflictos o, tal vez, porque era un romántico a quien no le gustaba reconocer que una mujer con ese porte lo había abandonado. Héctor, en cambio, se casó con Leonora cuando era casi viejo. Para qué hacerlo antes, si tenía a sus órdenes a Mme. Tanis y, con ella, todo lo que un hombre necesita de una mujer: la casa en orden, la boca cerrada y, si el señor lo requería, las piernas abiertas.

En el colegio, Alma ya no era Shirley T. y sus vestiditos de encaje, sus moños de seda y los zapatos con botones de perla, sino una niña con delantal negro hasta las rodillas que hacía reverencias y hablaba en francés. En la puerta la recibía una monja con el reloj en la mano y todos los días silabeaba a picotazos: *bon-jour-ma-fi-lle*. Alma respondía, pálida de angustia, como un muñequito a cuerda: *bon-jour-ma-mére*. Una monja como la reina de *Alicia en el país de las maravillas*. ¿No sabe jugar al croquet? Que le corten la cabeza. ¿Ha llegado tarde? Que le corten la cabeza. ¿No sabe la tabla del seis? Ni la enorme fortuna, ni la aureola de rizos dorados la salvaban de la mirada inquisidora de sus compañeras, siempre un poco más altas, siempre un poco más inteligentes. Una jornada larga, en la que Alma hacía equilibrios sobre un hilo de alambre y vadeaba el río turbulento de la jornada escolar. Lo único que le gustaba de ir al colegio era el pequeño mundo de su pupitre, los libros forrados con tela, la cortinita y la caja de los guantes, blancos para las ceremonias, azules para salir. Además, Alma no era como las demás, a primera vista tal vez sí, pero ella tenía poderes. Era capaz, por ejemplo, de

menguar, encogerse, hacerse más y más pequeña hasta desaparecer tras la tapa del pupitre y, entonces, el tufo de la goma de borrar, el ejército de lápices, los libros gigantes, el vasito de plata con sus iniciales grabadas, profundo como una piscina.

Frotándose las manos en la oscuridad del palco, mientras oía el sonido cursi de los violines del «Preludio», Héctor Lejárrega se regodeó recordando cómo, poco antes del estreno de *La Traviata*, había logrado vencer la resistencia de esa chica judía de pechos enormes. Trabajaba de taquígrafa en una de sus oficinas y, aunque era evidente que le gustaba coquetear, no estaba nada claro que deseara perder la virginidad poco antes de casarse. Héctor sonrió recordando su estrategia de cazador experto: los prudentes regalos y las amenazas sutiles, el préstamo generoso y el acoso ante las letras que vencían, los roces casuales de las manos sobre los papeles y, por fin, la violencia de su cuerpo pesando sobre el frágil esqueleto de la chica. Qué coincidencia. Ahora, mientras sonaba el coro, Sarah se habría casado. *Libia-mo- ne l'-lieti-ca-li-ciiii, tararí, tararararii tararararí, la lá*. Envuelto por la alegre música, fue alejándose mentalmente de la sala, la imaginó entrando en la sinagoga, bajo el palio, girando en torno al novio. Imaginó su piel tostada y sus grandes ojos claros. Imaginó su piel desnuda bajo el vestido de novia. Imaginó ese cuerpo arisco y firme que él conocía y el novio todavía no, la imaginó con la melena suelta junto al desposado, que estaba envolviendo la copa en un pañuelo para quebrarla con un pie. *¡Mazai tov!*, gritarían los invitados. *¡Pobre tonto!* pensó Héctor, divertido. Se frotó las manos. Basta de ópera. Tal vez fuera un buen momento para salir a tomar el aire. Abrió con sigilo la puerta del palco.

Leonora se despertó justo cuando la soprano, vestida con un traje de faldas anchísimas, avanzaba con la copa de champán y arremetía con las primeras notas de «bebamos en alegres vasos». ¿Por qué eran siempre tan gordas las sopranos? ¿Por qué los bajos eran altos, y los tenores, bajos? Ay, cuántos enigmas. *Libia-mo- ne l'-lieti-ca-li-ciiii, tararí, tararararii tararararí, la lá*. Las copas agitándose en el aire al ritmo de una contundente melodía. Ahogó un bostezo, se frotó los ojos para disfrutar de esos compases que tanto le gustaban. Copas de champán con forma de flauta, para que no se volcara el líquido. ¿Beberían de verdad? ¿Terminaría el coro completamente

borracho?, ¿la soprano bamboleante? La idea le hizo gracia. En el palco de las viudas, situado al ras de la platea, su madre debería de estar ya dormida. Al abrirse la puerta sintió frío en la espalda, vio que Héctor salía a fumar y estiró la mano para atrapar su estola de zorro plateado.

Claro que la llegada de una Leonora recién desposada al caserón de Héctor Lejárrega no fue bien vista por Mme. Tanis, todo empezó a ir mal con la llegada de la intrusa. ¿Para qué necesitaba el señor otra mujer en casa? Estudió con disgusto los baúles de Leonora, tasó con envidia los armarios que se iban desbordando de ropa de lujo, las fauces de los cajones vomitando sedas. Sí, era preciosa pero, se pusiera lo que se pusiera, y llevara las joyas que llevara, esa chica resultaba demasiado joven, demasiado pálida, demasiado tímida. Una caprichosa que no sabe lo que es la vida, sentenció Mme. Tanis, que sufría las humillaciones de una madurez que no la predisponía a aceptar la presencia de una muchacha. Para colmo, se había mudado con la bruja de su madre. Una bruja interesada, pensó, una señorona dueña de una ristra de apellidos patricios pero sin un rectángulo de tierra para cavar su tumba. Y no se equivocó en sus suspicacias. La verdad era que, luego de un parto que la llevó al filo de la muerte, Leonora solo le había dado a don Héctor una niña sensible y nerviosa. Y ni siquiera tenía la belleza de su madre. Dijeran lo que dijeran, era muy difícil que vinieran más hijos, nunca llegaría el varón. No solo por la salud de Leonora, sino también por las circunstancias: hacía tiempo que don Héctor había vuelto a subir a la habitación de servicio y el matrimonio ya no dormía en la misma cama.

En el momento en que los dedos de Leonora rozaron la estola de zorro, alguien entró. Supuso que sería Héctor pero no, era su madre, que había abandonado el palco de las viudas para asomarse a la platea. Mamá, qué hacés acá, susurró Leonora, y la madre: chist, me aburro como una ostra, desde mi palco solo veo zapatos y, si no se ve a la gente, para qué aguantar una ópera. Justo en ese momento sucedió aquello que ocuparía páginas en *La Nación*: una soprano gordísima, italiana, para más datos, vestida con kilómetros de seda blanca, tropezó con sus propias faldas y zas, lanzó la copa al aire (sí, estaba llena de un líquido oscuro, ¿vino?, ¿té?), la copa rebotó contra la nariz de la mezzo, que se tapó inmediatamente la cara (entre sus dedos manaba con vehemencia la sangre) y, teñida de rojo, fue a dar contra la

pechera blanquísima del primer tenor, dejando, en la superficie almidonada, un clavel de fuego. El tenor, por supuesto, intentó frenar el vuelo de cristal, pero la copa rebotó para seguir, como una polilla iluminada y morir, hecha añicos, en el suelo. El vino, o lo que fuera, salió como un latigazo hacia el primer palco, donde Leonora se dio cuenta de que sí, algo bebían, alcohol o café, y pensó qué pena mi vestido, la falda manchada y es nuevo, un modelo de Chanel. Todo esto, que ocupó tanto espacio en los periódicos, duró apenas un segundo, el de la vacilante perplejidad de la platea y, si no fuera por los hechos ulteriores, Leonora lo hubiera olvidado. De pronto, como si fuera un número de circo mil veces ensayado, el público reaccionó, granizaron los aplausos, explotó una ovación, la soprano se recompuso y, dueña otra vez de la escena, taladró el aire con sus gorgoritos. La mezzo ya se había limpiado la sangre y el tenor tapaba, discretamente, la mancha de su pechera. Eran las diez en punto de la noche.

Todavía faltaban dos horas para las diez cuando Zacarías Eldestein lanzó por los aires la copa de vodka y la hizo estallar contra la pared empapelada de flores, que comenzó a chorrear un líquido viscoso. Había sido un gesto impulsivo, como tantos otros, pero esta vez se trataba de la ira justa de un hombre vejado. Sarah lloraba entre las sábanas diciendo que ella no, no había hecho nada, no todas son iguales, gemía, a veces sucede así, no se sangra, el vestido de novia en la silla de la habitación, la corona de flores silvestres mancillada.

—¡Larga vida a los novios! —les habían gritado poco antes, a la salida de la sinagoga. ¿Y qué sentido tenía ahora el deseo? Para Zacarías todo había terminado, sin honor un hombre no merece vivir. Salió al patio y, furioso, le dio una patada a una gallina que había venido amistosamente a picotearle un pie. Con un cacareo de sorpresa, el bicho saltó por los aires, dejando tras de sí un rastro de sangre. En su Rusia natal, Zacarías había tenido muchos accesos de rabia, su madre intentaba controlarlos con una vara de fresno con la que le azotaba las piernas y el maestro con una regla con la que le calentaba las nalgas. En el ejército habían intentado domarlo a fuerza de castigos y trabajos, pero solo lo amansaría, en el barco que lo alejaba por fin del continente, Sarah, esa briosa muchacha que había logrado casarse con él a fuerza de abstinencia. Toda su familia había desaparecido en un *pogrom*, así que Sarah viajaba sola. Además, hablaba algo de castellano, tenía un oficio y

un carácter decidido que enamoró a Zacarías. Le daría hijos de brazos musculosos, pensó, y, en las noches heladas en un país extranjero, una dosis razonable de tibieza bajo las sábanas. Sarah era hermosa hasta el temblor, la piel tostada y bellos ojos del color del ámbar. Sarah, una férrea brida de seda para su carácter desbocado. Por ella se había dejado domar, y ahora, esto. Esto. Zacarías que, de joven, casi había matado a un hombre en un bar, solo porque le había volcado la bebida. Zacarías, que terminó en la cárcel por patearle la espinilla a un superior. Que, muerto de vergüenza, intentaría suicidarse cuando, en la perdida Rusia, su hermana huyó con un soldado. Mientras intentaba no escuchar las súplicas de su esposa, sintió el impulso de correr a casa de Lejárrega para matarlo. Tenía que haber sido él. Un jefe. Un mandamás. Un déspota. Matarlo y morir, pues no soportaría la vejación de la cárcel. Respiró hondo: eran las ocho y diez de la tarde.

La copa de oporto voló por los aires y Mme. Tanis la oyó estrellarse en el suelo de mármol, más allá de la alfombra, vio (aunque no sabe cómo, porque la luz estaba apagada), más bien vislumbró un arcoiris de cristales que reventó sobre el pavimento, como si quebrase la calma de un lago. Olió el alcohol dulzón del oporto y escuchó que alguien corría bajo la ventana (al menos eso fue lo que dijo a la policía), y pasó un auto. Oyó también pasos de hombre golpeando la calle, dijo, aunque luego se corrigió: o tal vez eran de mujer, como un taconeo. ¿Estaba ya el automóvil de la señora? No lo sé, señor, respondió Mme. Tanis al detective O'Brien, incómoda porque el hombre era más bajito que ella y se balanceaba sobre las puntas de los pies para parecer más alto y, además, olía a comida. ¿Que si estaba el auto? Puede que sí, puede que no. La señora apareció unos minutos más tarde aunque, cómo adivinarlo, tal vez llevara más tiempo en casa. Parecía muy nerviosa, declaró también, pero ya sabemos cómo es la señora, lo raro es que estaba despeinada, con la trenza suelta y vestida de gala. Un vestido muy bordado, blanco, sí señor, ceñido hasta la cintura, con escote y una falda como una corola. En el regazo, la tela parecía manchada. Sí, señor, parecía manchada. ¿Manchada cómo? ¿Con qué?, insistió O'Brien, molesto, porque le habían interrumpido la cena. ¿De qué color era la mancha? Color oscuro, como si fuera vino, dijo la mujer, sí, señor, color vino. O color sangre. Y el detective pensó que, si se dejaba llevar por la intuición, esa mujer era la asesina, mentirosa, lianta, el dinero podía ser un móvil, el amor más difícil, a esa

edad, aunque tenía buenas piernas y, con las mujeres maduras de buenas piernas, nunca se sabe. No, señor, no tenía la estola de zorro plateado, qué raro, ¿verdad? Si venía de la calle, insistió Mme. Tanis, tendría que haberla llevado puesta. Tampoco llevaba los guantes, eran de esos largos, hasta el codo, que no se quitan en dos minutos, estoy segura de que los llevaba al salir. ¿Que dónde está ese vestido? No lo sé, detective, pregúnteselo a ella. Y añadió, con su sonrisita maligna: puede que lo haya quemado.

Mme. Tanis había sentido en la suela de sus botines un líquido pringoso, luego oyó el roce liviano de una tela. A punto estuvo de caer sobre el cuerpo tendido en la alfombra, creyó escuchar bajo la mesa un gemido, como de animalillo asustado (¿una rata, en el salón? ¡qué extraño!) se sobresaltó cuando las copitas de oporto volaron por los aires y, en el claroscuro (las persianas de la biblioteca permanecían abiertas, justo allí hay un farol y estaban también las brasas de la chimenea), agachada todo lo que le permitía el cuerpo (que, a su edad, era poco, aunque todavía estoy ágil, señor detective), olió primero la colonia, la ropa de lujo (tengo un olfato excelente), la piel tantas veces recorrida y pudo ver, por fin, la gran cabeza de toro de Héctor Lejárrega (la cabeza amada), como si la hubiera atacado el sueño, con un tiro en la sien.

Al día siguiente, en los periódicos, corrieron ríos de tinta con las más variadas hipótesis, pero hay crímenes que nunca se resuelven. La noticia compartió página con la inauguración del obelisco y los sucesos del estreno de *La Traviata* en el teatro Colón. Aparte, en un recuadro minúsculo, sin que nadie estableciera relación entre los dos hechos, se señalaba la detención de un emigrante ruso a pocas manzanas de la casa de Héctor Lejárrega. Estaba borracho y se resistió con violencia a la autoridad, de modo que fue reducido por las fuerzas del orden. En un descuido del oficial de guardia, el detenido sacó un cristal de su bolsillo (que parecía el fragmento de una copa) y, sin que pudieran detenerlo, se cortó las muñecas. La ambulancia llegó tarde, mientras la sangre manaba a borbotones el presunto delincuente guardó silencio. Murió de camino al hospital, no llevaba identificación alguna.

En ese mismo momento, en un mísero pueblo del norte de Rusia, una mujer se alegraba de que su hijo hubiera emigrado. A través de la ventana, en

la planicie infinita, caían copos como puños, detenidos solamente por las ramas negras de los árboles. La mujer pensó que su hijo tal vez no volvería a ver la nieve y se dijo también que quizá no lo volviera a abrazar. Pero ahuyentó los pensamientos tristes y encendió una vela frente a la fotografía del muchacho. A su lado colocó la de una joven fuerte y hermosa, de pelo y ojos casi dorados, cuyo nombre desconocía y que hoy se convertiría en su nuera. Imaginó los nietos que llegarían. Imaginó que, en algún momento, su hijo la mandaría a llamar. Imaginó la ansiedad y las penurias del viaje. Mientras sacaba de la alacena la botella escondida para las grandes ocasiones, imaginó también esa alegre vejez lejos del frío, en un mundo sin estrenar. Llenó una copita hasta los bordes y brindó por la felicidad de Zacarías quien, en ese momento, se estaría casando en Buenos Aires. En ese mismo instante otra mujer, en Atlanta, dejó de aporrear su Remington para acercarse a la ventana y contemplar la lluvia que rebotaba contra el pavimento. Fue hasta la cocina, sacó una botella que escondía en los anaqueles y soltó dos hielos en un vaso de whisky, los sacudió para oír su tintineo antes de brindar al aire. Apoyó los pies sobre el escabel y se dispuso a descansar. Estaba agotada. Acababa de terminar un gigantesco manuscrito, que su editor se llevaría en una maleta, en el que mezclaba la historia de su país con retazos de su biografía. Con su letra redonda y casi escolar escribió el título: *Lo que el viento se llevó*. Le pareció que esa frase resumía, por fin, todo lo que había pasado.

EL MIEDO

Para Juana Canevari y Teresa Videla

La monja enana vive en la cornisa del patio del colegio, donde anidan los murciélagos, debajo del reloj. Cuando murió, la pusieron en un féretro sin tapa, la toca almidonada, los labios entreabiertos y el aire escapándose como de un globo al final de una fiesta. Entre las ramas de la glicina, la monja enana asoma la cabeza y sonrío, los dientecillos afilados.

Yo la quise cuando estaba viva: me acariciaba la cabeza, escondía las sobras de mi plato. Ahora zumba con sus bracitos de élitro, se relame el polen, liba entre los racimos, serpentea como un avioncito de papel. Cuando salgo del colegio me persigue flotando en una algarabía de velos y faldas negras, salta a la comba con el rosario. Entonces mira hacia abajo, tuerce el gesto y silabea: ya-te-mor-de-ré.

EL CUERPO

*Para Cristina Fernández Cubas y su cuento «Mi hermana Elba»,
del que provienen algunas de las ideas de este relato*

Homenaje a Alice Munro

No podía ser verdad, ya que ella no había visto la escena, pero estaba segura de que, cuando la sacaron del agua, la niña tenía la boca llena de flores. Flores salidas quién sabe de dónde, porque en el agua no hay flores, y el pelo derramado como una medusa. Ese recuerdo la acompañaba desde muy pequeña. Mucho antes de ser esta vieja que está en una silla mirando pasar las nubes, antes de que la abandonara su marido, antes de que nacieran sus hijas, antes de que le probaran el vestido de novia, antes de quitarse por última vez el uniforme oscuro del colegio de monjas, antes de cruzar la plaza abrazada a sus cuadernos, antes de que muriera su padre. Flores en la boca, jazmines o algo así, más bien gardenias de pétalos carnosos. Era la única imagen de la que no podía escapar. Del resto era fácil, buscaba el punto que estaba dentro de su cabeza y, a través de esa ventana de luz, salía de su cuerpo.

–Has estado soñando otra vez –le dijo su madre preocupada–. Nadie puede desaparecer, te miré toda la noche y estabas en la cama.

–No es cierto –dijo Alma, muriéndose de la risa–, no es cierto, mamá, lo que ves es mi cuerpo, pero yo no estoy.

Casi veinte años más tarde, cuando ya le habían diagnosticado la enfermedad, Alma viajaba con su marido y sus hijas en el Cadillac negro. Tenía algo a lo que llamaban *le petit mal*, nada realmente serio, unos mareos que la desequilibraban, ningún ataque. Lo cierto es que padecía terribles dolores de cabeza y le costaba mucho controlar los nervios. El médico había intentado incluir las ausencias de Alma entre los síntomas, pero ella bien sabía que se trataba de otra cosa, no era enfermedad sino magia, y lo lograba desde pequeña cuando, en el colegio, podía desaparecer dentro de su pupitre. Ahora estaba lejos la infancia, era una mujer casada en un Cadillac negro,

con un marido y tres hijas. Se miró complacida en el retrovisor: todavía era atractiva, el pelo rizado y rubio aparecía por debajo del pañuelo, el cuello largo, la piel sin arrugas. Llevaba una blusa con cuello barco y los hombros, bonitos y nerviosos, quedaban a la vista. Como todos los veranos, iban a pasar las vacaciones a «Los naranjos» y el auto estaba a reventar de cajas de comida, maletas, telas para las cortinas, productos contra los insectos. Llevaba semanas organizándolo todo, llamando por teléfono al almacén para que tuvieran listo el pedido, dando órdenes a las mucamas para que guardaran la ropa. La de invierno con bolitas de naftalina, la de verano, limpia y planchada, la que se iban a llevar a «Los naranjos», en el baúl, que permanecía abierto dentro del vestidor. Alma se sentía útil, pero también cansadísima. Odiaba las vacaciones en familia y, además, tendría que ocuparse de las niñas durante todo el día porque el servicio llegaría mañana, con el equipaje. Las mellizas eran dóciles y se dejaban vestir, pero Sonia, que ya estaba por cumplir los once, era arisca como un gato callejero, parecía haberse ido de su alcance, y la hacía sentirse fuera de lugar, un fracaso como madre. Y no había manera de quitarle ese horrible sombrero de fieltro marrón, de dónde lo habría sacado. A Alma le gustaba ayudar a las mellizas, sus cuerpos, tersos y muy blancos, conservaban aún el descaro indiferente de la infancia. Hubiera querido abrazarlas y apretujarlas, pero no sabía cómo hacerlo.

—Adiós, casa —gritaron las chicas al salir, y luego se enfrascaron en esas conversaciones raras que solo ellas comprendían. Sonia, como siempre, estaba leyendo.

Alma se puso las gafas de sol y se ahuecó los rizos. Al acariciárselos, recordó cuando su madre la llamaba Shirley T. Había pasado tanto tiempo. A ella lo que le hubiera gustado era pasar el verano en Mar del Plata pero, año tras año, volvían a «Los naranjos» para que su marido pudiera ir dos veces a la semana a la consulta, unas vacaciones relativas. Alma, ya sabés que tengo que trabajar, los enfermos me necesitan, y estaban apenas a una hora de Buenos Aires.

—¿Cuánto falta? —chillaron las mellizas.

—Acabamos de salir. Sonia, basta de pataditas en el asiento, me duele la espalda. Y cerrá ese libro, que te vas a marear.

—¿Has traído agua, querida?

—Me olvidé.

–Tendrías que haberte acordado. ¿Qué te parecería si me hubiera olvidado de poner combustible?

–No es lo mismo –dijo Alma, mientras cruzaba los brazos y miraba por la ventanilla.

–Deberías ocuparte seriamente de algo. Te haría bien.

Alma decidió no contestar, cuando su marido la trataba así sentía que algo le impedía seguir adelante. Desde la última internación había aprendido a callarse la boca, aunque aún le costaba controlar los ataques de ira. La calmaba cualquier cosa que fuera repetitiva, monótona, que le vaciara la mente, pero se había olvidado el tejido dentro de una de las maletas y ahora, nerviosa, no sabía qué hacer con las manos. Necesitaba un sedante, una copa. Por las ventanillas, la ciudad empezó a alejarse y los árboles, altos y frondosos, crearon un túnel. Cuando las casas se hacían más bajas las mellizas empezaron a cantar a voz en cuello, sus voces infantiles llenaron el coche. Sonia, molesta, cerró por fin su libro y volvió a balancear el pie, dando patadas al asiento de su madre.

–Tengo la boca seca –repitió el marido.

Como le habían enseñado en la clínica de reposo, Alma respiró hondo hasta controlarse, pero la cabeza ya le dolía. De pronto sintió otra patada en la espalda y ahora sí, el cortocircuito en el cerebro, el latigazo de rabia. Fuera de sí se dio la vuelta y lanzó un cachetazo a su hija, el sombrero oscuro voló por los aires. «Pero querida», dijo el marido, contrariado. Las mellizas se callaron la boca.

En el silencio tenso del coche, Sonia se acarició la mejilla palpitante, su madre le había clavado el anillo, una muesca más en el odio que la obligaba a crecer. No encontraba justicia alguna en los golpes de su madre, pero no iba a llorar, no iba a darle ese gusto, se dijo, masticando un chicle de odio y de culpa. Y luego la frase que, cuando su madre le pegaba, le rebotaba en el cerebro: te-voy-a-ma-tar. Abrió su libro con aire provocador. Hacía semanas que había visto nacer, en su pubis, un largo, grueso oscuro pelo que predecía cambios. Un largo pelo extranjero en su terco cuerpo de niña. Te-voy-a-ma-tar. Espió por encima de las páginas la nuca de su madre, el pelo rubio que Sonia no había heredado. El aire que entraba por la ventanilla le traía su odioso olor, mezcla de alcohol, perfume y tabaco. Fingiendo un desdén universal, la niña pasó una página. Alma espió a su hija por el retrovisor, apretó los labios, intentó serenarse, se contuvo pero, cuando sintió otra

patadita, volvió a girarse y la atrapó por el pelo. Ahora sí que Sonia se puso a llorar. Era un llanto lento, inerme, más próximo a la frustración que al enojo. Su padre se pasó el dedo por el finísimo bigote que le subrayaba la nariz y no dijo nada.

Esas fueron las últimas vacaciones que pasaron juntos. Sonia ha muerto hace tiempo y Alma, que ya es muy vieja, está vacía de rabia y no tiene ataques. Hace años que no sabe nada de su marido. No sabe si continúa usando esa pajarita ridícula, si sigue teniendo las caderas demasiado anchas, si se ha afeitado el bigote, si ha perdido el pelo, si es feliz, está gordo o si su vida es un fracaso. No sabe si sigue bebiendo agua en los viajes.

Es como estar casi en la cumbre de una montaña desde donde se observan todos los detalles, pero a la que cuesta muchísimo ascender. Como le pasa muchas veces a los viejos, Alma sabe demasiadas cosas, ha pasado por la experiencia de tener tres hijas, sabe qué se siente cuando te abandonan, ha rozado la locura y también ha sido, pocas veces, feliz. Su recuerdo más diluido es, curiosamente, uno de los más importantes, el del día en que se quedó huérfana, de la muerte de su padre apenas si retiene la imagen de un ataúd. Luego un hueco, una elipsis, un paréntesis, esa luz roja que le estallaba en el cerebro. Y aquello que llamaron *le petit mal*, cuando ella sabe perfectamente que no. Ahora es ya una anciana, con la piel que se desprende de los músculos y la memoria como un colador, perdiéndolo todo por ahí. Es curioso cómo regurgita la infancia mientras se le borra lo que sucede hoy. Sus hijas, por ejemplo, ¿cuál es cuál? Podría, en cambio, dibujar rasgo a rasgo el aspecto severo de su padre, sus arrugas, el nacimiento del pelo, la tensión de la mano asida al mango de plata del bastón, la sonrisa irónica, torcida, las uñas cuadradas con grandes lúnulas blancas, el olor mentolado de la crema de afeitar. Su pasión por los objetos, como si sus colecciones, sus libros, no fueran pertenencias, sino parte de él y, él mismo, el esclavo de sus cosas. Su padre, la incomodidad que germinaba a su paso. ¿Cuántos años hacía que había muerto? ¿Doscientos mil? Las visitas a La Recoleta y el breve recogimiento ante su tumba: Héctor Lejárrega. RIP, una fecha. Nada más. Nadie que hubiera elevado una plegaria, tallado una frase cariñosa. Pero ese no era mi padre, pensó Alma, el hombre acostado en la oscuridad no es mi padre. Lo recordaba construyendo «Los naranjos», los planos sobre la mesa de la biblioteca, la voz estentórea y las órdenes perpetuas. El tono

ríspido con el que se dirigía a su madre: ¡Leonora, vení para acá, andá para allá, no me hables, decí algo, no molestes! Y ella, con su imponente melena roja recogida en una trenza, como la soga de un ahorcado. La casa que estaba construyendo era de estilo andaluz, similar a muchas de las casonas de la época, un ejercicio de melancolía europea. Maderas del país, pero el mármol, el bronce y las cerámicas venían de lejos. También los artesanos. Un herrero español, los hornos de un alfar durante meses y una cuadrilla de italianos capitaneados por Mateo, que fue quien construyó la pileta. Mateo era muy fuerte, de músculos dibujados como los de un boxeador y trabajaba a pleno sol con el torso desnudo. A Alma le gustaba sentarse bajo la galería y contemplarlo, qué alegría la de ese hombre que apestaba a sudor. Una tarde, Mateo la descubrió mirándolo y, sin dejar de trabajar, las manos con la paleta llena de cemento cremoso, se puso a cantar un aire de ópera con una preciosa voz de tenor y le guiñó un ojo, como si dijera «esta canción es para Alma». Alma recuerda esa tarde toda sonido y jazmines, el júbilo del sol desnudando los aromas ocultos de la tierra, la red de sombra de los árboles esparcida sobre el césped. Al día siguiente se puso en marcha el motor de la pileta y una explosión cristalina hizo saltar un chorro de agua. Pusieron lajas alrededor y, cuando clavaron el trampolín, la obra se dio por terminada. Unos días más tarde, Mateo, vestido de traje, amplias solapas y sombrero ladeado, vino a cobrar su trabajo con un regalo para ella, envuelto en papel tosco. Era un libro precioso, en italiano, que guardaría como un tesoro, un libro que no podría leer, pero cuyos grabados terribles de mártires cristianos en la China poblaron sus pesadillas. Mateo apretó la mano de su madre y le preguntó:

–Doña Leonora, ¿puedo besar a su hija?

Alma sintió la mano de Mateo sobre sus rizos, y luego la mejilla tibia y bien afeitada. Olía a talco, a gomina, a hombre.

La casa de «Los naranjos» tenía más habitaciones de las que eran capaces de ocupar, una galería con baldosas en damero, nueve baños y un torreón desde el que se veía el río, y donde su padre pensaba poner la biblioteca. Plantó los árboles con planos que llegaron desde París, un huerto para el que contrató a dos quinteros italianos. Cuando todo estaba terminado, le nació el capricho de tener una fuente y, para hacerlo, tuvo que levantar parte del pavimento. El terreno era más grande que ahora, sucesivas divisiones y herencias lo habían recortado. Había un potrero con algunas vacas para el ordeño, gallos de cabezas hermosas y estúpidas, pavos

altisonantes, un pony laboriosamente enano. Una pista de tenis y, muy cerca, una cancha de polo, cuando había partido la tierra temblaba bajo el galope de los caballos. Todo estaba a punto para ser feliz, pero nadie estaba contento en esa casa, solo Alma, a veces, tirada al sol, junto a la pileta, cuando un avioncito aparecía en el cielo y giraba en tirabuzones escribiendo algo. Luego el viento desleía las letras, la magia de una palabra aparecida sobre el papel azul se convertía en nubes. Pero antes de estrenar la casa su padre murió y se vendió parte del terreno. De esa muerte se hablaba bajito, como si fuera una vergüenza que un hombre tan poderoso hubiera dejado su puesto para huir como un cobarde y encerrarse en un ataúd. A Alma hubo que sacarla de las monjas porque les tenía miedo, empezó con ataques de pánico y con esa locura de que podía escaparse de su cuerpo. Un poco más tarde, le diagnosticaron la enfermedad. Por eso dormía con su madre.

Esa mañana, cuando se despertó, la cama de su madre estaba vacía. Se puso la bata de ella y la arrastró camino del baño. Lápiz de labios y cremas, perfume, el cisne y empolvarse la nariz. Los aros de plata. El collar de mamá. Subida a un banquito, Alma se estudió en el espejo, la seda patinó, dejando en el aire el olor de sus hombros, el cuerpo tan blanco y nítido, la línea secreta entre las piernas. Un beso en el espejo y entonces oyó la voz de su madre llamándola, ¡Alma, vení a conocer a tu prima! Salió corriendo del baño, no importaba que se hubiera maquillado, nunca la regañaban para que no se pusiera nerviosa, y porque había perdido a su padre, aunque nadie puede perder un padre como si fuera un calcetín. Perdido quería decir muerto, y un padre muerto es siempre un buen salvoconducto.

En el porche, su madre se despedía de una señora que dejaba a una criatura de no más de cuatro años. Vio el coche partir entre polvo y tosidos, vio emerger una mano enguantada que se despedía desde la ventanilla y, por fin, vio a la niña que, en los brazos de Leonora, parecía sonreír para congraciarse con el universo. Era la niña más bonita que Alma hubiera visto jamás, una muñeca con su lazo de seda que le sostenía la melena suavemente rizada, los ojos, grandes y azules, estudiaron a Alma con arrobos. En el acto, se bajó de los brazos de Leonora y corrió hacia ella: el roce de la mano confiada la llenó de placer.

—Pasará con nosotros algunas semanas, va a tener otro hermanito y no pueden ocuparse de ella. Luego, como si fueran mayores, Leonora las presentó:

–Viv, querida, esta es tu prima Alma.

Qué lejos está aquel verano, piensa Alma, mientras cruza la plaza con el uniforme gris. Las caderas redondas, los pezones pujando como si fueran dolorosos volcanes. Medias tres cuartos. Zapatos con cordones. El pelo rubio, rizado, siempre en desorden. Un trayecto de jacarandás y polvo de ladrillo va describiendo esa curva relajada donde las flores, que la última lluvia desprendió de las ramas, pintan el camino de un lila violento. El ombú gigantesco, con sus garras a tierra y, a esas horas, los últimos gritos de los niños y de sus niñeras. Hasta muchos años más tarde, Alma no valoraría ese camino cotidiano.

Cuidado con los autos. Cuidado con los autos y con las miradas, cuidado con las palabras y los gestos. En el medio de la plaza había una montañita con una puerta, allí guardaba sus herramientas el jardinero. A veces, cuando pasaba por ahí, el hombre ya estaba recogiendo y se asomaba para verla pasar. Alma intentaba no levantar la vista de la punta de sus zapatos, un paso, otro, otro, pero siempre caía en la tentación y miraba, entonces el hombre sacaba la lengua, como si estuviera lamiendo un helado. Una lengua como una pala, tan grande que parecía que no iba a entrarle en la boca. Luego le murmuraba cosas brutales. Un hombre escondido en la caseta tocándose la entrepierna. Un hombre que avanzaba hacia ella como una rapaz y Alma, desnuda en su mirada, se protegía tras sus cuadernos escudo, caminaba de prisa pero, cuando pasaba de largo, sabía que él la estaba desnudando por detrás, la falda del colegio como un péndulo. Unos metros más adelante venía la obra en construcción, con los obreros que le chiflaban desde los andamios, rojas las mejillas de vergüenza, imposible cruzar, y llegaba a casa manchada de torpezas. No decía nada, de esas cosas no se habla: culpa, ambigüedad, vergüenza por sus axilas de vello incipiente, por sus caderas de mujer. Y un ardor desconcertante que, cuando estaba sola en la cama, se liberaba como un derrumbe. Años más tarde, odiaría ver nacer en sus hijas esas protuberancias.

El luctuoso verano cambió por completo con la llegada de Viv. En primer lugar, Alma dejó sin protestar la habitación de su madre y empezó a dormir con la pequeña. Dejó también de padecer ataques, como si la presencia de la niña la calmara. Viv tenía una camita que parecía de muñecas

pero, cuando apagaban la luz, trepaba a la cama de Alma y se arrebujaba entre sus sábanas, se hacía un nudo envuelta en su prima, que le levantaba el camisón y le ponía las manos en la barriga. Barriguita plana, con el ombligo hacia fuera, barriguita tibia. Y se dormían frotándose, como gatos de una misma camada. Era mejor que estar sola, muchísimo mejor. Hasta mamá parecía contenta. Se había cortado la melena con una onda sobre los ojos y le quedaba muy bien. Cuidadosamente dispuesta, la trenza roja cercenada estaba escondida en un cajón, envuelta en celofán, olorosa, como si esperara otra cabeza.

Detrás de la casa, donde ponían la ropa a secar, las niñas habían creado una fábrica de ladrillos hechos con barro y paja que ponían al sol y con los que luego Alma construía casitas. Un día encontraron un sapo y Alma, levantando el dedo, dijo:

–Si no lo acaricias, no dormimos más juntas.

A veces su madre las llamaba y se subía a Viv a las faldas, le peinaba los rizos con el cepillo de plata, le decía: cuando seas mayor, te vas a parecer a Lauren Bacall. Viv tenía cara de felino, los ojos azules separados, la nariz pequeñísima, el labio de arriba un poco más grueso que el de abajo. Si Leonora no estaba, Alma abría el joyero de su madre y se colgaban cuanto brillo apareciera en la caja. Caminaban con los tacones por el pasillo haciendo ruido de trote de los caballos. Se maquillaban.

–Mírame fijamente: voy a desaparecer –Viv se retorció a carcajadas.

–Estás ahí.

–Tonta. ¿Ves la pileta, el agua plana? ¿Ves cómo rebotan los pájaros? A veces, el agua se convierte en un espejo. Yo sé desaparecer, te lo aseguro, Viv. También puedo enseñarte a mover las orejas. Y a caminar sobre el agua.

En esta silla donde está sentada mirando pasar las nubes ya solo le queda el recuerdo de la infancia, la luz por donde huía se ha perdido y, sin esa luz, solo es una vieja que habla demasiado, dice cosas que nadie quiere oír, para que no cuente secretos le han puesto una cuidadora con ojos de halcón. Pero ella quiere hablar de su padre, del día en que murió, tiene que hacerlo antes de que sea tarde. Tiene que hablar de la luz, y de por qué se escapaba. Él, vestido de gala, vuelve cada noche y la señala con un dedo. Escenas que regresan como hachazos. ¿Qué hacés conmigo? ¿No te habías muerto hace muchísimos años, papá? Y Héctor Lejárrega la mira con un

gesto de asombro. Su madre, vestida de blanco. ¿Y quién más? Había alguien más, pero no recuerda quién. Su padre grita: «Leonora, te voy a matar». ¿Está muerta su madre? «No, hija, no estoy muerta, dice el fantasma, estoy para siempre a tu lado». No recuerda el final de esa historia y le cuesta mucho retener las imágenes de hoy, son como una salsa donde todo se mezcla, aunque todavía reconoce a las mellizas cuando aparecen. Qué viejas que están, piensa, son mucho más viejas que yo. La única que no viene a visitarla, ni siquiera en sueños, es Sonia. ¿Dónde está? ¿Sigue enojada? Ha sido cruel con Sonia, pero tenía un carácter demasiado fuerte, la enfrentaba como un gallo de pelea. La cuidadora le sirve una comida inmundada y acerca la silla a la ventana. La deja ahí. Nubes y más nubes. Un pájaro que cae como una piedra. Ruidos en la calle. Su madre vestida de blanco, despeinada. Pajaritas de papel en un cajón. El perfume. Olor a cloro de la pileta, la suave tierna carne de Viv. Le llama la atención que la memoria sea olfativa. Cuando se hace de noche, la enfermera enciende el televisor, un documental de animales que se devoran los unos a los otros. Busca recordar algo pero no puede, las palabras ya no se adhieren a las cosas. Cuando quiere decir nube dice gato, cuando quiere decir pájaro, balbucea sartén. Y ella quiere contar un secreto. ¡Un secreto! Antes de morir, tiene que contarlo. Manotea como un bebé, no quiere que la toquen, la enfermera dice señora, tiene que dejarse cambiar, y ella riéndose a carcajadas porque esa mujer no entiende, no comprende, qué puede saber. Olor a flores, el largo pelo rojo de mamá. Su padre violento. Siniestro. Malo. Alma ve unas manos sobre el rebozo de las sábanas, no pueden ser las suyas, alguien las ha olvidado allí, esas manos de vieja son lo único feo en esa casa tan grande. ¿De quién es esta casa? Es suya, señora, dice la enfermera, sí que es enorme, y en el mejor barrio. ¿Grande para qué, si no puedo levantarme de esta silla? Mañana vendrá su hija a visitarla, dice la enfermera, con voz de idiota. ¿Vendrá Sonia? ¿Quién es Sonia?, pregunta la enfermera. Solo quiere comer, comer le encanta. Noches larguísimas, mañanas vacías, tardes interminables. Frente a la ventana otra vez. Nubes, nubes, nubes.

No, no podía haberla visto con flores en la boca porque fue justo antes de que la cambiaran de colegio y ese día ella no estaba en «Los naranjos» sino en la ciudad, había ido para probarse el uniforme nuevo que ahora era gris, con un lazo en la cintura. Estaba contenta y nerviosa, la costurera con la

boca llena de alfileres repitiendo no te muevas, Alma, marcándole pinzas y ella girando frente al espejo justo en el momento en el que llegó la noticia. Su madre se lo dijo a los gritos, sin cuidado alguno, pero eso era normal en ella, todo lo que pasaba en el mundo sucedía expresamente para molestarla. O sea que Alma no podía tener el recuerdo aquel, Viv y las flores, y el vestido de encaje empapado. Y el agua blanca como la leche, chorreando. Recuerda que, cuando se lo contaron, lo único que le preocupaba era saber cómo la habían encontrado, ¿flotando con los ojos hacia el cielo?, ¿abiertos o cerrados?, ¿las manos como si quisiera asirse al aire?, ¿los zapatitos blancos? O el rostro vuelto hacia los reflejos y la hojarasca del fondo, por última vez. Porque ese día no habían limpiado la pileta. Si hubiera estado cerca el jardinero, esto no habría sucedido. Si hubiera estado la niñera esto no habría sucedido. No habría sucedido nada si hubiera estado Leonora. Si hubiera estado ella. También quería saber quién la sacó del agua, y si Viv había apoyado su carita contra el pecho o si pendía hacia atrás, con el cuello bamboleándose, como si se hubiera descoyuntado. Leonora dijo que no, que era demasiado para su hija, que Alma no tenía por qué ir al velorio y menos verla en el cajón, pero luego se dejó convencer y fueron las dos de la mano, vestidas de negro. Solo ellas de negro porque, en cuanto abrieron la puerta, Alma vio que nadie llevaba luto. «Ha muerto un angelito», decía la madre de Viv, «no tenemos que estar tristes». Y repartía sándwiches. A Alma le llamó la atención que todas las camas tuvieran dosel, como si allí durmieran princesas, y también que el ataúd fuera blanco. El de su padre había sido negro y estaba cerrado. Pero este no. Blanco el ataúd, y blanca también Viv, las manos cruzadas sobre montones de flores, un rosario, los labios muertos un poco torcidos como diciendo «te gané». «Ha muerto una inocente y se va directa al cielo», repetía la madre de Viv. No hay que llorar, insistía, con esa sonrisa histérica. Un angelito. Y luego tomó a su bebé recién nacido, se sentó en un rincón y empezó a amamantarlo. Alma se puso a espiar por encima del hombro de la mujer y vio su pecho cruzado por venas como surtidores, el pezón oscurísimo, la criatura que se asía a él con una expresión dominante y las lágrimas que, poco a poco, fueron mojando la cabeza del bebé. Volvió a acercarse al ataúd y, aunque allí no había pasado nada triste, las sombras bailarinas de las velas dibujaban un revoloteo de fantasmas. Alma quiso buscarla dentro de sí misma, se concentró en la luz de su cabeza pero no logró atravesarla, el espíritu tembloroso de Viv había huido. ¿Qué hacían

todos esos adultos ahora, rodeando un cuerpo vacío? ¿Qué hacían, venerando una cáscara? ¿Dónde estaban cuando la niña se lanzó a correr hacia la pileta, cuando creyó que su reflejo era una muñeca, cuando pensó que el agua era un espejo sobre el que se podía caminar? ¿Dónde estaban cuando tuvo miedo, cuando manoteó desesperada, cuando empezó a gritar, cuando se anegaron sus pulmones? ¿Dónde estaban siempre los adultos? Si Viv es una inocente, se dijo Alma, alguien tiene que ser culpable.

Se había terminado el verano y, para inscribirse en el nuevo colegio, Alma tuvo que sacar su primer documento de identidad. En la foto, que tomó la policía, tiene unas ojeras profundas y una firma infantil estampada sobre un lugar y una fecha que, de todos modos, ella nunca olvidará.

PARANOIAS

*Bien haya quien desprecia
Esta fábula necia
De honores, pretensiones y lugares (...)
Lope de Vega, La Gatomaquia*

I

Alma soñó que la perseguía el profesor V., un hombre redondo como Humpty Dumpty que llevaba una banderita nacional y la agitaba convirtiéndola en guadaña. Cada vez que Alma quería hablar, el profesor V. le ordenaba que callara. Si escribía una línea en su cuaderno, gritaba: ¡uuuuuh, está mal! Si comentaba algo, ponía las manos en bocina para gritar: ¡tooontaaa! Entonces Alma intentaba esconderse entre las hierbas, pero el profesor V. sacudía el verde con su bandera mientras berreaba: ¡mátenla! Así que un buen día, conmovida por tanta dedicación, se cortó la cabeza, la puso en un plato y se la sirvió al profesor V.: era la única manera de responder a un odio tan apasionado.

II

Alma se acercó a la cocina, donde el profesor V. estaba cortando un bacalao.

–Es mío –dijo, goloso, poniendo su brazo por delante del plato–. Yo soy el que parte y reparte, así que me llevo la mejor parte.

–No puedo comer, solo soy una cabeza.

–Bacalao español.

–En España no hay bacalao –aventuró la cabeza.

–¡Ignorante! –gritó V., mientras chupaba las raspas del pescado.

III

El profesor V. jugueteaba con un revólver antiguo de cachas de marfil.

–Es de mi madre –dijo la cabeza.

–En este país el porcentaje de mujeres que tiene un revólver es irrelevante –pontificó el profesor V.

–No lo sé, solo soy una cabeza.

Entonces el profesor, cansado de que le llevaran la contraria, apoyó el cañón del arma en la sien de la cabeza y disparó. Con la mirada de perdonavidas de un cowboy sopló el humo, guardó el arma en su cartuchera y, girando como una peonza, se perdió por el campo.

EUROPA

Amar es ser yunque o martillo

Leopold von Sacher-Masoch, *La Venus de las pieles*

Europa es un sueño que solo existe en la mente de los latinoamericanos y abarca Francia, España, Italia e Inglaterra. Antes de la Segunda Guerra Mundial, este viaje mítico se hacía en dos direcciones opuestas: de Norte a Sur, y estaba protagonizado por emigrantes que buscaban cobijo de la violencia o la penuria, o de Sur a Norte, y los pasajeros eran americanos ricos que consideraban iniciático el trayecto. Cruzaban el Atlántico en el mismo buque pero, mientras unos viajaban casi en la bodega, otros lo hacían en el cielo de la primera clase.

En ese tiempo, no tan lejano, nadie era poderoso, ni culto, ni elegante, si no conocía París, y hay que aclarar que «nadie» era lo que, en los medios elegantes, se consideraba «todo el mundo». Protegidos de toda fatiga por su personal de servicio, familias enteras comenzaban el trayecto rodeados de mapas y baúles, perros y gatos. Si había niños, se viajaba con una vaca. Si estos tenían edad escolar, mientras los padres paseaban por el continente, se los internaba, por ejemplo, en Eaton. Pero, en los años veinte, la última moda era comprarse un *pied à terre* en París.

«Compraremos una casa en París», había dicho su marido y ella no había sabido reaccionar como se esperaba, dando saltitos de felicidad, sino soplándose el barniz de las uñas mientras soltaba un indiferente, «ajá», no con ánimo de molestar, sino porque le daba exactamente lo mismo. Y él le había sonreído con su gesto de dromedario, sin incomodarse en absoluto, si se había casado con una muchacha tan joven, tenía que aprender a soportar sus caprichos. Estaban de viaje de novios en el Cap Arcona, que dirigía su proa orgullosa rumbo a Europa, la espuma de las olas rompiendo contra la quilla como dos alas blancas. Sin más comentarios, Leonora clavó la mirada en el horizonte, donde la ciudad se diluía y, conteniendo las lágrimas, recordó a su madre. Era la primera vez que se separaban, su marido no la había invitado con la excusa de que era lo mejor, bueno para las dos, querida, ya lo

verás, tienes que crecer y el tiempo vuela, pronto estarás de regreso en Buenos Aires. «¿Y entonces, por qué viene Mme. Tanis?». «Ah —respondió Héctor—, porque Mme. Tanis es Mme. Tanis».

En aguas abiertas el Cap Arcona corcoveaba lanzando bufidos por sus enormes chimeneas, los pañuelos dejaron de agitarse y todo el mundo encontró algo que hacer. Las mujeres paseaban del brazo, los hombres empezaron a presentarse, todo el mundo era amigo de alguien. Leonora sintió que el estómago le subía hasta la garganta. Una recién casada, pensó. Y sola. Catarata de autocompasión. Pobre, pobre de mí, se dijo. Todos me atacan. Pobre yo. «Todos» era, evidentemente, su marido. Hizo un mohín, pero mantenerse en ese estado sin público resultaba aburridísimo, así que decidió dirigirse al puente donde, tal vez, hubiera alguien divertido con quien conversar. Héctor había regresado a su camarote y ya no saldría hasta tarde, Mme. Tanis debía de estar organizando el equipaje y a ella, de todos modos, no le gustaba la compañía de esos ojos de halcón. Comenzó a pasearse entre las tumbonas. En el acto, varios *canottiers* se levantaron con admiración. Hombres vestidos con estilo náutico, bebiendo algo dorado a sorbitos, parloteando al sol. Y ella melena roja, falda tableada, collar larguísimo, nariz en alto. Varios hombres respondieron al estímulo de su hermosura pero a Leonora solo le llamó la atención un joven muy tostado, vestido con pantalones cortos, que jugaba con una raqueta de tenis. Pelo rubio casi blanco, rizado, escapándose de la cárcel de la gomina. De su brazo colgaba una muchacha vestida a la ultimísima, nuca casi rasurada, pantalones y blusa a rayas blancas y azules. Parecía reírse de algo muy divertido y besaba alternativamente al joven y a un caniche con collar de brillantes, que llevaba como si fuera un bebé. Una ráfaga de aire vigoroso hizo revolotear la falda de Leonora. De pronto, la chica abrió una sombrilla y un círculo rosado se desplegó sobre la madera del puente. Todo tan *chic*. Había salido el sol, el puerto era apenas un hilo en el horizonte. El Cap Arcona lanzó al aire un profundo vagido, era el viaje inaugural del transatlántico y todo huele a nuevo. Brillante, el cielo da a la partida un aire de fiesta.

Querida Mamá: no sé cuándo recibirás esta carta porque no volveremos a tocar puerto hasta Vigo. El viaje está resultando mejor de lo que esperaba. Por suerte me he hecho algunos amigos, Héctor se pasa el día con sus papeles. Me mareo y es una pena. Mañana se organiza un baile de

disfraces.

Babuchas de seda. Plumas. Brazaletes. Varios collares. Pendientazos. Escarpines con pedrería. Más plumas en el abanico. Su hermosa cabellera color azafrán suelta. Ojos pintados hasta las sienes: estaba preciosa vestida de odalisca. Su marido se dedicó a exhibirla y le presentó a un montón de gente aburrida. De pronto, el joven del pelo rubio y rizado de la mañana se acercó a la mesa. Héctor se puso de pie y comenzó a palmearle la espalda como si quisiera sacudirle el polvo.

—¡Pero Gastón, qué casualidad! ¡No me digas que tu viejo ha podido despegarse de los palos de golf y está en el barco!

—Nos espera en París, señor, viajo con mi hermana, se la voy a presentar.

Y Gastón arrastró hasta la mesa a la morenita que, por la mañana, colgaba de su brazo y que seguía parlotando con su perrito. Iba disfrazada de hada, rosa de la cabeza a los pies, joyas en todo lugar donde pudiera colgarse algo.

—Laurita, este es Héctor Lejárrega, gran amigo de papá.

—Leonora, este es Gastón de la Plaza, hijo de uno de mis mejores amigos, y Laurita, su hermana. Qué bárbaro, che, encontrarnos acá. Gastón, te presento a mi mujer. Y sí, yo también he caído, como diría tu viejo, y eso que era el último bastión.

Por primera vez Leonora se dio cuenta del peso de la edad. Gastón era más o menos como ella, Laurita apenas mayor. Miró a Héctor como si fuera culpable de tener tantos años, casi ni lo despidió cuando se fue a su camarote y pasó el resto de la noche con Gastón, espléndido con su frac y su antifaz, que se movía en la pista como un profesional pero, a mitad de la noche, con unas cuantas copas de más, había perdido los guantes, la galera y la compostura. Le daba tironcitos de pelo, trataba de robarle el abanico, le apretaba el brazo hasta hacerle daño, intentaba besarla. Se puso tan pesado que Laurita, harta de él, lo tocó con su varita mágica y dijo: basta, Gastón, ahora te conviertes en un chico bueno. Y añadió, riendo:

—Cuidado, Leonora, no te dejes llevar por la cara de ángel de mi hermano, ninguna mujer que se le acerque termina bien.

Entre cataratas de champán y serpentinas, varias orquestas tocaban distintos ritmos, todo el mundo parecía contento. Ya muy tarde, un grupo de

camareras y cocineros se asomó al salón para mirar a las parejas que bailaban, con ese escaso interés y desaprobación sutil con el que los trabajadores espían la diversión de los amos. El sol de la amanecida dibujaba su camino dorado sobre el agua cuando Leonora se liberó de Gastón. Héctor roncaba como un bisonte en el sillón y no vio siquiera que su mujer llevaba los zapatos en la mano. Demasiado alcohol, pensó ella por la mañana, con el estómago revuelto, pero flotando, a la vez, en un aura de felicidad. Héctor también amaneció contento. Le gustaba que su mujer aprovechara el viaje. Sin duda, en compañía de los De la Plaza, lo dejaría en paz.

Con la naturalidad de la gente joven que pertenece a la misma clase social, Laurita y Leonora se hicieron íntimas enseguida. Laurita hacía de hermana mayor, le presentaba a gente divertida, la aconsejaba sobre cómo vestirse. Los De la Plaza eran unos expertos, viajaban constantemente a Europa, en donde tenían casa, así que a Leonora empezó a divertirle la idea de comprar algo en París. Además, Laurita sabía muchas cosas útiles: la ejercitó en el don de la charla superficial, que es tan complejo como la esgrima, le enseñó a cerrar el abanico con un solo golpe de muñeca y a caminar como si volara. Pero, sobre todo, la previno contra las estocadas de su hermano. Leonora era muy joven e hija de una viuda con más apellidos que dinero, había estudiado con preceptores y no tenía mundo. Insegura y caprichosa, si su dedo de pequeña déspota señalaba algo, tenía que conseguirlo en el acto. Pero sus manías de niña tonta no funcionaban con Laurita, que sabía reírse de ella sin ofenderla, ni con Gastón, que tenía la virtud de convertir en trivial cualquier cosa importante. Era cierto también que, en el Cap Arcona, la vida no exigía demasiada planificación. Las chicas se levantaban tarde, desayunaban cada una en su camarote y luego, tomadas del brazo, paseaban por el puente. A veces iban a nadar o jugaban al tenis, a veces, simplemente, se sentaban a chismorrear en las tumbonas. Gastón se sumaba al grupo de a ratos, y se hinchaba como un gallo «en medio de tanta belleza». Sí, le gustaba exhibirlas, coquetear, pero no mucho más, pronto se retiraba a leer o a pintar. Pasaba largas temporadas en Europa y exponía en pequeñas salas con mucho *glamour*, era amigo de artistas y un talentoso *conaisseur* de la noche parisina. Venía de Buenos Aires, donde había organizado sus negocios, y no pensaba pisar el país en unos cuantos años.

—Mi hermano —secreteó Laurita, revolviéndole los rizos a Gastón, mi

hermanito—. Cuidado, Leonora, cuidado. Tiene pelo de chica, cara de santo, pájaros en la cabeza y garras afiladas.

—Ese pelo tan largo.

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—Está *démodé*, pontificó Laurita.

Y, como si tuviera muchísima gracia, rieron mientras se lanzaban como dos chiquillas sobre la enorme cama matrimonial de Leonora para repasar, de manera febril, los modelos del *Vogue*. Largas piernas bronceadas. Zapatos de lona blanca.

—Vamos a solucionarlo ahora mismo. A la peluquería. De paso, le corto el flequillo a Fifi.

Cambiar de peinado te convierte en otra, más ligera y feliz, pensó Leonora, mientras regresaba a su camarote con el pelo *a la garçonne* y una horquilla dorada sujetándole el flequillo. Era un regalo de Laurita y, aunque no parecía de oro, estaba decorada con una preciosa herradura de esmalte.

—Ponte la herradura con las patas hacia arriba —dijo Laurita—, te traerá suerte.

Maquillaje nuevo. Vestido nuevo. Aspecto de muchachito. Mucho azul marino. Qué bueno haberte conocido, le confesó a Laurita, pegándole un beso a la mejilla, ¡todo es tan excitante! Para ser una mujer moderna solo me falta fumar. Lo único que interrumpía su rutina de charlas, bailes y juegos era la visita de Héctor a su camarote. Entraba por la noche, a cualquier hora y, casi sin despegarse del sueño, ella lo dejaba hacer. No era para tanto. La primera noche había sido horrible, es verdad, poco a poco había comprendido que todas las mujeres casadas pasan por lo mismo. Avanzaba por el pasillo practicando los últimos pasos de charleston cuando se cruzó con Mme. Tanis. La mujer clavó en su melena los ojos grises y pegó un respingo.

—Huy, qué le pasó en el pelo, cuando el señor la vea la va a matar...

La puerta de su camarote estaba abierta. Héctor bajó el periódico que estaba leyendo, empezó a dibujar una sonrisa que se convirtió en un rictus atónito, saltó del sillón como si lo hubiera picado una avispa. Instintivamente, Leonora retrocedió.

—¡Qué has hecho! —la tomó del brazo sacudiendo el puño, como si le fuera a pegar, la preciosa horquilla dorada saltó por los aires y fue a caer quién sabe dónde—. ¡El regalo de Laurita!

Fue tan rápido que no pudo reaccionar, estaba a punto de explotar en lágrimas. Héctor la miró con violencia:

–Como vuelvas a cambiar algo sin mi permiso...

Y, dando un portazo, salió del camarote.

Querida mamá: te extraño mucho, aunque me lo estoy pasando muy bien. Ya conozco todos los pasos del foxtrot y del charleston, mis nuevos amigos dicen que parece que hubiera nacido bailando. Cuando llegue a París voy a ir a muchos museos, Gastón de la Plaza (es hijo de un amigo de Héctor) resultó ser pintor, y prometió acompañarnos. Ahora, un notición: me he cortado el pelo, a todos les encanta, pero yo estoy deseando que me vuelva a crecer.

¿Habría hecho bien o mal al cortarse el pelo? ¿Estaba casada con un loco, o era una caprichosa, y merecía un castigo? Ay, cuántas dudas. Leonora se estudió en el espejo acariciándose la melena: dijera lo que dijera Héctor, le quedaba bien. Lamentaba la pérdida de la horquilla, pero era una bobada, para qué darle tantas vueltas a la cuestión. Ya haría las paces con su marido, Héctor tenía mucho genio, pero también muchas cosas que le gustaban, y podía volver a cualquier hora sin que le hiciera preguntas. Mejor era dejarlo estar, y aprovechar el momento en el que se sentía culpable. Para reconciliarse, le había regalado una gargantilla preciosa. Mientras se la probaba frente al espejo se dijo que tenía que darse prisa, los hermanos De la Plaza la esperaban para tomar una copa en el jardín de invierno.

Después de semanas de océano, la costa europea asomó respunteada de redes, casitas modestas, barcos de pesca que flotaban como gajos de naranja. Un tumulto de hombres con boina, mujeres de faldas oscuras y cestos sobre la cabeza, niños descalzos voceando caracolas a los turistas. Olor intenso a árboles y a pescado. A Leonora le pareció que aquel primer puerto no tenía la magia soñada, nada que ver con su imagen de Europa, pero Laurita se mostró más entusiasta:

–Leonora, ¡tierra! ¡Caminar sobre algo firme! Mi hermano baja con nosotras, tenemos toda la mañana para pasear por Vigo.

Pero Gastón llegó tarde con su caballete y pasó las horas en el puerto tomando apuntes. Nunca pintaba al aire libre, quería hacer una prueba, era un

día precioso y el sol se espejaba en el golfo como si fuera papel picado. Cuando le pidieron que mostrara algo, las chicas se quedaron atónitas... En los dibujos no había mar, ni monte, ni barcos, ni cielo, ni puerto, ni pescadores, ni siquiera sol, sino una serie de formas de pesadilla. Leonora no supo qué decir.

–Ay, hermanito, suerte que no te he pedido que me hagas un retrato...

Volvieron al Cap Arcona tarde y, antes del baile, descansaron un poco. Ahora que el viaje se estaba acabando, Leonora sentía una nostalgia anticipada. ¡Qué mes irrepetible! Ella y su melena roja, Laurita morena y pequeña, Gastón, de un rubio incandescente, tan guapos los tres juntos que todo el mundo se daba la vuelta para mirarlos. En los últimos días se habían jurado no separarse jamás, comprarían un automóvil, recorrerían juntos Europa, irían a todas las fiestas y exposiciones del continente. Promesas, promesas, promesas. Lo cierto era que pronto llegarían a Le Havre y el estar todo el día juntos se habría acabado. Leonora no podía evitar cierta añoranza por lo que ya había quedado atrás, ahora se sentía mayor, ya no echaba tanto de menos a su madre y había enterrado su timidez, de modo que era capaz de mantener una conversación superficial con cualquiera que le pusieran delante. Hasta su marido se mostraba contento con el cambio, y solo le quedaba esperar nuevas aventuras, conocer a más gente divertida. En cuanto a la escala en Vigo, la única nota sorprendente fue la decisión de Héctor de bajar del barco. Lo acompañó Mme. Tanis, regresó tarde y contento.

–He hecho un buen negocio –dijo, mientras se quitaba los botines, y luego, frotándose las manos–: hoy somos un poco más ricos.

–¿Para qué queremos más? No será nada raro, ¿verdad, querido?

–Soy un caballero y, por tanto, lo que hago siempre está bien.

Y, riéndose, agregó.

–Mis negocios siempre son honestos, Leonora. Negocios sucios son los que hace la gente que no sabe distinguir el tenedor de carne del de pescado.

Querida mamá, tengo que darte una noticia impresionante. ¡Estoy embarazada! El médico dice que por eso me mareaba tanto. Héctor pronostica que va a ser un varón y que llevará su nombre, le digo que sí para complacerlo, aunque me gustaría que se llamara como papá. La única pena es que tengo que guardar reposo. Pero el médico dice que pronto estaré fuerte y podré salir a conocer París. El hotel es precioso. Me encantaría que

estuvieses conmigo.

–Me aburro como una ostra.

–Qué pena, Leonora, que no puedas acompañarnos, Gastón se muere por verte, no viene porque está con su exposición, pero mira lo que te manda de regalo. Y Laurita arrojó sobre la cama un libro muy antiguo, envuelto en papel azul, con un lazo de seda. En la portada decía: *Senzbazuru Orikata, Japón, 1797.*

–¿Qué es?

–Ya te dije que a mi hermano le falta un tornillo.

Y, desde la puerta, lanzó un beso al aire que fue a caer en la frente fruncida de Leonora. Vestido monísimo. Guantes blancos. Sombrerito *cloche* de paja, ramillete de violetas en la solapa. El perrito, siempre con collar de brillantes.

Leonora pasó el resto de la tarde hojeando el bellissimo volumen y estudiando los sofisticados diagramas que enseñaban a hacer pajaritas de papel. El texto estaba en japonés, así que apenas si podía seguir los dibujos, pero desentrañar ese galimatías le vaciaba la cabeza, hacer pajaritas le vendría bien. Mientras recortaba papeles en cuadrados y rectángulos, dedicó un tiempo que le pareció sorprendente a pensar en Gastón.

Esa noche, como siempre, Héctor llegó tarde. Desde que a Leonora le habían recomendado reposo absoluto, estaba muy cariñoso y la cubría de pequeños obsequios. A veces Mme. Tanis se quedaba cosiendo a su vera, otras permanecía sola durante horas haciendo intrincados dibujos en *petit point*. Repasaba la misma revista de modas soñando con el vestido que se iba a mandar a hacer en cuanto pudiera levantarse, se aprendía de memoria programas de teatro a los que no podría asistir. Su mayor aventura consistía en intentar soluciones para los diagramas japoneses del libro que le había regalado Gastón, plegar y desplegar un cuadrado de papel le mantenía la mente en blanco. Cuando estaba definitivamente aburrida, llamaba a la camarera del hotel y le pedía algo para comer, que luego quedaba en el plato, porque pocas cosas se mantenían en su estómago, escuchaba música en el fonógrafo, pero todo terminaba por cansarla. Fuera de las náuseas matutinas, se sentía bien, aquello de guardar cama era una precaución inútil, ¿qué mal podía hacerle al bebé que tomara un poco el aire? Ni tenía signos del

embarazo, solo el pelo más brillante, todo parecía fruto de su imaginación. Por la ventana del hotel subía el trote de los caballos, la bocina de los automóviles, los timbres de las bicicletas. Y cada día giraba sobre su eje como si se tratara de un año.

Pero una noche pasó algo.

Era muy tarde cuando, medio dormida, escuchó ruidos en la habitación de su marido. Al principio pensó que había un intruso, enseguida reconoció la voz de Héctor. Le pareció que estaba bisbiseando sus eternas cuentas pero luego oyó con toda claridad una voz femenina que pudo identificar como la de Mme. Tanis. No era su voz de todos los días, con la que le daba órdenes como si Leonora no fuera el ama sino la criada, era un tono diferente. Como un niño que intenta que no lo pillen en una travesura, ahogaba la risa, y le pareció que mantenían una conversación muy íntima. En realidad, oyó con demasiada claridad como para entender el significado de las palabras, no quiso descifrarlas, sonaban como una masa compacta de sonidos imposible de tragar. Solo más tarde separaría cada sílaba hasta alcanzar a comprender cabalmente su situación. Lloró durante el resto de la noche y, a la mañana siguiente, ni bien escuchó que Héctor salía, se levantó de la cama y estuvo todo el día caminando por la ciudad. Unas horas más tarde estaba sangrando. Antes de volver al hotel fue a la oficina de correos y puso un telegrama a su madre:

Falsa alarma. Era un retraso. Te extraño. Leonora.

—Eres una estúpida, Leonora, una estúpida, una mocosa terca, te dijeron que tenías que hacer reposo absoluto y mira lo que ha pasado.

—No te me acerques —y continuó, con el aire más melodramático posible—: o sacas a esa mujer de aquí, o me voy yo.

La boca de Héctor dibujó una sonrisa torcida:

—¿A adónde vas a ir, criatura? ¿Con tu madre? ¿Y con qué dinero? Vamos, Leonora, no seas niña, solo son cosas de hombres.

Lo más penoso era que Héctor tenía razón. Leonora se quedó sola el resto del día haciendo planes para abandonarlo pero, cuando comprendió que estaba presa, sintió que se levantaba entre los dos un odio tan vigoroso como un muro. Llorando entre las almohadas, se repitió que no era ella la culpable de nada, era Héctor quien, con su actitud, había matado al niño. Mientras la

noche caía, sintió pena de sí misma y, a la vez, desazón por su propio rencor. Y tenía que seguir viviendo. ¿Que todo era dinero? ¿Eso era lo que los mantenía juntos? ¿Nada más? Muy bien, pero habría que atenerse a las consecuencias. Pronto empezaría a relacionarse con su marido de esa manera tan típica que siempre es cortés, pero que esconde, en la manera de pronunciar «buenos días» algo que suena como «te odio» o que, cuando se pregunta «¿qué tal has pasado la tarde», en realidad, lo que se está diciendo, es «por mí, te puedes morir». Y, parapetada tras su sonrisa, como un soldado que es amable con el enemigo mientras prepara una emboscada, Leonora aceptaría los regalos de Héctor como parte del pago.

Una semana más tarde, Leonora ya estaba en condiciones de abandonar la cama y sus amigos la recibieron alborozados. No se habló de lo sucedido porque jamás intercambiaban una información que no fuera trivial, así que retomaron sus encuentros en el punto en el que los habían dejado. Leonora se compró ropa más atrevida, un abrigo de terciopelo con un enorme cuello de armiño, varios sombreros que parecían catedrales, comenzó a fumar con una boquilla de plata, se sumó a todas las juergas nocturnas y se internó en cuanto garito quisieron llevarla los De la Plaza. Hasta Gastón tuvo que aceptar que había cambiado, ya no era la tonta muchachita que se dejaba embaucar por cualquiera, sino una mujer espléndida, llena de contrastes. Tenía andares más seguros, juicios más certeros, opiniones más hirientes. Y era una de las mujeres más hermosas de París. Un mes más tarde, sin que mediaran demasiados escauceos, eran amantes.

Querida Mamá, parece que por fin Héctor ha encontrado la dichosa casa en París. Todos nuestros amigos tienen una, y estoy loca de ganas de ver qué es lo que ha comprado. Me imagino que ahora, en el próximo viaje, podrás venir con nosotros.

Pero la dichosa casa no estaba donde tenía que estar, ni en *L'Étoile*, ni en la *rive droite*, no era *Place Vendôme* ni la zona de *Les Tuilleries* sino un barrio modesto, cerca de *Place des Vosges*, una de las típicas extravagancias del avaro de Héctor.

–Vos y tus benditos negocios –protestó Leonora–, ahí solo hay patios infectos y tiendas de judíos. La gente como nosotros no vive acá. Pero hacé

lo que quieras, yo me voy a Londres con los De la Plaza.

Como si le pareciera una idea buenísima Héctor, frotándose las manos, sonrió.

Querida mamá, ¡estoy en un aeroplano! Antes de arrancar nos trajeron tapones de goma por el ruido y unos caramelos para el mareo. Es muy emocionante aunque, cuando me dirigía al aeródromo, envidiaba a los burgueses que, en el tramway, se dirigían tranquilos a sus ocupaciones. Cuando el avión sube parece que vas en un camello desbocado. Primero da una gran vuelta por tierra y empieza a volar, con las caídas y remontes rápidos te baten el estómago con los sesos. Vamos a 1600 metros de altura y a 180 kilómetros de velocidad. Héctor me sujeta la mano para que no tenga miedo; abajo los campos parecen cintas, los bosques y las casas, juguetes, los sembrados, con sus diferentes tonos, una decoración moderna. Hay que ver lo que son las grandes catedrales desde arriba. De París a Londres la travesía dura dos horas y media, todavía no hemos llegado al mar. Los pueblos no se distinguen, las casas son un montoncito de techos rojos. Se va borrando la costa francesa. Querida mamá, me estoy mareando, perdona la letra.

Qué Héctor ni qué Héctor, pensó Leonora, jugueteando con su solitario, la mano apoyada en el brazo de Gastón, mientras el aeroplano comenzaba a descender atravesando un espeso puré de nubes y ya se divisaban los techos de Londres.

En Londres conoció a mucha gente curiosa. Pese a que no lo parecía, Gastón era un hombre de rutinas y, en general, prefería que lo acompañara Laurita, actuaba con su hermana con la confianza de una pareja llena de pequeñas complicidades y dejaba a Leonora de lado. Ella se aburría en el pequeño piso de un barrio bohemio que había alquilado Gastón. Era mucho menos cómodo que el hotel de París y, además, salir sola por una ciudad desconocida no la volvía loca de entusiasmo. Los primeros días visitó tiendas y museos, plazas y exposiciones de flores, compró objetos exóticos con los que no sabía qué hacer, una vajilla completa de Willow y una alfombra persa, gigantesca y roja que tendría que fletar por barco a Buenos Aires. Pero pronto se aburrió de compras y paseos, de vagabundear por la ciudad; el clima mortecino, las pocas horas de sol y la soledad no resultaban demasiado

estimulantes. Se levantaba tarde, se vestía quién sabe para qué y luego daba un paseo. Volvía antes de que bajara la niebla y entonces su principal actividad consistía en tomar té junto a la chimenea mientras esperaba que llegara la noche, cuando Gastón volvía un poco borracho, o simplemente alegre a causa de un contacto que había hecho y la invitaba, sin ceremonias, ni tiempo para arreglarse, a algún tugurio donde luego la exhibía como si fuera una pieza de caza. Así que Leonora volvió a sus caprichos, a sus rabetas, y una noche se puso tan pesada que Gastón la llevó con él a una exposición. Se vistió con su mejor ropa para sumergirse en una sala llena de humo, donde nadie parecía respetar la etiqueta. Los hombres no llevaban *smoking* sino sencillas chaquetas de *tweed* y pañuelos anudados al cuello, había muy pocas mujeres y Gastón la dejó sola en medio de la sala para secretear con Laurita. En el acto se le acercó un viejo gordísimo, que parecía ser el dueño de todo lo que sucedía, le alcanzó una copa y conversó con ella durante un buen rato. Leonora agradeció su charla, ella hablaba fluidamente en inglés, aunque el hombre parecía menos interesado en el intercambio de ideas que en estudiarla, bajo su mirada rapaz se sentía desnuda así que se cubrió el pecho con su estola de zorro para impedirle bucear en su escote y luego, incómoda, intentó mantener la conversación mientras él, goloso, le miraba los labios.

Era muy tarde cuando salieron de la galería y Gastón parecía de muy buen humor. Le has causado muy buena impresión a Lord Candlestick, dijo, y eso redundará en mi beneficio, ya lo verás. Y luego añadió: eres una hermosa polilla nocturna. Laurita se rio con la imagen antes de subirse a un coche con alguien que tiraba de ella y agitó la mano para despedirse. Entraron donde parecía haberse transportado en masa toda la gente de la galería que ahora había perdido el silencio sacrosanto del arte y hablaba a los gritos, el efecto del alcohol y la cocaína parecía arrastrar a todo el grupo a una euforia comunicativa. Gastón volvió a aparcarla junto al gordo Lord Candlestick, que ahora le acariciaba la mano como si fuera un objeto, pero su amante, algo borracho, la rescató, para dedicarse a besarla en público, le tiró del pelo obligándola a exponer el cuello y le grabó, en la carne blanca, una moneda de sangre que Leonora tendría que esconder durante semanas. Al llegar a casa estaba tan excitado que casi ni atinó a desvestirse, se dejó los pantalones y arrastró a Leonora hasta su estudio. Desnúdate, le ordenó, ponte ese sombrero. Ella obedeció excitada, pero Gastón solo pretendía pintarla, la dejó

tiritando de frío, la respiración acelerada, de pie, durante horas, tocada solo con ese enorme sombrero. Ya amanecía cuando Gastón, con los ojos rojos y las pupilas dilatadas, el pelo rubio en desorden, limpió los pinceles. Leonora, agotada, se dejó caer, se tapó con una sábana, se acercó al lienzo y vio que, en lugar de su cuerpo desnudo, había pintado una enorme mariposa nocturna. ¿Qué es esto, Gastón? Él lanzó una carcajada y dijo: un lepidóptero, querida mía, un lepidóptero ansioso de aparearse. Y, como si la observación minuciosa de su cuerpo lo hubiera vuelto loco, la empujó sobre la tarima, la obligó a tenderse y la estudió con una mirada de taxonomista desquiciado, le quitó el sombrero y desprendió el largo alfiler, la obligó a ponerse de espaldas.

–Abre las alas.

Entre el placer y el ansia por defenderse, Leonora abrió los brazos luchando, en su ceguera de insecto, por conservar la vida. Era una contradanza siniestra entre el dolor y el vuelo relampagueante del miedo, cuando él entró en ella con violencia, fascinada, se dejó ir. De pronto, en la base de la columna, sintió el pinchazo.

Querida Mamá, Londres me ha parecido lindísimo. Hemos comprado una alfombra roja impresionante y bastante porcelana. Por suerte ya estoy en París, queda menos para volver a casa.

En París, los Lejárrega continuaron viviendo en el hotel y empezaron a comportarse ante todo el mundo como si nada hubiera cambiado. Leonora nunca había supuesto que pudiera mantener el odio con tanta frialdad. Las buenas formas son las buenas formas, se dijo, hay un código no dicho que señala que, pase lo que pase, se deben mantener. Se puede matar a alguien, pero nunca hay que dejar de dar las gracias. Se puede engañar a tu mejor amigo, pero siempre le dirás «por favor». Leonora salía con Héctor si él la reclamaba, conversaba amablemente con las mujeres o se dejaba admirar por los hombres. Si le regalaba alguna joya, cosa que hacía a menudo, la lucía una vez, y luego la arrojaba al fondo de una caja, acumulando gemas como si fuese un bucanero. Si Héctor le pedía su opinión, contestaba exactamente lo que él deseaba escuchar. Como le había hecho notar su marido, aquello era simplemente un trato comercial, la fuerza la sacaba de las noches con Gastón, cuando se unía a los grupos de artistas entre los que ser argentino y rico era el colmo del *glamour*. Ahora Gastón no parecía poder prescindir de ella, la llamaba «mi musa», seguía pintándola pero daba igual, esos cuadros podían

estar expuestos en cualquier exposición y nadie la reconocería. Eres mi musa, repetía, mi mujer con piernas de tijera, con cintura de reloj de arena, con cabellera de fuego. Versos que caían en cascada. ¿Puede una hoja negarse a ser arrastrada por el viento? Sin voluntad alguna, Leonora se entregaba a su amante al borde del escalofrío. Gastón la citaba en lugares de mala muerte y no aparecía, la rechazaba durante semanas para luego actuar como si se hubieran visto un minuto antes, la empujaba a seducir a otros hombres, y luego organizaba escenas de celos que terminaban con violencia, se dormía en su regazo como una criatura o le decía palabras terribles que la atemorizaban.

Para relajarse, mientras sonreía a su esposo, Leonora imaginaba las formas de matarlo: veneno en la sopa, lo empujaría por las escaleras. Un tiro. Le acercaría un fósforo a la levita. Sí, querido, cómo no, esta tarde te acompaño a ver la casa nueva. Sí, querido, sí, querido, sí, querido. Vidrio molido dentro del pastel de carne. La casa, la maldita casa, la casa en una zona que no es, que no debió ser nunca, la casa comprada por el tacaño de Héctor, la casa del señor «todo son negocios». La casa horrible que huele a coles, a la medida de Mme. Tanis, con ese patio de vecinos en el que todos oyen todo. Sí, querido, no, querido, claro, querido, te ayudo a amueblarla. Qué molduras, qué techos. Seda para las cortinas, ¡amarillas, tan alegres! ¡Metros y metros de seda amarilla para todas las ventanas, qué buena idea! Sí, claro, querido, ¿ese sofá? Lo que vos quieras.

Una casa lamentable, demasiado chica, demasiado oscura, demasiado barata. Con vista a una callejuela estrecha en el penoso barrio judío de Le Marais. Claro, querido, esta habitación podría ser para un niño. Aunque estoy segura de que va a ser niña, dijo Héctor, una niña parecida a vos. Cenefas con animalitos, todo rosa, continuó Leonora, y luego, haciendo como que pensaba: cualquier animalito no, mejor mariposas, tengo quien las pinte, ya verás, mariposas, sí, yo me ocupo, conozco a quien puede hacerlo muy bien. ¿Te gusta la idea? Yo me encargo. Leonora, con su sonrisa maligna. ¿Que cómo me gustaría que se llamara? ¿Quién? Ah, nuestra hija. Podría llamarse Alma. ¿Te gusta? Un cuarto para Alma. Alma y las mariposas. Pero, antes de hacer planes, espera a que esté embarazada...

Claro que pronto estarás embarazada, le dice Gastón esa misma noche,

mientras la acaricia, me muero de ganas de hacerte un hijo, Leonora, y no te quejes tanto del barrio, no hay mejor lugar para encontrarnos que esta casa en Le Marais, perfecta para los amores discretos, todo lo que es interesante ocurre en la sombra. Y Leonora, melenita roja, boquilla, uñas rubíes, ligas negras contra la carne blanca. Gastón le clava los dedos en las nalgas hasta que le hace morados, la ahoga con sus abrazos, le tapa la boca para que no grite. Leonora piensa: qué mejor venganza que hacerle criar a Héctor a un intruso, el hijo de otro, un polluelo en nido ajeno, tanto orgullo y para qué, y sin tu permiso, pobre tonto. Están en Europa, donde todas las fantasías son posibles y todos los sueños se cumplen. Tendremos una hija, insiste Gastón mientras la desnuda, sangre de nuestra sangre, y la muerde, la oye suplicar, Gastón, me estás lastimando, le sujeta las manos sobre la cabeza, la ata con un pañuelo, abre los ojos, ordena, eres mi obra y puedo hacerte lo que quiera, el cuerpo indefenso, la coreografía siniestra, me duele, Gastón, me duele, está a punto de llorar pero repite soy feliz, se convence, soy feliz. Mi mariposa de sangre, insiste Gastón, mi lepidóptero, y se aleja desnudo, terriblemente delgado, cada vez más loco, piensa Leonora, consumido, camina por la habitación mientras busca un alfiler, un cuchillo, una navaja, cualquier objeto punzante, lo mismo da, no te muevas, cómo le gusta herirla, cómo lo excita, cada pliegue, cada nervadura, ella lo mira ansiosa, aterrada, sabe que está en sus brazos, estoy en sus manos, repite, estoy en sus garras, entre sus fauces, un día me va a matar, y al mismo tiempo gime te quiero, te quiero, siente el metal y abre su carne al verdugo, el pulso de sus venas, las sucesivas metamorfosis del placer, él aprieta la herida y mancha una tela con sangre, empieza a dibujar una mariposa gigantesca, soy tuya, piensa, soy tuya, qué importa lo que me pase después.

NADA ÚTIL

En medio de tanta destrucción, turbación y violencia, en un pliegue de la red, temblando y sin embargo llena de gracia, resistía la mariposa aterrorizada
Walter Benjamin, *Infancia berlinesa*

Para Manolo Yllera, the catcher in the light

Era un milagro que no lo hubieran visto entrar al patio y que nadie oyera que trepaba por los caños del agua, era un milagro aun mayor que el apartamento estuviera vacío. La habitación en penumbras, las ventanas cubiertas por cortinas amarillas, ningún ruido pareció delatar la llegada del intruso. Tendido en el suelo, respiró ansioso, intentó calmarse. Cuando su pulso se normalizó, por fin pudo recuperar las imágenes del día, la voz de su madre, que lo había empujado a lo largo de toda la mañana. ¡Corre, Teo, corre, aléjate de la plaza, no mires atrás!

Llevaba horas vagabundeando por calles llenas de soldados cuando encontró un portal abierto. Debía de ser uno de esos apartamentos que los ricos abandonaban huyendo de la guerra, cerrados con siete llaves, pero con los cristales reventados. Cuando los ojos se acostumbraron a la falta de luz, el chico se dio cuenta de que había caído en un amplio dormitorio matrimonial, los muebles cubiertos por sábanas, el colchón doblado. Olía a polvo, a laca, a cera. Se quitó los zapatos y avanzó a tientas por el pasillo. Dormitorios, un despacho, un gran comedor, la sala. En el baño acercó la boca al grifo y, sin hacer ruido, bebió unas gotas, cualquier error sería su fin. Una acción detrás de la otra, sin perder la calma. Por delante, la nada. Por detrás, un mundo perdido. Eligió la habitación más pequeña y, después de estirar el colchón, se durmió.

Por los ruidos se dio cuenta de que el edificio estaba habitado. Voces de mujeres, un entrechocarse de vajilla que le hizo crujir el estómago. Las

cortinas eran casi doradas, de una tela muy liviana, y filtraban una luz ambarina, los pocos cristales sin velar, opacos y lechosos, tampoco dejaban ver el exterior. De todas formas, asomarse podía ser su fin. Horas atrás se había despertado en su propia habitación, protegido por la vida de todos los días. Como si hubieran pasado años, Teo recordó el día de ayer, había saltado sobre un foso de tiempo. Él y su madre abandonaron el pueblo al alba, cargando con algunas manzanas de los árboles del jardín. Los cestos olorosos tapados con servilletas a cuadros. Pensaban cambiarlas por huevos o por un poco de carne pero, al llegar a la plaza, en lugar de los puestos de las vendedoras, se encontraron con los soldados. Soldados y tanques. Soldados y camiones que se iban llenando de gente. En una esquina varias mujeres intentaban controlar el llanto, un hombre las apuntaba con un fusil. Teo recordó a una mujer joven, que llevaba de la mano a su hijo. El niño parecía haber envejecido y la mujer le tapaba los ojos. Silencio espeso en la plaza. De pronto, un policía avanzó hacia su madre, la levantó por el brazo, le arrancó la cesta y tiró las manzanas sobre los adoquines, que rodaron pendiente abajo, con su destello de alegría absurda. Fue entonces cuando ella gritó: ¡corre, Teo, corre, aléjate de la plaza, no mires atrás!

Como si los dueños se hubieran marchado después de hacer la compra, en la alacena había latas de conservas, arroz, azúcar, un cargamento de tesoros, pero nada fresco. Buscó un bol y arrojó dentro puñados de lentejas, esperó un rato hasta que alguien abriera un grifo y sumó el suyo al retortijón de agua de las cañerías. Más tarde estarían blandas y las podría masticar. Metió el dedo dentro del tarro del azúcar y se lo chupó, el sabor dulce le produjo un vertiginoso efecto reparador. Desnudo, el día empezaba a desplegarse. Tendido en el suelo del salón, Teo se dedicó a estudiar el rectángulo del techo y sus enredadas molduras, las suaves telas de las arañas, el bamboleo de las lágrimas de la lámpara, la tela vaporosa que velaba las ventanas. Era frágil y hermoso. «Te pasas el día papando moscas, Teo», solía reprocharle su madre. «No sabes hacer nada útil». Recordó su casa, los anaqueles abarrotados de dulces y conservas, el huerto. Cerámicas gastadas por la limpieza. Muebles pintados de amarillo. El batir de alas de una mariposa contra el cristal de la ventana. Recordó a su madre llamándolo, ¡Teo!, ¡el desayuno! Se recordó escondiendo los libros bajo la almohada, vistiéndose con pereza, el pan crujiente y el tazón lleno de leche. Recordó también ese orgullo, que su madre no podía ocultar, cuando lo felicitaban por

sus buenas notas. «Este chico irá a la universidad», le decían, y recordó su sonrisa desconcertada ante aquel hijo que no quería trabajar en el campo. Y, como si vinieran de mucho más lejos, recordó los gritos: ¡corre, corre, Teo, aléjate de la plaza, no mires atrás! Manzanas persiguiéndose por una pendiente. Estaba muerto de hambre. Sin dejar más espacio a los recuerdos quitó las sábanas que estaban sobre los muebles y, en la penumbra, emergieron formas prehistóricas. El sillón, un diplodocus, el escabel, una tortuga gigante. Se sentó sobre el lomo de la bestia. Le llegaba el trino de los pájaros, el timbre de las bicicletas, el canto agudísimo de un afilador. Filtrada por las cortinas amarillas, el reverberar de la primavera parecía ejecutar un baile de sombras. Una mujer tarareaba para dormir un bebé. De pronto, algo estalló en la cabeza de Teo, se acurrucó en una esquina, se abrazó a sus piernas y comenzó a sollozar.

Desde que era pequeño, lo único que tranquilizaba a Teo eran las matemáticas. A su madre la sacaba de quicio, pero también la enorgullecía cuando lo escuchaba sumar y restar el precio de la verdura sin anotar ni contar con los dedos, aquel hijo que no parecía servir para nada útil hacía cosas sorprendentes. Estaba entrando la noche y, con la oscuridad, el techo parecía lejano, ya no se veían las molduras. Haciendo un cálculo rápido, imaginó el perímetro de la superficie, lo dividió en varios rectángulos, luego en cuadrados, los cuadrados, en triángulos. La oscuridad iba ganando la sala y los muebles eran animales agazapados. Intentó calmarse. Si no se movía, iba a empezar a temblar y el pánico era peor que el hambre. De puntillas, volvió a la habitación donde había caído. Junto al olor a encierro, Teo creyó percibir un suave perfume a lilas que lo hizo imaginarse a una mujer elegante y hermosa. Al fondo del cajón de la mesilla de noche encontró un libro. Intentó ver de qué se trataba, pero ya no había luz. El libro era áspero, de un papel maleable y un poco húmedo, pero a la vez firme. Escuchó ruido de botas, el edificio entero pareció contener la respiración. Alguien gritó, se oyó una carrera. ¿Hacia dónde? ¿Quién perseguía a quién? ¿Y su madre? ¿A dónde se la habrían llevado? Más cálculos mentales para ocupar la cabeza. Dentro del cuadrado del techo, un círculo, dentro del círculo, su radio. Masticó algunas lentejas desventradas. Cuando la oscuridad convirtió en inasibles las cosas, cerró los ojos e intentó dormir.

Tal vez un rasgado en las cortinas había permitido esa moneda de sol ardiente que le caía sobre la cara. Los ruidos de los soldados y el miedo lo habían hecho esconderse debajo de la cama y allí había pasado la noche. Le dolía el cuerpo y, al estirarse, oyó el quejido ensordecedor de sus huesos. En el suelo, el libro. Era un volumen antiguo, extraño, parecía hecho a mano y las únicas letras comprensibles decían: *Senzbazuru Orikata, Japón, 1797*. Parecía dibujado con tinta china, letras que se afinaban como si alguien las hubiera trazado con un pincel. Olió la humedad, acarició su trama, la textura de la tinta, las zonas lisas donde el color cuajaba. Era un tratado de geometría oriental. Sobre cuadrados de diferente tamaño se dibujaban figuras y más figuras, como si las intrincadas imágenes estuvieran diseñando esos seres de papel con los que tantas veces jugara en su infancia. ¡Teo, deja eso, ayúdame a limpiar los garbanzos! A través de las cortinas amarillas, la penumbra delineaba los objetos de la sala, los reflejos ominosos de la noche se habían convertido en jarras y tazas que emergían sobre los anaqueles saludando el día, como pacíficos animales de granja. Podía imaginar el jardín de su casa. El fulgor ambarino de las cortinas era un sol de mediodía golpeando la enredadera del muro, el brillo enervado del huerto, las escamas del agua rebotando contra las piedras de la acequia, las nubes desplazándose siempre más lejos, como si quisieran ver el mundo. Imaginó que, desde el patio de vecinos, en lugar del gris sucio de la ciudad, trepaba un resplandor de fronda. «Huele a campo», pensó, aliviado, y se vio a sí mismo, cuando el manzano del patio perdía las últimas flores, pisoteando con los pies desnudos un charco de pétalos rosados. Era uno de esos días límpidos y ventosos en los que se siente la felicidad de estar vivo. Fue hasta la cocina. En el agua pantanosa del bol flotaba un bozo verde, las lentejas estaban empezando a germinar.

Teo cortó dos cuadrados y el papel marrón de la bolsa de lentejas crepitó como el fuego. Estudió el diagrama del libro. El primer pliegue se quebró la superficie y surgió una montaña. «Más despacio, Teo, más despacio», se oyó pensar, «tienes que hacerlo despacio, para que te ocupe el día». No quedaba azúcar. Estaba ejercitando un pliegue cuando una sirena rompió el filo de la mañana. Carreras, portazos, golpes, botas. Gritos en alemán. Gritos y golpes y botas que llegarían hasta él. Rodó bajo el sillón y se pegó al muro, tras las cortinas amarillas pudo adivinar la protección de la

hiedra de su casa. Alguien dijo: ¡no rompan esa puerta, el apartamento está vacío! Y escaleras abajo fueron alejándose las botas, las voces. No saldría de allí hasta que empezara a anochecer. Para entonces, en el patio de vecinos no solo había una hiedra, la vegetación se había encrespado y el viento del crepúsculo agitaba las pesadas cabezas de los manzanos. La sombra protectora de los manzanos, bajo la que había crecido. Era muy tarde cuando fue a acostarse en la cama de la niña. Porque tenía que ser de una niña esa habitación rosada con mariposas pintadas, extrañas mariposas delineadas con tinta oscura. Imaginó que la niña estaba ahí y le susurraba: «duerme, Teo, te presto mi cama». Cayó hacia un sueño cercado de polillas, millones de alas se le metían en la boca.

Matemáticas con las manos. Manos y mente vibrando al compás. Un pliegue, y otro, y otro, siguiendo las pautas del libro. El espacio se dilata y se contrae, el mundo cambia. Más lento, Teo, más lento, hay que comerse el tiempo. ¿Dónde estará su madre, qué le habrán hecho? Los soldados. Mujeres. Ese niño de los ojos ciegos. No pienses, concéntrate en el papel. Y van emergiendo formas mientras del jardín sube el olor a comida. Alguien está haciendo un pastel de manzanas. Le duele el estómago, lleva días alimentándose con lentejas húmedas pero no se atreve a volcar el contenido del cuenco por el desagüe, tendrá que terminarlas, no debió haber usado todo el paquete. Pero él qué sabe de cocina. Estudia los diagramas del libro, los proyecta en el rectángulo del techo, tira líneas, divide cuadrados y triángulos una y otra vez, los imagina bajo la mirada curiosa de la araña. La araña también teje su espiral logarítmica, todo son formas, la vida nace de un pliegue, los pliegues de la memoria, imágenes que prosperan, como esa ráfaga de brisa que trae el aroma de la cosecha. «¡Teo, eres el hombre de la casa! ¡Hay que segar!». Y el cuadrado de papel frustrante, del que solo emergen figuras triviales. Lo levanta y deja que lo taladre la moneda de luz, y el papel se convierte en una linterna que dibuja los perfiles de una fiesta. Música de acordeones, farolitos, nervaduras de oro, vestidos con tirantes. El pueblo y la melena rubia de Marie, los brazos frescos, su pulso en el cuello, la risa rápida. Los dos bañándose en el río.

Bicicletas en la calle, y los timbres, y el afilador, y los camiones, y las órdenes torvas de los soldados. Tanques. Gritos. Ladridos. Botas. La

detonación de las armas. Los alemanes y la policía francesa. Gendarmes. Hexágonos y triángulos, la mente son las manos. Se concentra y, de pronto, emerge una pajarita de papel, una grulla con el piquito doblado, las alas majestuosas. Si le tira de la cola, agita las alas. Por primera vez, en días, Teo sonrío. La deshace, recomienza. Estudia los dobleces y comprueba que el papel tiene memoria. También Teo desea replegarse, barrer el tiempo, desdibujar las cavidades de su cuerpo dolorido que ya no puede más. En un diálogo de tacto y de silencios, el pájaro y Teo devoran el día.

Hace y deshace hasta que se cansa, revisa la casa en busca de más papel, descubre que los anaqueles de la cocina están forrados con un pliego azul satinado, corta, dobla, triángulos, rombos, pliegues y más pliegues, pajaritas de colores que se suman a las pajaritas color lenteja, las organiza de mayor a menor, y ahora qué. Marie se ha asomado a sus sueños, ha venido por la noche «Qué bonita habitación, Teo, susurra, un poco femenina para ti», y su sonrisa, entre coqueta y burlona. No hables tan alto, Marie, susurra Teo, y le apoya un dedo en los labios que palpitan, tira de ella hacia la cama. Su madre trastea en la cocina, siempre hay algo que hacer, dice, siempre hay algo, Teo, duérmete. Marie se deja arrastrar bajo las sábanas, se quita la blusa, se esconden. No lleva sujetador, pezones como arándanos, se acurruca en el hueco de su cuerpo. Por la noche ha llovido a fuertes rachas, una lluvia olorosa de primavera y, en el fragor de la tormenta, ha acariciado por primera vez los pechos de Marie. Se despierta cuando su madre empieza a subir la escalera y va a pillarlo, qué has hecho, dirá, y Teo, rojo de vergüenza, moriría por lavarse, pero no se anima, el gorgoteo de los grifos podría denunciarlo. Lo peor no es el miedo, es la sed.

Teo y los sueños. Teo y la hiedra del patio. Y los manzanos. Y la voz de su madre. Y los pechos de Marie. ¿Cuánto hace que está encerrado? Le duele el estómago, retortijones bruscos, como los de las cañerías. Coloca en fila las pajaritas, que se reflejan como en un lago sobre la laca de la mesa. Es un atardecer revuelto, de finales de primavera, pronto vendrá el verano y el manzano reventará de frutos. Su madre hará dulces y toda la casa olerá a azúcar. Esta mañana las grullas lo miran con ojillos rapaces, ejércitos de grullas siniestras que, en su desenfreno, se llevan todo por delante. Grullas exigentes que siempre quieren más. Y lo peor es que no tiene papel. No tiene

papel, y cada vez se oyen más gritos en la calle. Teo y el miedo.

Entonces empieza el peligro. Un bote al que le quita la etiqueta con agua. El grifo chorreando. Vaciar la cisterna porque ya no puede más. La etiqueta decía «Salsa de tomates». Dobla la hoja y crea un triángulo, más pequeño todavía, y más, las manos se entumescen, ya solo se lee S-T-ES. Movimientos automáticos, firmeza, rabia. A fuerza de hacer dobleces, tiene la uña limada. Ángulo de cuarenta y cinco grados. Dar forma a la cabeza. Doblar hasta que surjan las alas: puede hacer una grulla con los ojos cerrados.

Debe de ser domingo el día en que enciende un fuego de la cocina y llena un cazo de agua para adueñarse de una etiqueta que solo se despejará con vapor y, loco de ansiedad, deja el agua chorreando. Pajaritas sobre la mesa, desfiles de pajaritas de distintos tamaños y colores, cada vez más exigentes. Pajaritas locas que siempre piden más. Desde la calle, gritos. En el patio de vecinos ya se han caído las flores del manzano y los primeros frutos empiezan a madurar. Casi es verano. A veces, por las noches, viene Marie. Duermen desnudos, siempre despierta cuando está por atravesar el muro de las caricias, «Marie, déjame», «Ah, no», Teo, le contesta ella, risueña, «antes tenemos que casarnos». Y entonces un tiro en la calle, o una voz demasiado alta. Hace calor, los días se han alargado. Se tiende sobre la madera y hace como si nadara con brazadas limpias, flota. Recuerda cuando se metía en el río hasta lograr la maravilla de atrapar un pez con las manos, patinosos peces de plata que coleaban en su memoria. Reflejos y ríos de voces. La calle es un afluyente de voces, de llantos de niños. Algo grave tiene que estar pasando y él no tiene más papel, no tiene más papel que el del libro y un libro es sagrado, un ejemplar tan antiguo, se dice, mientras lo rasga con las manos. Qué pena de libro, las pajaritas llevan ya en sus alas ideogramas japoneses. «¿No te da vergüenza estropear un ejemplar tan valioso solo para hacer esos monigotes? –le pregunta su madre–. No tienes ningún sentido práctico». Y él le grita:

–¿De qué sentido práctico me hablas, mamá? Mira cómo me has abandonado.

No tendría que-no tendría que-no tendría que. No tendría que haber abierto el grifo, no tendría que haber encendido el fuego, no tendría que haber desgarrado el libro, no tendría que haberle gritado a su madre, no tendría que

haberse acostado con Marie. No tendría que haberse mirado en el espejo del baño para descubrir ese rostro de viejo. Vienen a castigarme, piensa. Vienen. Muchísimo calor. Las botas y los gritos suben, husmean los ladridos por debajo de la puerta. Si hay un perro está perdido. «Ahí, ahí», grita un vecino, «tiene que haber alguien, he visto humo, he escuchado correr el agua». La gente se atropella en la puerta. Todos en la escalera a ver qué hay, a ver cómo lo sacan, cómo se lo llevan, seguro que un judío. Y la patada. Los goznes que revientan. Entonces, una explosión de pajaritas furiosas que vuelan y se arremolinan en el aire encerrado, se golpean contra las paredes los picos como armas y el de la patada, tapándose los ojos, retrocediendo, grita «pero qué demonios...» y basta ese segundo de desconcierto para que Teo corra hacia la ventana, atraviese las cortinas amarillas, y, sujetándose en la hiedra de su casa, baje por la cañería, salte al patio de vecinos, a la puerta abierta de la calle por donde logra ver, desesperado y libre, el jardín de las manzanas.

COSAS QUE ME PREGUNTABA MIENTRAS ESCRIBÍA ESTOS CUENTOS

¿Qué habrá sentido el piloto francés Pierre Clostermann, integrante de la Royal Air Force cuando, dieciocho años más tarde del viaje inaugural del crucero de lujo Cap Arcona, recibió la orden de bombardearlo? Imagino a Clostermann divisando el transatlántico desde el aire, apagadas ya las chimeneas rojas y blancas que antes venteaban un humo poderoso. Lo imagino recordándose tan joven, en el puente del buque, muchos años atrás. Imagino su nostalgia. Él, que había hecho el trayecto en primera clase, cuando todos eran ricos y felices, los cristales estaban sanos y los muebles en su sitio. Cuando estaba lejos la guerra y nadie había escondido los chalecos salvavidas. Lo imagino en la cancha de tenis (donde posiblemente Clostermann habría aprendido a jugar) o en el jardín de invierno (donde habría disfrutado de tardes de lectura), gastando su energía en el gimnasio, o en los salones de baile. Alfombras en todos los pasillos y varias orquestas que tocaban ritmos diferentes. Vestidos largos, hombres con galeras.

Pero los tiempos cambian. Aquello había sucedido en 1927 y estamos en 1945, en los últimos minutos de la Segunda Guerra Mundial. Justo cuando Hitler, en su búnker, va a contraer matrimonio con Eva Braun, poco antes de que ambos se quiten la vida.

El barco que vio Clostermann desde el aire estaba fondeado en el puerto de Lübeck, casi convertido en chatarra. Seguía abarrotado de pasajeros, pero estos ya no querían viajar, nadie desea emprender el trayecto que conduce a la muerte. Habían llegado a pie desde los campos de concentración de Neuengamme y Stutthof. Para evitar el juicio de los aliados, en esos días los nazis buscaban que las víctimas se evaporaran. Pero los cuerpos son incómodos, no se volatilizan. Vacieron los campos y arrearon a los supervivientes por la carretera, donde muchos murieron. Los que se asían a la vida fueron empujados al transatlántico y encerrados allí. Luego izaron sobre el buque la bandera alemana.

Cuando leo esta historia, me cuesta creer que todo esto se hiciera a escondidas de los aliados. De hecho, hubo quienes se negaron a colaborar con el destino de los cautivos: el capitán John Jacobsen, por ejemplo, o la Cruz Roja sueca, que gestionó la liberación de los presos franceses. Los ingleses

también alertarían sobre estas prisiones de agua pero luego, cuando sucedió lo que sucedió, evaluaron el operativo como un «brillante ataque».

Es decir: había miles de personas presas dentro del Cap Arcona y podemos suponer que una de ellas se llamaba Irina. Supongamos también que Irina tiene diecisiete años. Que es rusa y ha sobrevivido a la deportación, los trabajos de campo, la fábrica de ladrillos, los experimentos, el hambre, los malos tratos, la marcha de la muerte por la carretera. Imaginémosla ahora delgadísima, pisando el puente del barco, y luego, frotándose los ojos, vagando atónita por los pasillos alfombrados. No, vagando no, es inverosímil, imaginemos que la empujan porque está al final de una larga fila de condenados. Alcanza a ver un salón de baile, con sus delicadas puertas de cristal. Un comedor victoriano. En las paredes, paisajes y escenas de una época feliz. De pronto recuerda su casa, sus padres, sus hermanos. Recuerda el arcón donde la madre guardaba las sábanas que va bordando para el día de su boda. Recuerda el olor a manzanas del arcón y se oye a sí misma protestando, «Déjelo, madre, yo no me casaré». «Cállate, y déjame coser. Los inviernos rusos son muy fríos». «No viviré en Rusia, viajaré». Y su madre negando con la cabeza, como quien piensa «no digas tonterías». Y vaya si ha viajado. A empujones, van metiendo a los presos en los camarotes. Veinte y treinta por *suite*, donde antes, cómodamente, descansaba una pareja. Para que nadie se atreva a construir una balsa, se han llevado todo lo que pueda flotar. Irina camina atónita por el paraíso de alfombras y sueña. Hace tiempo que los sueños crecen en el lugar del temor. Es primavera, y el tímido cortejo de un pájaro irrumpe en el aire. Ella es una de las últimas de la fila y el barco está a rebosar, ya no le toca la bodega, donde la gente se pisotea, sino un camarote de lujo. Aquí debió de haber una cama, piensa, aquí un tocador con cepillos de plata. Aquí un rizador de pelo y un sillón mullido con su mesita baja. Una lámpara de cristales iridiscentes y una cortina floreada. Un cenicero. Los presos están tan delgados que no se sabe si se amontonan de frente o de perfil. Esta será mi tumba, piensa también Irina, y ni siquiera se entristece, hace tiempo que ha comprendido que la muerte no es, ni de lejos, lo peor que le puede suceder. De pronto, siente un pinchazo en la planta del pie. Se agacha y encuentra, entre el rodapié y la alfombra; una horquilla decorada con una pequeña herradura de esmalte. La frota contra su falda para sacarle brillo y, sin hacer caso a lo que la rodea, se la engancha en el pelo, que antes fue de un rojo victorioso y que ahora es una pelusilla polvorienta. Con los

ojos cerrados, Irina sueña y comprende que su madre ha anticipado el futuro. Está enamorada de Lars, un joven sueco, hacen planes, pronto se van a casar. Saldrán de Rusia y estudiarán medicina. Tendrán una casa con techo a dos aguas que, de lejos, parecerá un recortable. Un banco de madera en el porche, para las noches de verano. Para las tardes de invierno, la chimenea y el samovar. La joven esposa descubre pronto que está embarazada, hay que pensar un nombre, tiene el palpito de que será una niña. Lo consulta con Lars, quien le responde que es la madre la que debe elegir, y le acaricia la melena roja, que Irina lleva recogida a un lado con una horquilla decorada con una herradura. Afuera, en la primavera temprana, un pájaro canta reclamando a su pareja. Lars tiene un carácter amigable, todo el mundo lo quiere y ella está loca por él. Adora sus manos fuertes que salvarán a muchos y que serán capaces, también, de tallar la cuna de su hija. Irina se cubre a medias con la sábana que la madre le ha bordado y coquetea. Dentro de ella, entre el ombligo y el pubis, un nudo de sangre está creciendo, palpita, le produce confusos sentimientos de asco y placer. Toma la mano de su marido y le hace sentir ese puño de vida. Lars tantea el vientre y su promesa, luego la destapa y la admira, qué hermosa eres, Irina, susurra, y se agacha para besarla. Al hacerlo, el flequillo rubio le llueve sobre los ojos y sopla, cómo le gusta a Irina este gesto de su marido, está acercando los labios calientes a su frente cuando, por fin, Pierre Clostermann (que será considerado un héroe), deja de recordar y lanza la primera bomba sobre el Cap Arcona, causando un desastre mucho mayor que el hundimiento del Titanic. En esa misma primavera temprana mientras, como botellas vacías, los cadáveres de siete mil quinientos prisioneros se entrechocan en el mar, victoriosos ingleses entran en el campo de concentración de Neuengamme. Lo encuentran desierto.

LA HUIDA

Vive siempre como si el mundo fuera a explotar bajo tus pies
Mary Isabelle Stepens a su hija, Margaret Mitchell

La habían tirado en el suelo de un automóvil y por eso supo que se trataba de gente muy rica, nadie tenía automóvil en la ciudad, solo los millonarios o gente del gobierno, la cara cubierta y pegada al suelo, masticando polvo, por algún camino de campo, zapatos manchados de barro sobre su espalda. Los encajes sucios del camisón, la falda levantada que dejaría ver sus muslos como dos peces pálidos. Si respiraba lentamente, pensó, le iba a alcanzar el aire, pero el corazón no era razonable y respondía al estímulo del pánico, una bomba dentro del pecho. Tengo que calmarme, se dijo, tengo que calmarme o me voy a ahogar, debo llegar viva a donde sea que me estén llevando y tendré otra oportunidad, pero pensar en el futuro le daba más miedo. Alguien la había arrancado del sueño con la amanecida, alguien la separó de las sábanas frescas y le puso la funda de la almohada en la cabeza atándosela al cuello, las manos a la espalda. Las manos y los pies. Y la casa que quedaba atrás en un silencio extraño, culposo. Tengo que respirar, se repitió, atrapar el aire, capturar oxígeno, retener la vida. La voz pastosa de un hombre en su oído, tan cerca que puede sentir las agujas de la barba, la voz ciega, El Olor: chica, como grites, te mato. La voz babosa pinchando, rozándola: tranquila, Estanislada, si obedeces, todo va a salir bien. Estanislada tenía buena memoria para los olores, podía reconocerlos en una multitud, su madre se burlaba de ella diciéndole que parecía un perro de caza. Su madre. Era mediodía, porque el coche estaba muy caliente, saltaba su rostro como si estuviera muy cerca de las piedras. El trepidar enloquecido del motor. Siempre había soñado con subirse a un automóvil. Sensación de domingo de paseo, cuando nada había sucedido. Trajes bonitos, pelo sin trenzar, la brisa somnolienta en Santa María de la Ribera. El recuerdo la tranquilizó un poco y le abrió los pulmones. De golpe, un frenazo. La bota, oliendo a barro, le clavó la puntera, la pateó fuera del coche. Un chorro de aire y de luz y de pánico hizo que la funda de la almohada se le pegara a la

boca. Entonces El Olor la alzó como si fuera un fardo, se la cargó al hombro. Tenía que ser alto como una montaña, la ropa sudada y ella una muñeca de trapo, mientras el hombre saludaba a alguien que parecía divertirse con la situación. Botas y guijarros, espuelas. Suelo empedrado, ladridos de perros. Tres escalones, un portón abriéndose, escaleras hacia arriba, aroma a maderas enceradas, a telas voluptuosas. Lejanas conversaciones de mujeres. Risitas. Perfumes y polvos de talco. Caldo de pollo. La habitación tenía que ser grande, porque El Olor dio unos cuantos pasos antes de lanzarla sobre la cama, una cama demasiado blanda sobre la que Estanislada rebotó. ¿La estaba estudiando? Sí, probablemente sí, qué vergüenza. Minutos más tarde, se cerró la puerta. Hasta que tuvo la certeza de que estaba sola, no se animó a moverse. Le dolían los brazos, las cuerdas clavadas, la funda que le cubría la cara húmeda de lágrimas y mocos. Tenía que ser de noche cuando escuchó trotes enérgicos sobre el empedrado, risas, conversaciones en francés. Las mujeres no pero, los hombres, seguro que hablaban en francés, era extraño escuchar allí la lengua de su madre. Se había adormecido cuando se abrió la puerta y volvió El Olor. Entonces unas manos como pinzas se hincaron en sus axilas y levantaron su cuerpo roto, le desataron los pies, le separaron las piernas. Seguía con las manos atadas a la espalda y no se resistió. Para qué. Cuando El Olor dejó de aplastarla, sintió que sangraba. Entonces la voz le dijo:

–Quítate ese camisón inmundo o nadie va a creer que vales lo que pagamos por ti.

Y luego:

–Ahora mismito te mando a Catalina para que te limpie. Mañana quiero verte abajo.

Catalina salió a la puerta y lanzó a la calle el agua de la jofaina, que sonó como un latigazo sobre el polvo. Solo frente a la casa estaba empedrado, el resto era de tierra aplanada por los pies descalzos de los indios, el paso de los animales, las ruedas de carretas y cañones. Por el camino, que se alejaba hacia la ciudad, entre nubes de polvo, le llegó un sonido como de goterones: eran los cascos de los caballos, que se alejaban. Sacó agua del pozo, se lavó las manos, se refrescó la cara y el cuello. No había dormido casi, la nueva estaría bajo su cuidado y eso la obligaba a noches de insomnio. Haría bien en dejar de llorar, nadie iba a conmovirse y, cuanto antes empezara a obedecer,

mejor para todo el mundo, obedecer y callarse era siempre la mejor opción. A Catalina no le gustaban nada esas primeras noches violentas, menos si la nueva era de lujo, y esta era de lo mejor, una puta sabrosa de la mejor calidad. Por eso no le habían pegado. Se secó la cara con el delantal y dejó atrás el burdel, atravesó el caserío de cristales rotos y paredes de adobe, evitando las agujas del sol caminó bajo la sombra densa de los nogales. El rebozo le cubría el rostro picoteado por la viruela, los ojos de urraca. No parecía ni una mujer ni una niña, sino algo intermedio, y, aunque no estaba segura de su edad, apenas si tenía pecho. Al llegar al riachuelo se puso de rodillas y comenzó a frotar la ropa manchada de sangre. Las calles estaban llenas de soldados, perros y niños sueltos que vagabundeaban como si estuvieran perdidos, algunos incendios seguían humeando. Y las mujeres, sentadas a la puerta, no sabían por dónde comenzar a poner orden en los destrozos. Era el ir y venir de los ejércitos fatigados, en esos días pasaban tantas cosas que el mayor de los desastres se había instalado en la normalidad, casi todos los campesinos andaban en armas y no quedaban brazos que hicieran las tareas de siempre. Los dueños de las dos o tres casas con portones grandes habían huido, y ahora estaban ocupadas por las tropas que llenaban los patios con cajas y caballos. Lo único que permanecía intocado era el burdel, casi un palacete pintado de colores vivos, que cumplía con sus servicios sin discriminar bandos.

De entre los juncos levantó vuelo una algarabía de patos silvestres. Catalina terminó de frotar la ropa y comenzó a retorcerla, luego se mantuvo en silencio intentando disfrutar de esos momentos de calma imprevista. La violencia en aquellos tiempos era moneda corriente y la muerte, el pan nuestro de cada día. Mientras amontonaba la ropa en la jofaina, se dijo que no, que no estaban las cosas como para enternecerse por el destino de una desconocida.

El primer hombre que se encaprichó con Estansislada fue un general rebelde que tenía una cicatriz de sable cruzándole la cara, desde la sien izquierda al mentón. Había jurado no meterse en una tina hasta que Villa se hiciese con el poder así que olía a demonios y a guerra. La chica escuchaba cómo detenía el galope, el caracolear bajo su ventana, las espuelas girando en la escalera. Sin quitarse las botas, como si saltara de un techo en llamas, se lanzaba sobre ella, la barba lijándole las mejillas hasta dejarlas rojas. Y su

vozarrón, que ocupaba todas las habitaciones.

–La quiero toda para mí. Si algún cabrón se le acerca le vuelo los sesos, no vaya a ser que tenga que compartirla con un enemigo.

Fue solo verla y el general pagó por adelantado una fortuna. No le gustaba hablar con las putas, lloriqueaban ante cualquier pregunta tonta, de esas que se hacen porque sí, para empezar una conversación, como «de dónde eres» o «cuánto hace que estás aquí». Además, la nueva no parecía hablar español, y aquello era perfecto. Así que ni siquiera le preguntó su nombre. Al general le gustaba llamarla con apodos franceses, «desnúdate, Lili», «más abajo, Ninon», «así, Odette», y lo embravecían la melena rubia y los murmullos en francés. Además, se pusiera lo que se pusiera, nunca parecería una puta endomingada y cumplía con su trabajo sin protestar. Es cierto que él era más caballeroso en tiempos de paz, ahora todo era aplastarla y vaciarse, se levantaba de la cama fajándose los pantalones y abrochándose la guerrera. El trámite se llevaba a cabo de manera tan urgente que, antes de abrir los ojos, la chica escuchaba otra vez el metal de las espuelas rodando escaleras abajo, lo oía montar a caballo y trotar hacia el río, donde lo esperaba la tropa haciendo beber a las bestias y cargando las cantimploras. A través de la ventana enrejada espiaba ese desorden libre de crines flotando al viento, las siluetas armadas que iban tatuando el polvo. Luego se tendía en la cama, sola. Era una suerte tener un único cliente, no había que bajar a la sala y lucirse, ni que aguantar las rarezas de los viejos o los enamoramientos empalagosos de los jóvenes. Lo mejor que podía pasarle era que el viejo se aquerenciase y le pusiera una casa. Con eso soñaba Estanislada cuando, entre asalto y asalto, pasaba un tiempo vacío en el que Catalina se ocupaba de ella, le ponía aceite de cactus en la piel enrojecida, le friccionaba los músculos doloridos de la ingle que estaban tan quebrados y abiertos como si ella también hubiera cruzado el país a caballo. Si quería que las cosas siguieran su curso solo tenía que mantenerse alerta: en cualquier momento podía aparecer un emisario del destacamento gritando: «que viene, que viene el general» y entonces empezaba a desnudarse, navegando en una zozobra dominada y seca.

–Si mi madre viviera –dijo Estanislada.

–Pero no vive.

–Si me pudiera escapar.

–Pero no puedes.

–Si tuviera un arma.

–A ver, ¿qué harías con un arma?

Catalina disfrutaba con el juego de preguntas y respuestas, iban y venían las palabras mientras ella trenzaba el pelo dorado de Estanislada, palabras como hebras de seda, crujientes faldones almidonados, dulces, como los membrillos olorosos sobre la mesa de palisandro. Y, en el muro, temblorosas a la luz del quinqué, las sombras entreveradas de las dos muchachas.

–¿Y si me escapo?

–Te seguiré. ¿Dónde vivirías?

–En cualquier pueblo. Me llevaría unos cuantos vestidos y los regalos que me ha hecho el general. Abrió su *secretaire* y sacó una peineta de plata. Tengo muchas. Esta es para ti. Estarás preciosa.

–Si me la ven, me matan.

–Sabrás esconderla.

–¿Y cuándo voy a usarla?

–En tu boda.

–Los hombres son un asco. Descansa, seguro que mañana viene el general.

Estanislada se hunde en la cama y Catalina le acaricia la frente. Terminará de poner en orden su ropa, luego tiene que lavar las sábanas, aunque le encantaría seguir conversando. Cuando la respiración de Estanislada se acompasa, la espía, tiene unos perfiles tan suaves que parece dibujada. Catalina no sabe leer las letras de los libros pero sí las caras, tiene que ser muy rápida para sobrevivir. Puede confiar en la puta güera, se dice. Qué envidia la piel, esa melena dorada, los ojos tan grises. Ella, con esta pinche cara, ¿qué hombre la va a querer? Acaricia la ropa, las medias, las zapatillas bordadas, intenta probárselas pero sus pies descalzos son casi cuadrados. Acerca a su rostro los aretes brillantes que están sobre la mesa, huele las cintas del pelo. Dentro de unas horas se escucharán los sonidos del pueblo. Ahora, solo esa respiración, la cabellera esparcida sobre los almohadones, el pecho cubierto de encaje, que sube y baja como si fuera lo único que está vivo en este mundo. Imagina que escapan juntas, y la idea le produce tal arrebató de felicidad que tiene que contenerse para no gritar. Ya lavará mañana. Se tiende en el suelo, junto a la muchacha, como si fuera una alfombra.

Catalina huele a jabón, piensa Estanislada, huele a agua del río, lejía y escoba de esparto. A insultos. A quítate de ahí, hija de la chingada. A libros que le enseñan a deletrear. A lápiz mordido, a caligrafía torpe. La puerta del prostíbulo huele a caballo y a pólvora. A veces, huele al automóvil de un poderoso. La casa, a brocados y encajes, a rebozos de seda, afeites, semen, tabaco, licor. A golpes y lágrimas. Los recuerdos de su madre huelen a leche con galletas, a agua de rosas; su muerte, a cirios, a tierra, a crespones prestados. La vieja habitación de donde se la llevaron huele a leña y a fuego. ¿Y el dinero que pagarían por ella? No lo sabe. Huele a lágrimas su miedo, y a sudor, huele a sangre el primer hombre, pero no del todo. ¿Cómo podría definir el olor del primer hombre? Solo pensarlo empieza a palparle el corazón, le falta el aire, pide a gritos agua, Catalina, más agua y jabón, un cepillo, arena para frotarme la piel, una piedra pómez para borrarle la memoria del cuerpo.

Detrás del huerto estaba el último muro del pueblo, el que lo separaba del campo, tachonado por muescas y desconchones de balas. Era el paredón de los fusilados, donde cualquiera de los dos bandos llevaba a sus presos para ejecutarlos. Se hacía sin trámites, porque sí, porque no, porque me parece o porque me miraste torcido, porque hay armas en tu casa o alguien te delató, la sangre rival chorreaba por la pared y, al caer, se iba mezclando, abonaba la tierra, el picor silvestre de las ortigas distraía a los presos del escozor de la muerte. El paredón miraba hacia el oeste, y las ejecuciones se hacían con el último sol, para que los condenados, guiñando los ojos, no se llevaran al más allá el recuerdo de los bigotes torvos del batallón de fusilamiento. Pero los condenados, enceguecidos por el furor del crepúsculo, tampoco podían despedirse de montes o nogales, ni del vuelo rasante de los pájaros. Para que las criaturas descalzas no se cruzaran frente a las ráfagas de balas, las ejecuciones se anunciaban con un redoble de tambor.

Cuando había silencio, Catalina bajaba hasta el paredón, donde a nadie se le ocurriría buscarla. Ahora el pueblo era un puritito caos, había gente perdida por todas partes, pero a todos les daban prevención los fantasmas de los fusilados, así que era un buen lugar para estar sola y ella se llegaba hasta allí con el libro que le había dejado Estanislada, una Biblia de cantos de oro que le había regalado el general. A Catalina la deslumbraba la belleza del papel, más fino que las alas de una libélula, y la abría por la primera página

para deletrear muy despacio *En el principio era el verbo*. Luego copiaba las palabras: *en el principio era el verbo* diez veces, cien veces, hasta que el dibujo de todas las letras se le hacía familiar y parecía fluir de sus dedos. Cuando terminaba con su tarea buscaba la caja de los tesoros, que estaba enterrada bajo la tapia, y la abría con parsimonia. Era una caja de latón con la pintura saltada, donde escondía la peineta, y también sus pequeños hurtos, brillos que huroneaba aquí y allá sin que Estanislada lo percibiera en su opulencia de encajes, desdeñosa siempre ante los regalos del general, que parecía cada día más enamorado. Miró sus posesiones con delicia: un dedal de oro, una medalla de la virgen de Guadalupe con su cadena, unas tijeritas de plata, varios carretes de cinta para el pelo y los tesoros la hicieron sentirse feliz. A pesar de su cara. De su piel. Más feliz que todos los desarrapados que la miraban con desdén, más que las madres de tetas colgadizas que tendrían un marido, pero también demasiadas bocas para alimentar. Más feliz que todas las putas juntas porque, al fin y al cabo, a ella le tocaría ser humillada, pero no le tocaba abrirse de piernas.

La riqueza del pueblo se limitaba a unos cuantos pavos y gallinas asustados y, si no había tropa de paso, era difícil saber adónde se escondían los lugareños. Estaban arrasados los campos. A veces, podía escucharse el galope enloquecido de algún caballo, el llanto de un recién nacido pero, si no estaban los soldados, por las calles ardientes de la siesta era difícil encontrarse con los vivos. En algún momento la gente se cansaría de pelear y volvería a vestirse con ropa de trabajo, regresarían a sus chozas como si fueran lagartijas que huyen de la canícula. ¿Qué sucedería, si terminaba la lucha? ¿Qué, si llegaba la paz? ¿Qué pasaría con ella? Si volvía el orden, se dijo, no quedaría en el pueblo un lugar seguro donde esconderse. Debajo del texto sagrado, Catalina escribió, con su letra desbocada: *En el principio era la guerra*.

El caballo se detuvo con un relincho seco y el polvo que lo seguía se pegó a las espaldas del emisario. ¡Que viene el general! ¡Que viene el general!, gritó, antes de volver a partir en estampida. Estanislada lo escuchó desde su ventana y pidió a Catalina que la ayudara a desnudarse. Era temprano, casi no se había levantado el sol, una hora extraña para los clientes, que solían asomarse con las luciérnagas, pero en la época de lluvias todo era un desorden, los caminos nevaduras de agua, los ríos crecidos venas

palpitantes que lo anegaban todo.

Buscó la cinta roja para trenzarse el pelo pero no la encontró, tenía que recogerse los rizos porque el general era muy brusco, bajo sus codos como pistones le dejaba la melena enmarañada. Catalina le subió el agua. Cuando estuvo lista, se tendió en la cama e intentó descansar. Pero pasaron horas, y luego más. Llegó la oscuridad, y tuvo que cubrirse porque venía el frío.

Llovió durante toda la noche, el cielo parecía reventar los tejados de las casas. Aunque la ausencia del general duró varios días, al principio nadie dijo nada, y hasta ponían fruta sobre la mesa para que, cuando él llegara, la habitación no olierá a pólvora. Estanislada se mantenía atenta, las enaguas y la falda sobre una silla, como si no quisiera perder un segundo en tramiteos innecesarios. Pero pasaron semanas, y el general no apareció.

—Ándale, a ver si averiguas algo.

Catalina era los ojos y los oídos de Estanislada, ella estaba presa bajo siete llaves, pero una criada podía salir al camino y hacerse la encontradiza con lugareños y soldados, hablar con esos muertos de hambre, repetir hasta el aburrimiento que era una viuda, una hija, una hermana, cualquier cosa que les soltara el corazón y la lengua.

—Hace más de una semana que pasaron por aquí, señorita, dejaron tal estropicio que ya no sabemos ni qué causa defendemos nosotros.

—Dicen que los ahorcaron a todos, que cargaron hasta contra los niños.

—También dicen que mañana regresan, no van a dejarse los cañones olvidados.

—Vaya con tiento, señorita, andan tronando a todo el que tenga cara de ayudar a los alzados, no más piensan que los miras mal, van, y ya la cuelgan de una rama.

Cubierta de polvo del camino, Catalina volvía agotada con noticias que no tenían ni pies ni cabeza. Y, según pasaba el tiempo, el dinero que había pagado el general por su puta exclusiva se empezaba a terminar.

Como no querían estropearla, al principio no la obligaron a bajar y le buscaron tres clientes fijos. Así que no tuvo que pasearse casi desnuda por la sala, ni tuvo que fumar sobre las faldas de ningún viejo. No la obligaron a pintarse como si fuera una máscara ni a saltar de la cama en cuanto sonaba el timbre. Todavía le quedaban privilegios, como levantarse tarde y Catalina

para ella sola y así, cuando no había nada que hacer, seguían leyendo juntas. De momento había comida, los olores del aceite y la manteca corrían entre las casas, braseros colmados de enfrijoladas, platos de huevos rancheros. Estanislada se acercaba a la ventana para respirar el aroma de la panadería del pueblo, el fresco que subía desde el río, el ventalle del viento en los nogales. No era lo mejor, se dijo, pero podría haber sido muchísimo peor. Es cierto que sus nuevos clientes no eran tan fáciles ni tan generosos como el general, que se contentaba con lo que se contentaba y que, agradecido como una criatura, luego le regalaba hasta sus botas. Los sábados la venía a ver el boticario, un hombre escueto con tantas manías que gastaba más tiempo en frotar gérmenes imaginarios que fornicando con ella. Buscaba los cigarrillos nervioso y le ofrecía uno, y ella lo aceptaba para esconderlo en una caja, quién sabe qué podía conseguir a cambio. Los jueves le tocaba la visita de un viejo con su hijo, que llegaban empujándose en una ansiedad de bocinas y explosiones del motor. El viejo no podía hacerle nada, porque se le había desmoronado la virilidad, pero la obligaba a intentarlo cansinamente, ahombrándose con los recuerdos hasta que, de tanto frote inútil sobre ella, a Estanislada le aparecían ronchones. El hijo era delicado, casi femenino, con ojos brillantes y crueles. Aprovechaban para viajar juntos porque les salía mejor y, de paso, hacían doblete conversando los temas de familia, de negocios y reyertas. De qué pasará cuando todo termine, y de qué, mientras tanto, les podríamos vender. De cómo subir el precio del azúcar, ahora que nadie tiene, o de mira tú cómo me puedo quedar con la casa de la viuda. Al joven lo ponía a tono azotarla con una fusta en las corvas, como si ella fuera una jaca díscola. Le gustaba tirarle del pelo. Le gustaba dormirse encima de ella, como si fuera su colchón. No le dejaba marcas –aquello le hubiera costado un dineral– pero sí una humillación y un picor tan pertinaces que tenía que venir Catalina en los intermedios con el aceite de cactus para aliviarla. Pero lo peor de la vida de familia que se reunía entre sus piernas era los constantes «¿mi hijo lo hace mejor?» o «¿mi padre qué te hace?» a los que se veía sometida y que le distraían de cualquier esfuerzo por conservarlos.

Por culpa de los caminos anegados, un mes más tarde solo le quedaba el boticario, al que dejaban venir casi por favor, y porque se ocupaba con eficiencia de las infecciones de las putas. Pero aquello duraría poco: se pusiera como se pusiera, no podía costársela.

Hasta que un domingo por la tarde tampoco apareció el boticario, y entonces le dieron dos opciones:

–¿Sales o te hacemos salir?

Y la puta güera tuvo que bajarse de su trono para compartir la sala con las demás.

Entonces empezó la obsesión por escapar. El deseo de escapar, el sueño de escapar. Las ganas de que volviera el general y se la llevara. La necesidad de conseguir un arma para defenderse en la huida. Un arma que se pueda ocultar en la faltriquera o bajo la almohada, como una muñeca, que se pueda arrullar durante las noches inseguras, un arma tibia en sus manos con la que defenderse, con la que saltarle la tapa de los sesos al próximo que. Al próximo que.

Se lo pidió a Catalina, le suplicó que se la consiguiera y la chica dijo que no, de ninguna manera, de dónde iba a sacar un revólver, si me ven con un arma me matan, estás loca, demasiado peligroso.

–Catalina, no me chingues, si no me encuentras un arma voy y te acuso, ¿o te crees que soy tonta? Sé que has estado sisando aquí y allá.

Catalina se puso pálida. Pensó en ir a buscar su caja de los tesoros y devolverlo todo pero, en esos días, el paredón estaba muy transitado, había ejecuciones un día sí y otro también, después quedaban las familias desconcertadas, gritando o llevándose a los muertos y, para acortar el trámite, les había dado por cavarles las sepulturas ahí nomás, detrás de esos matojos, el cementerio rebalsaba, a veces dos y tres en una tumba, para qué arrastrar lejos a los ejecutados, los cadáveres asidos por los pies y con las manos hacia arriba, los dedos rígidos como si estuvieran peinando el aire, con su peso excesivo por la obstinación de pegarse a la vida, iban dejando el campo aplastado, lleno de surcos y caras de espanto, los ojos vacíos escrutando el cielo.

–Mira, Catalina, no voy a decir nada de cómo se te pegan las cosas a la mano, pero es imposible seguir así, tienes que ayudarme, no sea que me vaya a convertir en una como esas de abajo, los dientes rotos, las tetas aplastadas, los moratones maquillados con polvos de talco.

En parte por las lluvias que abrumaban las calles y se habían llevado casi todos los senderos, en parte porque el desconcierto de la guerra los tenía

perdidos, ya casi no llegaban clientes al burdel. Ni siquiera si se les ofrecía el trueque de sexo por regalos, una hora por una falda, una noche completa por unos metros de blonda, encamarse con quien eligieran por un poco de comida, eso sí, en sacas grandes, para que alcance. No sonaba la campanilla de la entrada ni el runrún de las espuelas en las escaleras, nadie recordaba el lujo traqueteante de algún automóvil.

La tropa había recibido la orden de partida y preparaba sus cosas, rodaban los cañones empujados por mulas, los soldados aceitaban rifles, engrasaban monturas, ataban el pienso en fardos, llenaban enormes barriles de agua. Todo lo que podían llevarse del pueblo lo estaban cargando y algunos forcejeaban con las mujeres por una gallina, un pantalón remendado o un trozo de pan. Sombreros de ala doblada. Pañoletas atadas al cuello. Cananas cruzándoles el corazón. Armados hasta los dientes, algunos con botas, otros con sandalias, los más, descalzos.

Y los jefes que, mientras se alejaban, giraban la cabeza hacia el prostíbulo, melancólicos, imaginándose cuánto tiempo tardarían en poder catar una mujer como esas.

Las mañanas cansinas con las putas pegadas al gramófono, las siestas desmadejadas y sudorosas, las tardes acicalándose, noches inútiles de nervios y rencillas, esperando en vano a los clientes, todo para nada. Poca comida. Mal humor y lluvias. Sonido de cañones y lluvias. Gritos y lluvias. Estanislada está sola y se aburre. Las mujeres le tienen envidia y Catalina no le habla. No te molestes conmigo, Catalina, es que ya no aguanto más, no te grito porque sí, sino porque me rebalsa la rabia. ¿Y si vuelven a venderme? ¿Cómo me defenderé? Anda, ya sabes lo que te he pedido, te regalo otro libro, me callo la boca. Me callo para siempre, y somos amigas.

Catalina se hace la tonta, le da la espalda, pero se siente insegura. ¿Y si me delata? Estanislada prosigue, zalamera: nos vamos y te llevo conmigo, las dos a la ciudad, quién nos va a conocer ahí, vendemos mis cositas y, con guantes y sombrero, nos subimos a un barco. Un barco, Catalina, tú y yo cruzando el mar, vamos a Francia, tengo familia, o hacia el sur, dicen que en Argentina hay muchas oportunidades.

Cuesta reunirse, cuesta hablar, cuesta llegar al muro de los fusilados. Estanislada se aburre y sueña, lee y sueña, sobrevive y sueña. El tiempo vacío le hace pensar, le anega el recuerdo de su madre, es una imagen tan concreta,

tan hermosa, que se despierta llorando. Su madre cuidando niños ajenos, hablándoles en francés. Niños estúpidos y autoritarios.

Una noche la sobresalta un sueño y le cuesta saber dónde está, siente la boca llena de tamarindos, el aroma es tan real que tarda un buen rato en darse cuenta de que está dormida. El olfato alerta. Las emociones en carne viva. Es su madre, que le acaricia la cabeza mientras repite «no te preocupes, mi Tanis, todo saldrá bien, me pondré buena, solo es un mal pasajero». Sí, pasajero. Mucho Tanis, mucho cariño, pero su madre no era más que una mentirosa que no la supo proteger, se murió dejándola sola, en manos de cualquiera. No aguanta más, tiene que escapar. Y el anhelo de la libertad, una bocanada completa de aire en los pulmones.

Catalina sigue acostándose en el suelo. Cuando Estanislada está dormida, la estudia y envidia la piel, estirada y sin tropiezos, la melena rubia. A qué viene tanta queja, si casi no tiene problemas. En cambio ella sí que tiene razones para el desaliento: la ropa cada vez más sucia, los golpes en chaparrón. Ni siquiera con lo que le dan de comer se le quitan los retortijones en el estómago. En estas semanas ha ido acumulando tanto rencor que se ahoga. Soy un perro, se dice Catalina, menos que un perro, menos que un sapo, menos que una hormiga, menos que el último objeto de la casa, que la jofaina, que las suelas de los zapatos, que las mondas de las papas, que las barbas del maíz, soy una pinche vieja fea que duerme en el suelo. Y Catalina gimotea con un ritmo monótono, como hacen los niños para solemnizar el dolor, duerme en el suelo mientras Estanislada descansa en su cama con cuatro colchones, rodeada de encajes parece envuelta en una tela de silencio, en una mortaja. Casi ni se levanta de la cama y, cuando la obligan a bajar al salón, no hace nada por conseguirse un cliente. Debería esforzarse, piensa Catalina, contonearse como las demás, sacudir el pecho, caminar de un lado a otro de la sala mostrando sus lindas curvas. Ella, que tiene esos dientes tan blancos, con la primera estupidez de los clientes debería reírse para mostrarlos. Debería jalarlos por el corbatín, el pañuelo, o lo que sea que lleven al cuello esos brutos y arrastrarlos a su habitación. Debería murmurar *mon amour* y sandeces por el estilo. *Mon chou-chou, tururú*. Qué le cuesta, así habría comida para las dos. Catalina se pone de rodillas, estudia a la mujer dormida, la envidia le sube a la garganta como una bebida con gas. Podría matarla, ¡sería tan fácil!, la almohada, unas tijeras, un abrecartas, y escapar.

Escapar con las joyas de la güera sabrosa, de la puta idiota. Pero enseguida se arrepiente, al fin y al cabo esa muchacha dormida le ha enseñado las tres cosas más importantes que hay en el mundo: a leer, a escribir, a odiar.

Seguía lloviendo la noche en la que llegó hasta la casa el milagro de un automóvil, pesaban llorosas las enormes cabezas de los nogales, el río se había desbordado hasta asomarse casi a la puerta del prostíbulo. Pese al diluvio, el auto detuvo sus toses y salió de dentro un hombre debajo de un paraguas. Cuando el paraguas se cerró, quedó su sombrero de alas anchas así que, desde la ventana, Estanislada no llegó a adivinar quién era. Fueron los gritos desde la puerta, los «Lilí, Margot, Fifi» los que le devolvieron la imagen del general con la cara cortada. Había cambiado mucho. Ya no llevaba uniforme y vestía como un caballero. No le cruzaban el pecho las cananas, ni calzaba botas con espuelas, ya no olía a rayos sino a jabón y colonia. Iba repeinado, los bigotazos muy tiesos, vestía un traje oscuro con su camisa crujiente de almidón. Cargaba un paquete grande con regalos para su puta fina y gritaba por la escalera dónde estás, Mimí, Margot, Fifi, y Estanislada casi no tuvo tiempo de tenderse en la cama. El hombre entró con un alboroto que llenó la habitación. Limpio todo era más fácil y, si bien no había modificado su torpeza, también era cierto que, después de acostarse con ella, no salió corriendo sino que se sentó en el sillón a fumarse un puro. Estanislada se cubrió con pudor, y se quedó mirándolo.

Ahí sentado, como un emperador en su trono, el general también estudió a la muchacha. Estaba más delgada, no parecía la de siempre. El corazón, borracho de ruidos y de sangre, se le licuó, y en un arrebató de deseo se dijo que, cuando terminara la guerra, se la llevaría consigo. Le pondría una casa. Disfrutaría con ella de la paz. La montaría noche sí, noche no, la brida tensa, como si fuera una jaca arisca. En verdad se había alegrado de verla, la había cubierto de regalos para resarcirla de su ausencia. Una mantilla, dos cortes de seda labrada, anillos con piedras de colores y varias botellas de tequila. Las botellas eran para él. A medida que las vaciaba, iba poniéndose más y más cariñoso, la puta güera lo ponía tan caliente como las ascuas del infierno. Perfilada por la luz dorada del quinqué, Estanislada se levantó de la cama y comenzó a tirar la ropa aquí y allá. La muselina de la camisa, las medias blancas, los encajes, así, hasta quedarse más encuerada que Eva en el paraíso. Cuando vio que el hombre volvía a enardecer, sintió que había llegado el

momento, esa era, tal vez, su última oportunidad y salió de su laconismo francés para hacerse entender bien clarito, en castellano, y arrojó las palabras como un leño a una hoguera. Sentada en sus faldas, entre mohines y gimoteos, el pecho muy cerca de sus manazas, le confesó que él no era el único, *mon général*, dentro de ella habían estado otros, otros la habían asediado y ocupado esa fortaleza, y quién sabe de qué bando, *mon général*, hombres que le estropearon la piel y la sonrisa, brutos a los que ella no pudo negarse porque cómo; llorosa le contó su pavor a que la vendieran, le dijo que solo él la protegía, que nadie como él, nadie tan macho y, puesta a decir cualquier cosa con tal de que la sacara de allí, le dijo también que lo amaba. El general era un guerrero, pero no era tonto, y también era un buen hombre, dentro de lo que puede serlo alguien capaz de pegarte un tiro en la boca con la misma indiferencia con la que se come una enchilada. Además, la guerra lo había dejado riquísimo, y podía tener a su esposa y a unas cuantas más, estaba en condiciones más que sobradas de llevarse a Ninon. Ninon, Lili, o como fuera que se llamara la chica. La volvió a estudiar. Era más joven que sus propias hijas, de ancas potentes, nalgas bien colocadas y pechos redondos, una hembra capaz de darle cuantos bastardos necesitara para acrecentar su hombría. Bastardos hermosos y fuertes con los ojos grises, como su madre. Bastardos de primera. Rubios, con lo que eso vale. Además, la chica tenía un sexo altivo y siempre aceitado, perfume hasta en las comisuras, un aliento cálido que no lo echaba para atrás. Y un carácter nada quejoso, ni siquiera lloraba ahora, contándole sus desdichas, él podía soportar los temblores de un condenado sin inmutarse, pero no las lágrimas de las mujeres. Sintió un arrebato de ternura, la levantó en vilo para tenderla en la cama, le acarició el pelo, le pellizó los pezones. Ay, güerita, le dijo, y la chica comenzó a sonreír, a besarlo, a abrirse, y el general, que ahora estaba en las altas gestiones de la política, le prometió que pronto, muy pronto, la sacaría de allí. Al primero que te toque, le dijo, lo mato, solo tienes que aguantar un poco, Mimí, hoy mismo no puede ser. Ah, murmuró ella, casi ronroneando. Cuando usted me lo diga iré donde me diga. Pero valgo mucho, muchísimo. ¿Me podrá comprar? Y tengo miedo, *mon général*, tengo miedo de estos días de espera. ¿Cómo voy a hacer para defenderme? ¿Qué hago, si vienen otros? ¿Y si me venden? Desde hoy soy suya pero, póngase en mi situación, aquí encerrada, ¿cómo voy a defenderme? Dejó pasar unos minutos, para que la mecha de los celos encendiera. Y continuó: solo

necesito, para no pasar angustias, un arma. Entonces el general, sin pensarlo, puso sobre la cama su revólver con cachas de marfil y le enseñó a montarlo. Mientras lo acariciaba, mientras sonreía mimosa, Estanislada se dio prisa y lo escondió entre los almohadones, no fuera a arrepentirse.

Entonces fue que volvió El Olor. El Olor y, detrás, el hombre que la había robado de su casa. El bruto que la había encerrado en el prostíbulo, el hombre de olor hirsuto sudando la camisa y ella levantada como un saco. El hombre que la violó con las manos atadas. El que se había encaprichado con ella cuando era casi una niña y la había comprado en cuanto murió su madre. El cuate de los poderosos, de uno y otro bando El mandamás de la casa de las putas, el que levantaba miedo como ampollas, el dueño y señor de todas las cosas. Llegó en cuanto se fue el general. Como si nada de lo bueno pudiera durar. Como si estuvieran prohibidos los sueños. Estanislada estaba organizando qué vestidos llevarse y cuáles dejar para Catalina, separaba cojines y cintas cuando olfateó con espanto ese hedor apestoso que tenía grabado en la piel. Catalina seguía arrodillada a sus pies, ella, sentada en la cama, entre los cojines, apilaba los libros en dos montones: unos para mí, otros para ti. Y entonces volvió El Olor, oyó un griterío en la sala, «esa puta es mía» y «yo no se la vendo a nadie», «es que hacía falta dinero», los «cálmese usted» y él «no hay dinero que valga, hija de la chingada, ¿quién es el jefe? Ahora mismito me la devuelves». Las carreras escalera arriba y la patada en la puerta. El Olor con cuerpo, con su horroroso cuerpo. El Olor con peso específico. Con cara. Como una lagartija, Catalina huyó bajo la cama, un golpe de ese bruto podía partirle el espinazo. Estanislada estaba otra vez en camión, indefensa, las piernas cruzadas y desnudas. Pero ahora no era una niña, sino que tenía toda la experiencia del mundo, no estaba dormida, ni tenía el rostro cubierto, así que lo pudo ver. Lo vio y cerró los ojos, para frenar un corazón que se desbocaba. Tengo que aguantar, se dijo, tengo que aguantar, no voy a resistirme, tengo que hacer lo que conviene o me va a matar. Él o yo. El ahogo, controlar el corazón. La falta de aire. Respirar y calmarse. El corazón frío. Se concentró en la pulsión de vida y en sus pulmones. Si podía respirar, todo sucedería como de lejos y no sentiría siquiera que el hombre le estaba pegando. Con la mano abierta. Con la mano cerrada. Respirar. Sintió que le sangraba la nariz y, cuando quiso contener la hemorragia, El Olor la agarró del pelo para hundirle la cara en las almohadas.

De aquí no te vas, le gritó, eres mía. Estanislada no se resistió, juró que no se movería aunque se ahogaba, aunque la matara ella era más fuerte que él. Cuando vio que él se estaba bajando los pantalones, abrió las piernas y se preparó. Solo es uno más, se dijo, para calmarse. Uno más. El estómago, un puño cerrado, el corazón, un puño cerrado. Un pómulo ardiendo. El hombre entró una y otra vez, como si llevara años de escasez y de rabia, entró hasta desahogarse, y luego entró por entrar, sin vigor alguno, entró solo por lastimarla, pero cuando quiso que ella abriera los ojos, no lo logró. El Olor. El Olor. Luego vino el derrumbe, el desmoronarse en un sueño pesado. El sueño del hombre después de vaciarse, su ronquido isócrono, como de agonía. El sueño del hombre, pesado como el mundo. El sueño de ese cabrón que había dicho la hija de la francesa es para mí, me la llevo y pago lo que sea. Estanislada esperó hasta estar segura de que dormía. Luego, con un movimiento lentísimo, metió la mano bajo las almohadas, reptó hasta sentir la sequedad metálica del arma que le había dado el general, sintió su tacto liberador al levantarla hasta la sien del hombre dormido y esperó el ruido de la guerra, justo cuando reventaron los truenos, o los cañones, o el furor del fuego, apretó el gatillo, disparó un tiro nomás, sintió el impacto sobre su cuerpo aplastado y se quedó esperando quieta hasta que, por debajo de la cabeza de buey, empezó a brotar un charco de sangre. En ese mismo momento sucedieron tantas cosas de manera simultánea que son difíciles de contar. Entraron más soldados en el pueblo y, desde las casas, comenzó un fuego racheado, las primeras llamas brillaron entre las órdenes dispersas, hicieron espejear los cristales de la ventana, los hombres salieron a la plaza fajándose los pantalones, alguien abriría los establos y los caballos escaparon enloquecidos pateando el polvo, las crines en llamas. Y entonces, en medio del estrépito de la guerra, Estanislada escuchó el motor de un coche que se acercaba. Existen los milagros, pensó. Existen. El coche del general, que viene a salvarme. Es un milagro y tengo que pensar, se dijo, tengo que pensar rápido, o estoy muerta.

Debajo de la cama, Catalina seguía inmóvil. Había oído los golpes y los jadeos, los ronquidos, el tiro. Había visto caer, como una lluvia mansa, goterones de sangre, la sangre tibia que atravesó el colchón hasta caerle encima, las manos manchadas. Con el pelo revuelto y bizqueando asomó su cara horrible, histérica empezó a gritar. ¡Calla, Catalina! ordenó Estanislada, ¡cierra la boca o estoy perdida! La boca enorme, abierta, la boca como un

pozo, la boca dispuesta a denunciarla, a tragarla. Estanislada se cubrió y se asomó a la puerta, gritando también:

—¡Socorro, lo ha matado! ¡Catalina lo ha matado! —y envuelta en la sábana como en una mortaja, salió corriendo de la habitación. En medio del caos, nadie reconoció a la puta de lujo, a la falsa francesa. En todo caso, no parecían interesados en el destino de una muchacha.

Hubo carreras y gritos, luego el ruido de un motor que se detenía. En medio del caos, los gritos del general llamando a su puta, los de Estanislada corriendo hacia él, aprovechando la confusión llegó a la puerta sin que nadie la detuviera, así, casi desnuda, se subió al coche, los ojos desorbitados y gritó vamos, vamos, luego se dio cuenta de que no tenía que darle órdenes a ese hombre. La noche era un destello de bengalas y de muerte. Con el arma en la mano, Estanislada, por fin, empezó a llorar.

—¡Sálveme, general! —el general la cubrió con su casaca—. Vámonos de aquí —suplicó—, ese hombre me ha pegado y Catalina lo mató, ahora está asustada, me quiere culpar. Quiso matarme a mí también, pero le quité el revólver.

El general no preguntó nada. La atrajo hacia sí y, como si fuera una criatura, la acarició hasta calmarla. Limpiándose la sangre, la muchacha dejó de temblar en cuanto el coche se puso en marcha. Adentro, forcejeos y gritos, el quinqué de la habitación que se había caído contra las cortinas levantaba una lengua de fuego, un vómito de gente a la puerta del prostíbulo que arrastraba a Catalina por los pelos hacia el paredón de los fusilados.

Estanislada se tapa los oídos con las dos manos, no quiere escuchar los gritos de socorro, las súplicas, el estruendo de los tiros, se concentra en la velocidad, el general que avanza sin detenerse, su auto tiene salvoconducto, pasa entre cadáveres y llantos, pasa sobre el recuerdo de Catalina, que ya debe de estar muerta, desangrándose sobre las ortigas, la cabeza hacia un lado, como si durmiera. Catalina, odiándola hasta el último instante, qué más da, los muertos no están vivos. El auto corre mientras la chica se cubre con la casaca y ve cómo se aleja el caserío de cristales rotos y muros de adobe, los nogales húmedos, el río con su eterno fluir, las márgenes erosionadas por el caudal del agua, el misterioso empuje de la corriente que arrastra troncos y piedras. Atrás se queda el laberinto penoso de la guerra, los tiempos terribles en los que la vendían al mejor postor. Levanta el rostro y el general se sorprende al ver que sonrío. Ojos grises, inmóviles, pómulos duros, el pelo

rubio flotando al viento. La boca aún temblorosa, pero firme. Qué hermosa es, piensa el general, conmovido, orgulloso, dueño, es mi amante y le enseñaré todo lo que le haga falta saber, voy a convertirla en una dama. Pronto vendría la paz, y habría buenas oportunidades para los que estuvieran en el gobierno, los campos arrasados se dejarían sembrar, era la hora de construir una casona de dos plantas pintada de rosa y muchos patios solo para ella, ya llevaba demasiados años de contienda, estaba cansado, tendría tiempo para ver cómo crece un árbol, recoger sus frutos, para acostarse, a la hora de la siesta, con esa francesita dulce con más cojones que siete soldados. Podría sentarse en el sillón, contemplarla y fumar. Podría olvidar la guerra, hacerse viejo y consolarse con la visión de esa carne joven, siempre a su lado.

Estanislada volvió a sonreír. A medida que el pueblo quedaba atrás, sentía que el aire le entraba en los pulmones. Cerca del pecho llevaba escondido el revólver, el metal tibio y la culata de marfil. Qué seguro es el mundo con un arma en la mano, qué fácil el universo de los hombres que saben disparar, de los que, entre el tú y el yo, siempre se eligen a sí mismos, de los de piel blanca, billetera repleta y vísceras de pedernal. Ahora, que lo había comprendido, la vida era tan fácil de leer como la página de un libro fácil. Ya no era la pequeña Tanis que había perdido a su madre, ni la chica vendida, ni la prostituta francesa a la que había que lavar, la que se moría de angustia, la puta güera de la que todos sospechaban, no era una pluma llevada por el viento sino la querida de un hombre rico, de un general poderoso que llegaría a ministro. Tenía todo por delante. Sonriendo, apoyó la cabeza sobre el hombro de su amante y sintió que la vencía el sueño. De pronto, casi en la duermevela, quiso recordar la fecha del día en el que comenzaba su nueva existencia.

—Qué casualidad —se dijo, mañana cumpla quince años.

LA SANGRE

Para Andrés Neuman

En el principio un viento sopló sobre la tierra y el verbo se hizo sangre, savia en las plantas, rojo hemoglobina en los peces, el aparato circulatorio y su complejo tejido, la vida pujando hasta salir del agua para ascender a la violencia de los mamíferos, a este hombre ya nada mitológico que agoniza con un tiro en la sien y sus miles de millones de hematíes locos, neutrófilos alerta, trombocitos que intentan reparar el desastre de capilares rotos, el sistema de coagulación en estado de urgencia, un líquido que emerge por el orificio, el agujero de la bala que obliga a la sangre a detener esa alegría de río eterno, de gema victoriosa y convertirse en barro coagulado viscoso que fluye por venas y arterias, emerge en una catarata de maravillas fisiológicas, se hace costra para cerrar la boca de la herida, retrotrae ese perpetuo sistema pulsátil que contradice las teorías de Newton y mana libre hasta manchar la roja alfombra persa de una biblioteca en Buenos Aires, los apretados arabescos anudados por alguna mujer descalza incapaz de soñar el destino de esos dibujos que ahora recogen el líquido que mana del agujero en la sien, una tejedora nómada nacida cien años atrás que no podía concebir a ese hombre tendido como si nadara, una artesana que entregó su obra a los mercaderes para que la subieran a lomos del camello en esa larga caravana que atravesó el desierto superando días de sed y repostó, por fin, en la ciudad hecha de sol y de barro, donde la alfombra fue izada a una carreta arrastrada por bueyes que agujoneaba un anciano, luego a un tren y a un barco inmenso donde brazos de porteadores con la piel tatuada la cargarían sobre sus espaldas para acarrearla hasta una tienda en el centro de Londres y allí sería exhibida ante las miradas atónitas de los tasadores, de los marchantes y, en un remate, sin sopesar siquiera su precio, una mujer muy hermosa con mirada triste, una extranjera riquísima de pelo color azafrán, con la mano alzada entre la multitud ansiosa, guante blanco de cabritilla, diría yo, yo, aquí, y pagaría una fortuna que hubiera servido, quizá, para alimentar a todo un

pueblo de nómades durante años, y la mujer hermosa ordenaría que se la enviaran directamente al barco para que silenciosos criados de un lejano país la desplegaran blandamente sobre el suelo encerado de una biblioteca en Buenos Aires y el laberinto del dibujo luciría suntuoso, acorde con su destino de silenciar los pasos y aplacar el penoso derrumbe de un hombre vestido con un elegante frac recién estrenado en la ópera, el cuerpo tendido como si nadara, el revólver antiguo con culata de marfil junto a su mano, el cañón del arma en una torsión imposible, el prodigio de la sangre huyendo de la cabeza que mira hacia la ventana como si sospechara, como si pudiera adivinar que, pocos segundos más tarde, la ópera, la alfombra, la tejedora persa, el viejo con su carro, los porteadores, la casa de remates y la hermosa dama de mirada triste escaparían, para siempre, de su cabeza reventada.

EL EFECTO COLIFLOR

Por desgracia, el mundo no ha sido diseñado para la comodidad de las matemáticas
B. Mandelbrot

Quizá lo que nos induce a error es, precisamente, la sencillez del asunto
E. A. Poe, «La carta robada»

Para Lola López Mondéjar

El detective O'Brien cerró la heladera Siam que le había regalado su esposa. Todavía le daba vergüenza reconocer que se había enamorado de un electrodoméstico, pero más vergüenza le había dado que su mujer, una vez más, le hubiera leído el pensamiento. Así son ellas, pensó, ante su Amalia era difícil esconder nada. No me necesitas, le había dicho al partir. Pero, por las dudas, te he comprado una Siam. Hay varios escabeches en la despensa, puedes alimentarte hasta que aprendas a cocinar. Y, antes de partir, le dio la única explicación que el detective escucharía de labios de su esposa: no quiero pasar la vejez a tu lado. Cosas de las mujeres maduras, pensó el detective O'Brien, y se mintió: volverá. Amalia, su querida Amalia, siempre había estado allí, ocupada en sus labores. Paciente ante las largas disquisiciones sobre cada uno de sus casos.

Más que triste, los primeros días de soledad se sentía desconcertado. En la cama se acurrucaba, como siempre, a la derecha, mirando hacia la pared, pero pronto se animó con esa línea de frontera que está en medio del colchón y, al conquistar el territorio ajeno, descubrió que descansar despatarrado y solo era lo mejor que le puede pasar a un hombre. Luego conoció la maravilla de procrastinar, o sea, de dejarlo todo para mañana. De entrar en la cocina con los zapatos con barro. De pisotear la ropa cuando salía del baño, la toalla húmeda en el suelo. De no bajar la tapa del inodoro, de comer a deshora. En

esta tarde de sábado, el cielo encapotado era un pretexto para no salir. Todavía en pijama se dispuso a escuchar el fútbol sin controlar el volumen, dedicaría el resto de la tarde a leer el periódico. Ahora que nadie lo molestaba podría, a la nochecita, volver al caso de ese asesinato sucedido hacía siglos y que nunca había logrado solucionar. Podría, si era necesario, regresar a esas pensiones de provincia en las que tanto le gustaba recluirse para perder el tiempo, emborracharse en un bar solitario y reincidir en pistas que no lo llevaban a ninguna parte. Podría, por fin, hacer todas las especulaciones del mundo en voz alta sin que Amalia empezara a protestar. Porque esa costumbre, exactamente esa costumbre obsesiva, había sido el principio del fin. «Lo único que te importa es el trabajo», le había dicho ella. Yo sola en casa todo el día y, cuando volvés, tengo que aguantar la misma cantinela. Quién lo mató, quién lo mató, quién lo mató. Me importa un pito quién mató a Héctor Lejárrega, ese caso está cerrado.

Al principio su Amalia no era así. La había conocido al comienzo de su carrera como detective, en un pueblo perdido de la provincia de Buenos Aires. Era una criolla animosa que tanto sabía bordar como degollar un cordero, contundente sin llegar a gorda, de ojos húmedos y dulces como los de un caballo, el pelo recogido en una coleta que, cuando caminaba, se balanceaba como un péndulo. Era muy inteligente. Había aprendido a leer, a hacer cuentas e incluso había terminado el colegio, cosa extraña para las mujeres de su condición. Cuando se casó con un detective, Amalia había sentido que tenía el mundo por delante y que ascendía varios peldaños en la escala social, los mismos que la madre de O'Brien opinaba que su hijo estaba bajando. Y luego, ese caso tan vistoso, que les hizo soñar que se habían ganado la lotería, porque los diarios estuvieron dándole vueltas y más vueltas durante meses. O'Brien, como casi todos los de su oficio, era un obsesivo grave. Llevado por el ansia meticulosa de que nada se le escapara, había juntado toda la documentación sobre el caso Lejárrega, diario sobre diario, folletos inconcebibles, fotos y artículos de la época, hasta llenar toda la habitación del fondo de papel y polvo. Y ese era, justamente, el espacio donde Amalia había soñado poner la cuna del bebé. Ahí se escondía O'Brien durante su tiempo libre, repasando mil veces los hechos: que si el vestido blanco de la esposa estaba manchado, que si la institutriz tenía cara de sospechosa, que si el hermano menor se beneficiaba con la herencia, que si el revólver estaba en una posición extraña. Que sí, que no. La verdad, había

rubricado Amalia con su apabullante sentido común, la verdad es que cualquiera podría haber matado a ese hijo de puta. Cuando el caso se cerró, dando por válida la hipótesis de suicidio, Amalia, que lo había escuchado hasta el aburrimiento, intentó consolarlo de su fracaso pero, pasados unos meses, decidió que era el momento de cambiar de tema. No fue así. Y monótonos, pasaron los años. Un día, cuando el detective llegó de trabajar, encontró a su Amalia sentada en la cocina, con una valijita de cuero atada con un cinturón, la misma con la que había traído su ajuar de recién casada. Llevaba el tapado puesto, el sombrero sostenido con su alfiler y, en medio de la cocina aparecía, oronda como una gallinita, una heladera nueva. ¿Y eso, dijo O'Brien? Con absoluta indiferencia hacia el *quid* de la cuestión, Amalia le respondió: «es una Siam de segunda mano, en muy buen estado. Te la dejo funcionando», añadió, mientras se ponía los guantes. «Seguro que ella es más paciente que yo. Cuéntale a ella tus historias». Luego le dio un beso en la mejilla, y le volvió la espalda. Al verla atravesar la puerta y alejarse por el caminito del jardín, al verla abrir la verja que la llevaba a la calle, la recordó vestida de blanco, sus caderas redondas avanzando por el centro de la iglesia. Amalia garrafa de gas, tan poco aérea, tan real. Y ahora, su lugar vacío en la cama. Oyó ronronear la heladera y sintió un escalofrío de ternura. Calla, querida, calla, que yo no te voy a abandonar. La heladera, con su porte compacto, su manija suave y curva, donde la mano podía apoyarse con tanta comodidad como sobre las caderas de Amalia. Los hombros blancos y redondeados, un diseño precioso. Abrió la puerta con delicadeza y sacó el sifón, luego fue a encender la radio. Atardecía. A lo lejos rodaba una tormenta, tableteaba el postigo de la ventana. «Viento del este, lluvia como peste», dijo en alto, y recordó que esas frases sobre los fenómenos meteorológicos eran típicas de su mujer. Qué nostalgia. La época en la que él era un hijo de irlandeses seguro de sí mismo, ¡el hijo del dentista! Un poco bajito, es verdad, pero con ojos claros y todo lo que eso significa. Noches de borrachera con sus amigos y paseos en sulky, la timidez ante esa mujer sensual de melena oscurísima, esa primera noche de casados, cuando llegaron a la casa y ella, sin ningún pudor, se quedó frente a él como Dios la trajo al mundo, su deseo nunca satisfecho de tener un hijo, los días tranquilos con sus noches efervescentes, la piel de Amalia, suave y fresca, tan agradable los días de calor, las tardes monótonas de «quién lo mató, quién lo mató, quién lo mató». Todo se lo había llevado el viento, se dijo, mientras oía las primeras

gotas golpear contra los cristales. Apagó la radio. Entonces el vientre fértil de la heladera Siam se sacudió, volvió a arrancar el motor. Querida. Querida mía. ¿Y si volvía sobre los apuntes del caso Lejárrega? ¿Por qué justo ahora, si estaba por jubilarse? Recordó la noche en la que llegó a casa con sus notas y Amalia, mientras lo escuchaba embobada, le cebó un mate. Recordó que luego hicieron el amor y ella, con la cabeza de él sobre el vientre, le acarició el pelo como si fuera una criatura. Recordó cómo, detalle a detalle, se lo había contado todo. Recordó, por fin, el arrebató de felicidad que le producía que la primera investigación fuera tan vistosa, que su nombre, un día sí, y otro también, apareciera en los diarios. Era ya muy tarde cuando Amalia, en camión, se levantó y decidió preparar algo, habían cenado hacía horas, estaban muertos de hambre. Sacó una coliflor y, con sus manos pequeñas y morenas, separó las hojas grisáceas y carnosas, grandes como pañuelos. Luego, con un cuchillo de carnicero, ¡zas! partió la cabeza por la mitad. El joven detective O'Brien, con el pelo revuelto y las mejillas todavía rojas, estaba sentado en la cocina, admirando la decisión de esos brazos. Amalia, con los ojos como ascuas, volvió a levantar el cuchillo sobre la coliflor, sus pechos se bambolearon.

—¡Un momento!

El cuchillo se detuvo, el balanceo también. O'Brien, alucinado, sintió que se mareaba. Sí, había tenido una revelación. Ahí mismo, en calzoncillos y en la cocina, frente a la coliflor partida, había comprendido todo: la estructura del universo, el tejido del cerebro, el camino de los nervios, las venas, el crimen. Sí, se dijo, en un ataque de exaltación casi mística, tiene que haber sido así, todo se repite a diferente escala, había atisbado el ojo del universo en una hortaliza, el tallo grueso que se separaba en conglomerados idénticos hasta formar una cabezota semejante a una nube. Y así, hasta el infinito. ¡El plano de todo lo creado! Solo había que desandar el camino, atravesar la masa confusa de ramificaciones idénticas y regresar al tronco principal, si desandaba el camino llegaría a la verdad. O sea, la solución del asesinato de Héctor Lejárrega. Lleno de emoción, desarrolló su teoría del universo ante los ojos somnolientos de su esposa. Pero Amalia, que revolvía una salsa blanca con mucha nuez moscada, en lugar de aplaudirlo, simplemente le respondió.

—No es así, mi querido, no es así en absoluto: todo es un caos, nada tiene ni pies ni cabeza. Los caminos no existen. Y es mejor que vayas poniendo los

platos.

Peló un ajo y rehogó la coliflor antes de meterla en el horno, luego añadió pimienta y sirvió. Pero, pese a su escepticismo en las ideas de su esposo, Amalia siguió dedicando las noches a planchar mientras escuchaba las teorías sobre el famoso asesinato en la clase alta, divertida cuando se hablaba de un modelito, cuando se describía una casa de lujo o paladeando mates que se azucaraban con apellidos rimbombantes. Incluso, en su afán por colaborar, llegó a comprarle a su esposo la colección completa de El Séptimo Círculo y, leyendo novelas policíacas hasta el punto de la indigestión, O'Brien se convenció por fin de que todo podía explicarse. Una noche, cuando le zurcía una camisa, Amalia soltó:

—¿Y si el muerto no fuera el final, sino el principio de todos los problemas? He estado leyendo esas novelitas tuyas y ya entiendo cómo están hechas: primero se busca un muerto y se lo pone en las primeras páginas, después, un culpable, que aparece en las últimas y, con esos dos datos bien plantados, se enreda una madeja durante doscientas páginas. Es un buen truco, pero en la vida no sucede así. La vida es puro azar, querido mío, y la muerte juega a los dados.

A O'Brien lo desconcertaban tanto los razonamientos de su mujer que trataba de concentrarse en esos brazos siempre activos y morenos para que no lo contaminara con sus puntos de vista. ¿Desde cuándo leía tanto?

—Al fin y al cabo, lo esencial no es quién mató a quién —siguió Amalia, cortando un hilo con los dientes. Y, sin levantar los ojos de la costura, añadió—: lo importante es qué sucedió con toda esa pobre gente que se quedó viva, qué les pasó después. Lo fundamental no es la solución de los grandes enigmas, sino la vida de todos los días. Y no te quedes ahí pasmado.

Mientras el detective secaba los platos, oyó la vocecita de Amalia que, mirando complacida su zurcido, pontificaba:

—Todo está a la vista, pero nadie lo ve.

Esa noche el detective soñó con nubes que tomaban la forma de la masa blanquecina y apelmazada de la cabeza de la coliflor. Salió de sus recuerdos porque, como si estuviera un poco celosa, la Siam dio un corcovo y el motor volvió a arrancar, era tan fuerte la lluvia que la casa parecía la cápsula de un submarino. En el jardín, las ranas croaban enloquecidas. ¿Y si Amalia tuviera razón? ¿Y si el mundo, el universo entero, no fuera más que un lugar sin lógica? Rascándose la entrepierna con una fruición que hubiera crispado a su

esposa, fue a buscar los papeles de la época. Quizá hubiera algo en los datos aleatorios que se le pasó por alto, una pequeña variación. O no había prestado suficiente atención a lo que estaba fuera de marco. Fue a prepararse un café. Rachas de lluvia rebotaban contra el empedrado, del pequeño jardín llegaba el gorgoteo atragantado de los canalones. Estaba añorando las tortas fritas que Amalia hacía los días de lluvia cuando un trueno hizo que se le cayera la tacita, esparciendo por todas partes una constelación de café. Limpió un poco y trajo los periódicos del día del asesinato y los de toda la semana posterior, los amontonó sobre la mesa. Una manchita de café sobre la puerta de la Siam daba la apariencia de un coqueto lunar que sonreía solo para él. Si hubiera estado Amalia, ya se estaría quejando del desorden, la Siam, en cambio, mantuvo su ronroneo en el que el detective quiso ver un gesto de complicidad. ¡Ay, bonita! Y, por primera vez, se dio cuenta de que estaba piropeando a una heladera. Repasó el diario del día del asesinato. La inauguración del obelisco, la ópera en el Colón, los incidentes de los cantantes, la muerte misteriosa de Héctor Lejárrega. Anuncios, política, necrológicas, sociales, humor. Cines del centro. Amalia hubiera dicho: ¿quién sabe cuántas cosas más pueden haber pasado en ese día, y que no salieron en el periódico? ¿Por qué tienen que ser justamente esas las importantes? ¿Quién lo decide?

A pesar de la tormenta, esa noche hizo muchísimo calor, y la calle, convertida en un lodazal, brillaba mortecina a la luz de las farolas. O'Brien decidió no ir al bar a jugar al dominó con los muchachos. Como el dormitorio estaba sofocante, arrastró su colchón a la cocina, donde corría un poco de aire, era ya de madrugada cuando se dio cuenta de que ni así podría dormir. Miró la heladera que, alumbrada por los coches, aparecía y desaparecía como iluminada por un faro. Los objetos cotidianos, ese olor a guiso incrustado en las paredes. Qué protector, qué relajante. Pero hacía tanto calor... ¿Y si...? Tenía el pecho desnudo, tampoco aguantaba los calzoncillos, el elástico le dejaba en la cintura un camino de sudor, así que se los quitó. Primero fue la duda, luego un rubor casi juvenil, luego la timidez vencida, por fin se decidió a abrir la puerta de la heladera y dejar que, de su vientre expuesto, brotara todo el frío que él era capaz de recibir. Pegó su torso al refrigerador y sintió cómo se le erizaba el vello, la bruma fresca y un rocío testigo se adhería a sus poros devolviendo a su piel una temperatura perfecta. Qué placer. El motor de la Siam pareció despertarse y arrollarlo, de pronto él se encontró

gimiendo, abrazado a su heladera, gritando ¡Sí, sí! Luego, agotado y húmedo, se derrumbó sobre el colchón y recordó las quejas de Amalia, cuando se quedaba dormido. Cubiertos de barro, algunos automóviles rodaban todavía sobre el asfalto, se oían los gritos de los borrachos. Era sábado por la noche.

Cuando se despertó, un chorro de sol impertinente entraba por la ventana. Ya no hacía tanto calor y, con la claridad del día, descubrió el desastre del café mal limpiado, el colchón en el suelo, las sillas tumbadas, cientos de papeles por todas partes. Se había dejado la heladera abierta, ya se arrepentiría cuando llegara la cuenta de la luz. Pobrecita, dijo y, en un brote de pudor, estiró la mano para cubrirse con la sábana pero, en lugar de la tela, sintió el tacto del papel de periódico. Entonces, desnudo y relajado como un primate, se puso a leer. Era, justamente, el diario del día de la muerte de Héctor Lejárrega. Lo había estudiado cien veces, había aburrido –ahora lo comprendía– a Amalia con sus disquisiciones. Hasta que una noche ella, con el dedo manchado de harina, sobre la sábana del papel, con un tonito hastiado, le soltó: a ver, querido, yo te voy a mostrar quién mató a Héctor Lejárrega. Y, cerrando los ojos, dejó que cayera su índice oscuro, su uña roma, sobre un recuadro minúsculo de la sección policial que rezaba así: *Se suicida en prisión hombre, posiblemente ruso, detenido en la vía pública por escándalo y ebriedad. Instado por los agentes a identificarse, se resistió a las fuerzas del orden. Cuando se le trasladaba en el furgón, sacó un objeto punzante de su bolsillo y se cortó las venas. Los auxilios sanitarios llegaron tarde sin que la autoridad pública pudieran hacer nada para salvarlo. El objeto punzante fue identificado como el fragmento de una copa de cristal. No llevaba identificación alguna.*

–Este, por ejemplo –continuó Amalia–, podría ser tu asesino. ¿Por qué no? Si fuera una de tus novelas policiales, en un minuto inventaríamos una justificación razonable. Celos, avaricia, ira, venganza, qué sé yo, cualquiera de los siete pecados capitales. Siempre falta un dato, querido mío, siempre, y suele estar a la vista –Amalia se recogió, con el dorso de la mano, un mechón de pelo lacio que le caía sobre la frente y siguió amasando–. Hoy tenemos empanadas, continuó, cortadas a cuchillo, con pasas y aceitunas, como a vos te gustan, les puse mucho ají.

Luego dijo, mientras nevaba la mesa con harina:

–Mi querido, como repite Agatha Christie: «Cherchez la femme!».

Y ahora, el recuerdo, la manchita de harina sobre la noticia como un

cartel luminoso, la mañana soleada tirado en el desorden de la cocina. Como si la voz de su esposa lo estuviera dirigiendo se puso a ordenar, arrastró el colchón al dormitorio pero dejó el coqueto lunar de café sobre la Siam. Una hora más tarde estaba sentado en la cocina, bien vestido y peinado, obediente como un niño. Amalia. Su querida Amalia. ¿Dónde estaría ahora? Seguro que se había vuelto al pueblo. Y se recordó a sí mismo, en aquel entonces, estudiando la coliflor. ¿Todo era fruto de un patrón o siempre faltaba un dato? ¿Era, en síntesis, posible el conocimiento, o vivíamos en una niebla tan espesa y caótica como un puré de arvejas? Qué más daba, él se estaba por jubilar y ya había perdido demasiado tiempo. Además, la hipótesis del suicidio parecía venirle bien a todo el mundo, la familia pareció aliviada cuando dejaron de hurgar y el caso se cerró. En cuanto a su promisorio carrera, se había ido al diablo con el fracaso de aquella primera investigación. Decidió ir a comprar cervezas para llenar el vientre nutricio de la heladera, luego se iría al centro a ver una película. Cuando el colectivo rebotaba sobre el empedrado de las callecitas del barrio, se puso a pensar que había dejado sola a su Siam, y eso lo hizo sentir culpable, pero la verdad es que no podía estar en todo. Ya volveré, querida, ya volveré, se dijo.

La ciudad, abotargada por el calor, parecía desierta, estaba llegando al centro cuando miró por la ventana. El colectivo se había detenido frente a un restaurante de lujo. Entre las cortinas blancas, nimbada por la harina, le pareció ver, como si fuera un milagro, los brazos fuertes e inteligentes de su Amalia, decapitando una coliflor.

LA DIVINA PROPORCIÓN

Para David Roas, obviamente

En la habitación 201 viven dos mujercitas siamesas, unidas por los pezones con un espuntito de carne. No miden más de treinta centímetros y son de una belleza sobrehumana. A veces, un detective de servicio ocupa la habitación. Si lo oyen llegar, las siamesas se esconden tras las cortinas y, en cuanto se va, se trepan a la cama. El detective sueña con descifrar qué produce ese revuelo de carcajadas que rebota por el pasillo. Ha intentado sorprenderlas, pero las siamesas no se dejan. A veces, como por descuido, le permiten atraparlas al final del trance sudoroso, los ojos de borrachas, los senos en cascada. Si una tiene las piernas abiertas, el hombre espía los rubíes del pubis. El detective está casado. Ama a su esposa, le gusta su rutina. Pero, cuando duerme a su lado, sueña que decrece, cruza el espuntito de carne y se deja arrullar por el sándwich de siamesas, que lo encierra en una jolgorio de abrazos y piernas locas. Entonces estira la mano y acaricia a su esposa, los dos escasos pechos a su alcance, el deseo frustrante, en su proporción humana.

ZOO LÓGICO

Para Isabel González

Fernanda, con pasos de gacela, camina por la ciudad para visitar a su madre. Le gusta el barrio, las calles arboladas, la red de sombra tendida en el asfalto. Es una casa baja en el barrio de Belgrano, con un jardín de invierno que parece un acuario y un pasillo infinito de helechos estremecidos al contacto con el aire. Su madre abre la puerta agitando la cabellera de leona. Nubes dolorosas de tormenta, cortadas a cuchillo. Llámame Liza, querida, dice, «mamá» me hace sentir vieja. Si estás como siempre, contesta Fernanda, mientras piensa: qué egocéntrica. Mamá, en Buenos Aires. Papá, en Francia. Separados desde hace mil años. Y Fernanda, ¿qué? Fernanda, como en todo, mitad y mitad. ¿Así que te has casado?, dice Mamá Liza. Sí, y exhibe el anillo. Bonito, dice mamá, sin prestar atención. Fernanda ahora vive en París con Raymond, psicoanalista de gran futuro, boda por todo lo alto. Raymond es como un *pointer* de pura raza. Pasean por Place Vendôme sin bozal, tensando la correa, olfateándolo todo. *Fus*, le dice Fernanda, no tan de prisa, *chéri*, *sit* y su marido se sienta, *platz* y se tumba: muy obediente, Raymond, así me gusta. Caricia en la cabeza, galletita y alianza en la pata. Papá también en París, tiernísimo como un oso panda, siempre distraído, trepado a los bambúes. Y ahora ellas dos aquí, cara a cara. Un ring, puños en alto. Fernanda con mamá, siempre en guardia. Mamá-leona-Liza se pinta las garras, se afila los dientes, mastica un trozo de pata de gacela, se tiende bajo el árbol del jardín de su casa. Con una zarpa se tapa el bostezo y deja caer la pregunta: ¿y Diego? Papá-Diego está igualito, mamá, con sus cosas. Solitario, ya sabes, siempre en peligro de extinción. París le gusta. Escribe sus poemas, pasea. Te manda saludos. Ah, dice Mamá-leona. ¿Algo más que decirse? Silencio. Tiestos de helechos culantrillo. ¿Los sigues regando con agua tibia? Claro, son muy delicados, los cuido como si fueran mis hijos. Fernanda juguetea con la alianza. Mamá Liza bosteza, Fernanda bosteza también. Bueno, dice Fernanda. Bueno, dice Mamá Liza. Se ponen las dos de

pie: smuak smuak, sendas manos se agitan en el aire. Fernanda huye a la calle, abrumada. Y entonces ni Liza ni mamá, ni Raymond ni el oso panda, ni Buenos Aires ni París y los bambúes, sino todo lo contrario. ¿Hay todo lo contrario? Claro que sí. Suelta el lastre de la infancia, se sacude las nubes negras y abre las alas. La ciudad, abajo, avenidas, callecitas, árboles cabezudos, antenas de televisión. El techo de la casa de su madre, que se aleja. Un chico mira hacia arriba y le estudia las piernas musculosas, ¡bien! Tanguita diminuta, solo un hilo, un día de suerte. Muchísima polución. Tarda menos de quince minutos en volar hasta el departamento de Bruno y entra por la ventana. Él, como de costumbre, la espera frente a sus libros. Hola, dice, contenta. Bruno, como si ella no se hubiera ido nunca, hola también. Fernanda sacude las alas en las que se le ha pegado el hollín de las chimeneas. En el suelo, apuntes de la facultad. Botellas de vino abiertas, ropa en desorden, y ahora, para colmo, plumas por todas partes. Se miran, fuman en silencio, dibujan un puente de miradas. ¿Qué tal tu marido? Perrísimo, dice ella. Pero no molesta. El único problema es que hay que cepillarlos todos los días. ¿Y tus padres?, insiste Bruno. ¡Años que no los veo, desde los veranos que pasábamos juntos! Mamá-Liza-leona tan egoísta como siempre, acabo de estar con ella. Papá-Diego sigue en París, con su nueva mujer. Ensalada de bambúes todos los días. ¿Y las proteínas? De cuando en cuando, un huevo, con eso alcanza. Mientras hablan, como quien no quiere la cosa, se desnudan, los apuntes un remolino blanco en el centro de la habitación, los libros en aleteo rasante sobre los cuerpos que se aman. Una hora más tarde, Fernanda todavía las alas enormes, desplegadas como palmeras, cabezotas agitadas por el viento, abanicos de bruma, atraviesan las nubes y latigazos de sol en carne viva. Abajo hay una playa. Aterrizan y Bruno va dejando una huella de ropa, corre por la montaña que se vuelve arena, a grandes zancadas entra en el mar proceloso. Ella, las olas que crujen, la gracia delicada de sus patitas de pájaro en la orilla, un salto hacia delante, dos saltos hacia atrás. Qué frío. Y entonces Bruno mar adentro corcovea, las nalgas de hombre, la poderosa espalda de delfín, con saltos y piruetas peina el ronquido de las olas. Fernanda no más pájaro, para qué, se estira ya cetáceo, se entrega al gozoso apareamiento contra el vientre de plata. Y se hace una promesa: seré fiel a Bruno, monógama a este amante de espuma suave músculos tensos silbidos medulares que me persigue nadando alrededor, cópulas breves y repetidas, qué bestial. Salen exhaustos del agua, y ella se ajusta el bikini, está

oscureciendo cuando se funden otra vez y caen a la bóveda celeste de galaxias espirales, astronautas ateridos, bengalas, planetas, cúmulos abiertos, colisiones de asteroides y estrellas rezagadas, tremendos rayos gamma, Bruno, con su enjambre de cuásares luminosos, Fernanda supernova, puro *big bang*, orbitando.

EL VERDADERO AMOR NUNCA SE OLVIDA

*Para Julio Gómez Carrillo,
siempre en mi recuerdo, por esa forma del amor que se llama amistad*

Ni bien llegamos de París aparqué a papá en un hotel del centro y le recomendé que se acostara. Descansa, le digo, pero no me hace caso, saca su libro de poemas, clava la nariz entre las páginas. Le doy un beso y salgo a dar una vuelta. Vivimos fuera desde hace años, en Buenos Aires ya casi no tenemos parientes, solo me quedan recuerdos del colegio y del barrio de Belgrano, donde viví un tiempo. Y mamá, claro. Quiero llamarla y concertar el encuentro, con la edad que tienen mis padres, no sería raro que fuera la última vez que se ven. También quiero encontrarme con Bruno, lleva meses escribiéndome, aunque no está tan claro qué quiero con él. Estoy casada con Raymond, y mi marido me gusta. Estoy muy casada desde hace un montón de años, tengo dos hijas. Bruno también lo está, y tiene cuatro varones.

Mi madre es de Kiev. No sé cómo terminó en Buenos Aires, nunca me lo contó, porque dice que no le gusta hablar de temas deprimentes. Entre los temas deprimentes estoy yo. De todas formas, miente tanto que termina creyéndose sus propias historias. Por ejemplo, que se casó por amor, y no por dinero, como todo el mundo sabe, o que lo que tiene se lo debe a sí misma, cuando siempre se ha hecho mantener. Tiene otros temas que le divierten más: sus helechos culantrillo, por ejemplo, que cuida con un esmero sorprendente. O los hombres jóvenes. Le gusta muchísimo hablar de helechos, de hombres o de sí misma y, con tanto parloteo, vuelve loca a Rayja, su vecina lapona, que se gana la vida tirando las cartas y organizando sesiones de espiritismo. Le pregunto a Rayja si es verdad que puede convocar a los muertos y ella, mientras le pone alpiste al canario, contesta que a veces, sobre todo si no hay interferencias. Más bien soy una psíquica, añade, y yo me quedo mirándola porque no sé muy bien qué me quiere decir. Entiendo que mi madre no me quiera, para una mujer como ella, una niña tiene que haber sido un incordio. Raymond, mi marido, dice que uno de mis problemas reside en que comprendo a todo el mundo y lo espanta la relación que

mantengo con mi madre. A mí me da igual, le agradezco el pelo rubio leonado y los ojos azules, hasta ese lunar de cupletera que tiene junto al labio heredé, muy al estilo de los años cincuenta. Rayja dice que mamá es una reina y que a las reinas hay que aceptarlas como son, luego me mira con ternura y se ríe con su risita de conejo. En algún punto tiene razón, las mujeres despóticas tienen su encanto aunque, como madres, son un desastre. Hubiera preferido ser hija de Rayja, pero no me tocó en la rifa. Ella sí que es perfecta: no solo cuida al canario con mucho más esmero de lo que mi madre cuidó de mí, sino que hasta sabe preparar mermeladas y, cuando vas a salir, te pregunta si te abrigaste bien. Con ella se puede hablar de cualquier cosa. Una vez le conté que Bruno y yo habíamos sido todo lo que una mujer y un hombre pueden ser, menos un matrimonio, y se pasó media hora imaginando las posibilidades. A veces, cuando vengo a Buenos Aires, vivo con ella. Ha colgado en la puerta de su casa un cartelito que dice «Rayja, taumaturga» y, cuando le pregunto por qué, se ríe y comenta que es como decir adivina, pero más fino, se parece a «traumatóloga», subraya, parece que arreglara huesos, pero lo que yo arreglo es un músculo mucho más endeble: el corazón. Mamá se hace la ofendida cuando ve que no me quedo con ella y sopla los helechos, que danzan con la grácil timidez de un móvil de Calder. ¿Sabes que también se llaman cabellera de Venus?, me dice, mientras se esponja su melena de leona. Sí, mamá, contesto. Y ella me suelta lo de siempre: pulverizar a menudo el follaje, sustrato húmedo, nada de corrientes de aire. Lo único que me ha enseñado mi madre es a cuidar de los helechos. Me gustan las plantas, y las palabras que las rodean. Pecíolo o folíolo, tan esdrújulas, esporas y su promesa adherente y erótica, estolones, marcial como un ejército, ¡soldados, estolones en ristre! Pero mamá es monofásica con el idioma y tiene la retentiva de un mosquito, así que enseguida se aburre de mis juegos de palabras. En realidad no me aguanta, ni yo a ella. La culpa la tiene su carácter, pero también la tiene papá que, en lugar de contarme las cosas como eran, me convenció de que mamá había muerto.

Pienso en los dos tan viejos, en el encuentro de mañana, ¡es tan romántico que papá haya cruzado el océano solo para venir a despedirse! Me pregunto cuánto se quisieron. Toda la familia se opuso a ese casamiento, en particular su hermano mayor, Héctor, que casi dejó de hablarle cuando le dijo que pensaba casarse con una extranjera. Aunque parezca dulce, papá es terco como una mula. Esa mujer, y en esas épocas: la imagino. Vamos, que puedo

entenderlo bastante bien. Lo que me cuesta más aceptar es cómo terminó la cosa. Tu madre ha muerto, me soltó un día. Y dejamos la casa de Belgrano, que era preciosa, con su pasillo interminable y su jardín de invierno, para irnos a vivir a París, donde le habían ofrecido algo en un organismo internacional. «Tengo una casa en París» era una frase dorada, un mito familiar. Así que, sin pensárselo ni un minuto, cambió todos sus bienes en Buenos Aires por la bendita casa y me arrastró como si fuera una maleta. Al llegar a París vimos que la famosa casa era apenas un departamento en Les Marais, y entonces el barrio ni siquiera estaba de moda, llevaba años deshabitada, lo único que tenía de notable era unas cortinas de seda amarilla y una cenefa con mariposas un poco siniestra. Había estado abandonada durante la guerra y quedaba mucho por arreglar.

París es fantástico, nada que ver con Buenos Aires, todo funciona bien, aunque en los bares casi no hay lugar para moverse y a mí, lo que más me gusta en el mundo, es ir a leer a un bar. Claro que el París al que me llevó mi padre no era como el de ahora, no estaba tan lejos la guerra y faltaban años para que se construyera el Pompidou. Existían los *bistrot* y fue en un *bistrot* donde mi padre me presentó a su nueva mujer. Esta será tu madre desde ahora, dijo, y ella, a pesar de que yo era entonces una adolescente ceñuda, me miró con simpatía. Fuimos amigas durante años, pero traía a sus propios hijos, así que tampoco le preocupaba si yo salía abrigada o no. A Bruno, en cambio, lo conozco de toda la vida, desde que nos escondíamos para fumar y nos escapábamos a robarle manzanas al vecino de la quinta de al lado, en ese mundo que ya no existe. No existe el mundo de los grandes jardines con frutales, ni la fuente de los nenúfares donde metíamos los pies, ni los eucaliptus cuya corteza fumábamos, ni las grandes casas con muchas criadas. No existe, tampoco, la quinta de «Los naranjos», el caserón que miraba al río, la galería con baldosas en damero, las palmeras despeinadas y el eterno olor a jazmín. Entonces mis padres estaban juntos. Recuerdo cómo papá se volvía loco cuando mamá se bañaba en la pileta y cruzaba el agua, de una punta a la otra, con su poderosas brazadas de mujer del norte. *Plash, plash*, los giros perfectos del crol, la boca abierta devorando el aire, ese cuerpo tan robusto y brillante que parecía lacado. Luego, tendida al sol, o bajo el toldo naranja, pintándose los labios, las piernas de oro.

En «Los naranjos» Bruno me dio ese primer beso de lengua que me pareció asqueroso, su beso de animal marino, de foca embravecida que patina

entre las rocas de los dientes, una lengua ancha con nervaduras azuladas. No me gustan las lenguas y me asusta el mar. No es que no soporte las cosas húmedas, los helechos me encantan. Solo le menciono estas obsesiones a Bruno, porque a él le puedo contar cualquier cosa, mis rarezas le hacen gracia. Raymond me miraría por encima de sus gafas de diseño, todo lo cataloga con el terror de los intelectuales a que se les derrumbe el mundo. Cada idea en su casillero, cada sentimiento en una cajita. Si le cuento a mi marido lo de las humedades, él me colgaría el letrerito de «frígida», aunque bien sabe que no. Claro que un psiquiatra francés es un psiquiatra francés, él tiene sus propias teorías sobre todo, y eso me incluye a mí, que soy su objeto de estudio favorito. Raymond dice que una parte de mí está desprotegida. No creo que sea así, pero ni loca discuto con Raymond. A los hombres les da pánico que les cuentes cosas personales, no saben qué cara poner, más si están en desorden. Es mejor pedirles que te arreglen el coche o que te regalen algo, eso los calma. Por otra parte, si se tiene un amante es, justamente, para no tener que contarle a un marido toda la verdad.

Del mar me gustan las palabras «crustáceo», «marejada» y, en particular, «fosas abisales». «Fosas abisales» da vértigo. Me asusta el mar por culpa de mi padre. Él vino ese día, me sentó a su lado, y soltó: «tu madre se ahogó en el mar». No hubo cuerpo, ni entierro, ni nada. Y, unas semanas más tarde, estábamos en París. A mí no me gustaba el colegio de Buenos Aires, pero el colegio francés me resultaba mucho más duro. Era rígido y se burlaban de mi nombre. Mira que llamarte Fernanda Lejárrega, decía la profesora de latín, en un batiburrillo de erres francesas, y parecía que estaba haciendo gárgaras. Negociamos en «Fernandá Lejarregá», pero no mejoró mucho la cosa. En síntesis: no me gustan el mar, ni las lenguas, ni los chistes con mi nombre. Tengo que llamar a Bruno. Suerte que es noviembre y han florecido los jacarandás, techando la plaza de azul. En esta plaza aprendí a andar en bicicleta; fue en otro milenio, en otra vida. Le compro a papá una colonia, con lo coqueto que es, le va a gustar. También una corbata alegre, con banderitas amarillas. Me compro unas medias negras y un liguero de encaje, tengo buenas piernas. Soy afortunada, todo se me da doble: Buenos Aires y Bruno, Raymond y París. Compro otra corbata para Raymond. Para Bruno, calcetines, no usa corbata. Cuando pienso en él, sonrío. O me excito. O ambas cosas a la vez. Podría verlo mañana. Busco un teléfono, pero todos están rotos. Mientras paseo imagino a Bruno como es ahora: casi gordo, casi

vencido, con ese desborde de masculinidad que siempre me ha gustado. Siento un arrebató de ternura.

Bruno y yo, jóvenes. La escena podría ser así: los dos estamos desnudos. ¿Dónde? En cualquier parte, en un hotel de Buenos Aires, o alguien nos ha prestado un departamento. Yo he vuelto de París para unas vacaciones. Es invierno. Siempre es invierno en la historia de mi vida. Hay apuntes de la facultad en el suelo. Bruno camina, como si llevara las manos en los bolsillos, pero no tiene bolsillos, ni pantalones, solo músculos de hierro y vello encrespado, genitales pesados como un racimo de uvas. Fuma, yo también. Estoy tendida en una cama (¿qué cama?) y lo observo: está despeinado y tiene un pene grande, que siempre parece amenazar con una erección, una vena azul cruza esa piel extremadamente suave. A veces se lo estudia, como si le sorprendiera.

Por fin encuentro un teléfono. Me atiende la secretaria de Bruno, dice que no tardará en llegar. No dejo mi nombre. A papá sí que lo encuentro. Estoy descansando, murmura, y añade: ¿has hablado ya con tu madre? Estoy nervioso, dice también. Lo tranquilizo: no, papá, todavía no la llamé, es temprano. Necesito que me ayudes a vestirme, protesta. Papá, la cita es mañana, descansa. Hace una pausa larga y se pone a recitar en francés: *Les sanglots longs, des violons de l'automne blessent mon coeur d'une langueur monotone*. El sempiterno Verlaine. Imposible cortar sin que se ofenda, seguimos así hasta que se me acaban las monedas.

Papá más joven. En París. Y yo que, no sé por qué, un buen día dejé de creer en la versión de la ahogada y escribí a la antigua dirección de Belgrano. Una semana más tarde, recibía la respuesta. «Me gustaría verte», terminaba la carta. Y luego, con una letra femenina y desordenada, la firma: «Liza». Liza, y no «mamá».

En «Los naranjos» digerí con disgusto el beso de lengua y seguí ensayado con Bruno: lo toqué, me dejé tocar. Mamá nunca estaba a la hora de la cena, se acabaron las risas en la piletta, las piernas al sol. Todo se hundió en el verano aquel en el que lo único seguro era que Bruno y yo nunca nos íbamos a separar. Cuando, por fin, dijo que me quería, mamá se había ido y papá vendió su parte de «Los naranjos».

Encuentro a papá en el hotel con unas décimas de fiebre, le pregunto si quiere que llame al médico. Dice que no, son los nervios, repite, y parece alegrarse con la corbata. Ha puesto una foto de mamá sobre la mesilla, cada

tanto la estudia, repite su nombre: Liza. Me armo de paciencia, está un poco confuso. Mientras habla, imagino cómo habrá sido su segundo matrimonio, con esos fantasmas mal disueltos, con todos esos recuerdos grumosos. He llamado a Rayja para que prepare a mamá. Tampoco ella es joven, entre los dos suman casi ciento setenta años. Los dejaremos solos y nosotras en casa, susurra Rayja con su voz alegre, me muero de ganas de verte, te echo las cartas, o preparamos unos pastelitos, o convoco a algún espíritu. ¡Tendrán tanto para contarse! ¡Qué romántico, Diego y Liza otra vez! Me río de ella, pero no me hace caso: está tejiendo su propio culebrón.

La nueva mujer de papá tuvo que aceptar la resurrección de mi madre, aunque posiblemente ya estuviera al tanto y la única engañada fuera yo. Así que comenzó a hablar de mamá en público, y no con demasiado cariño, le contaba a quien quisiera oírlo que la ex de su marido era una sanguijuela. Abro la ventana del hotel. El cielo se ha puesto azul turquesa y empiezan a encenderse las luces. Me encanta Buenos Aires de noche. Cada luz es una ventana, cada ventana, una vida. Me quedo un rato divagando, pero el cambio de horario y de estación me pesan, vestida me hundo en un sueño sin recuerdos. Cuando suben el desayuno, papá se ha despertado, camina en círculos alrededor de la alfombra. Está despeinado, confuso, como le sucede a veces por las mañanas. Se sienta frente a la taza y la estudia como si no supiera qué hacer con ella. Cuando el café está frío protesta, exige otro.

Rayja me llama por teléfono. Tu madre no deja de alborotar y de probarse todo el armario, secretea, se ha gastado el dinero del mes en ropa, ¡a su edad! Luego se arrepiente: ¿y en qué se lo va a gastar, la pobre? ¿Cómo está Diego? ¿Cuánto hace que no se ven? ¡Décadas! ¡Qué romántico! Fernanda, tengo muchas ganas de verte.

Tomamos un taxi hasta Belgrano. Ya no está el palacio de la calle Juramento, y en toda la manzana han brotado hileras de edificios anodinos. Mamá se quedó con la casa, pero nunca ha invertido en arreglos, las reinas no se ocupan de estos menesteres. Con lo que han subido las propiedades, no quiero ni imaginarme cuánto vale ahora, una casa con jardín, y en esa zona, mi padre nunca le reclamó nada, por más que su mujer insistiera. Por la noche me veré con Bruno.

Beso a mamá con picotazos de aire y ella me evita para que no se le estropee el maquillaje. Al fondo, en el jardín de invierno, se estremecen los helechos. Bonita, me dice, ¿cómo estás? ¿qué tal tus hijas? Y, sin demostrar

ningún interés por la respuesta, mira a través de mí como si fuera un fantasma. Y descubre a papá. Diego, murmura. Diego. Nada más. Lo toma del brazo, lo arrastra, veo cómo desaparecen por el pasillo. La habitación está en penumbras. Sube, desde un jardín vecino, el canto de un zorzal.

Rayja me tira las cartas y yo las interrogo sobre el amor. No sé qué pasará con tu vida, sentencia ella, pero ya sabes que el verdadero amor nunca se acaba. Luego me pregunta por Bruno. Hace años que no lo veo, le digo, y siento que me crece la nariz. ¿Y Raymond? Está muy bien, Rayja, no te preocupes, a nuestra manera, somos felices. Qué suerte, dice. Raymond me cae bien y me alegra que tengas a alguien capaz de cuidarte. Y luego añade, mientras recoge las cartas: Bruno también es un buen hombre. Se queda mirándome, con su mano pequeña y morena cubre la mía, que parece un pez muerto sobre el tapete de ganchillo. Siento ganas de llorar. Desde la casa de al lado flotan las risas. Vamos a espiar, propone Rayja, por la ventana del jardín de invierno. Le digo que no, me parece horrible la idea de espiar a mis padres, pero cedo ante su insistencia, como chiquillas nos trepamos a un banco y los vemos. Él está sentado en una actitud tranquila, como si nunca se hubiera ido de allí. Mi madre, con sus andares enérgicos, camina de un lado a otro, los helechos se bambolean, con su melena de leona parece casi joven. Mi padre, como siempre, despliega sus gestos calmos. Palabras entrecortadas, copas que chocan, suspiros. Liza siempre ha vuelto locos a los hombres, secretea Rayja, un poco envidiosa, ¡si yo te contara! Tu padre le está acercando una mano a la mejilla, todavía la quiere. Y ella no ha hecho más que atormentarlo. Me mantengo en silencio mientras, en el crepúsculo envolvente, abrazados por el frescor de los helechos, veo cómo se besan. Por primera vez en el día, sonrío. Todo está en calma, el amor poderoso de mis padres, ese amor sin tiempo ni fronteras, flota por encima del tiempo. Me consuela. No me deben nada, lo que han podido enseñarme está ahí. Dejo pasar media hora más y busco a papá, tiene que estar agotado, lo ayudo a ponerse la chaqueta, le recompongo el pelo y, con él del brazo, le repito a Liza que pronto volveré. Ella se queda en la puerta, agitando una mano, veo su figura difuminarse en la noche.

Papá protesta porque no quiere subir al taxi, prefiere caminar. Todavía quedan jardines y la noche está atrapada en la oscuridad de las plantas. Parece conmovido, sonrío, aunque se cansa pronto. Me prometo mantenerme en silencio pero, mientras lo pienso, oigo el sonido de mi incontinente voz:

–¿Y? ¿Cómo te fue?

Aprieta mi brazo, acerca los labios a mi oído, tengo que poner mucha atención para entender lo que está diciendo.

–Qué mujer –susurra–, qué mujer. Dime, hija, ¿quién era?

LA PESTE

Combray entero (...) va tomando forma y consistencia, sale de mi taza de té
Marcel Proust, *Por el camino de Swan*

Para María y Mercedes, mis dos hermanas

Esa mañana, sin razón aparente, Mme. Tanis dejó de hacer dieta. Se levantó temprano y, antes de servir el desayuno, arrasó con las sobras de la cena. Había pasado la vida comiendo poco pero ahora, que era vieja, se lanzaba sobre los alimentos como si estuviera pegando un estirón. Era un hambre antigua, voraz como la de los que han pasado una guerra, tan violenta que hasta a ella misma la sorprendía. Hambre y a mi edad, se dijo, mientras masticaba un trozo de pastel. Sintió sobre ella las miradas de las niñas, que la estudiaban con extrañeza. Todavía llevaban sus camisones de florcitas, pero ya se habían puesto las botas de goma para no mojarse con el rocío del jardín. Mme. Tanis vio que las mellizas habían terminado el desayuno mientras que Sonia, como de costumbre, hacía gestos de asco frente al tazón de leche, donde islas de pan flotaban a la deriva. Estaba creciendo muy de prisa, pero aun así se negaba a comer. La institutriz la miró aburrida, le dio un leve empujón con el codo, levantó los platos y regresó a la cocina, decidida a devorar hasta las últimas migajas. La señora Alma, madre de las niñas, seguiría durmiendo. Alma era una vaga, pensó Mme. Tanis, con ese desprecio natural de los que obedecen con respecto a los que mandan. Ella la había cuidado de niña, la vio convertirse en mujer, casarse con un médico que no valía demasiado y traer al mundo a tres hijas como quien recibe tres muñecas. Una mujer que lo tiene todo, se dijo la institutriz meneando la cabeza, pero que es incapaz de ser feliz, enfermiza e inútil. Seguro que anoche Alma había vuelto a beber. En el jardín una máquina se puso en marcha y empezó a descabezar el césped, por las ventanas entró a raudales el olor a verde. Era día de limpieza general, se sacudían hasta las alfombras, así

que la enorme mesa del comedor estaba desplazada.

–Vaya momento para organizar semejante cataclismo, pensó, hay que ver de quién es esta brillante idea, seguro que fue Alma.

La casa de «Los naranjos» estaba llena hasta rebosar, todas las habitaciones ocupadas por la familia Lejárrega en pleno. Leonora, la vieja dama, en el piso alto, Alma, las niñas y su marido en el ala norte. Liza, Diego y Fernanda en el ala sur. Fernanda se dignaba a pasar por allí, estaba convertida en una adolescente salvaje, pasaba más horas correteando como una potranca que sentada como una señorita. Pero Fernanda no era de la incumbencia de Mme. Tanis, ella solo tenía que mantener a las niñas en silencio en el gran comedor y, cuando despertaran los mayores, les permitiría embutirse en los trajes de baño, correr a la pileta. Entonces, si el césped ya se había secado, se podían quitar las botas preceptivas y cambiarlas por sandalias.

Volvió al comedor y escrutó con severidad a las mellizas, que habían empezado una guerra de patadas por debajo de la mesa. De paso, lanzó una mirada de crítica a Sonia, que seguía estudiando el contenido de su tazón.

–Vamos a jugar sobre la alfombra, chillaron las mellizas. Hasta que se despierte mamá. Y corrieron hasta la balsa de arabescos rojos. Sonia se acercó con lentitud y fue a sentarse en un extremo, donde la lana parecía gastada y el tejido pasaba del rojo intenso casi al rosa, como si alguien se hubiera dedicado a frotarla. Además, en esa esquina estaría más lejos de sus hermanas, muy próxima a los flecos, o sea, al mar. Cuando subió sobre la alfombra, con su peso la balsa vaciló, escorándose hacia las olas bravías. Sonia recogió los pies para que no tocaran la madera, presa del pánico vio cómo se abrían las fauces de un tiburón. Las mellizas comenzaron a dar patadas en el aire. Justo cuando estaban por naufragar, Alma, la madre de las niñas, con su taza de café en la mano, se asomó por la puerta del pasillo. Iba descalza, el pelo, rubio y rizado, le caía en desorden sobre los hombros, el camisón de seda rosa se arrastraba por el suelo como si fuera un vestido de baile. Estudió a sus hijas con ternura, luego con aburrimiento, observó atónita cómo Mme. Tanis estaba untando capas de mantequilla en un trozo de bizcocho, un alud de migas doradas caía sobre su delantal. De pronto sintió uno de sus ataques de pánico y empezó a retroceder, la cola del camisón enredada en los pies, tropezando con las alfombras. Peligro, Alma, peligro. ¿Dónde podría esconderse? En el dormitorio estaba su marido todavía en

pijama, ridículo bigotito negro y caderas demasiado anchas. En el comedor, Sonia con ese sombrero horrible, las gemelas y Mme. Tanis, siempre mirándola con un rictus de crítica. Retroceder, alejarse de allí. Desaparecer para siempre. Un paso, otro más, y podría salvaguardarse en el baño, fuera de las miradas ajenas. Las plantas de los pies que dejan la madera y sienten el frío del mármol, artefactos blancos, visillos de muselina. El espejo. Qué horror su cara. Olor a flores, a jabón. Alcanza el borde de la bañera y se sienta allí, una balsa salvadora en medio del mar turbulento de su familia. Alma enciende un cigarrillo, cuando el humo reparador le llega a los pulmones se pone a estudiar el jazmín, que araña la ventana. Hace pocos días que ha salido de la clínica donde la internaron a causa de otra de sus crisis nerviosas, ha pasado allí un largo período de reposo y está algo mejor, pero todo el tiempo le duele la cabeza.

—¡Me ahogo!, está gritando Sonia, las botas de las gemelas empujándola hacia el temporal, el cielo casi morado en el horizonte ominoso del salón. Ha visto a su madre salir de la habitación y retroceder, esconderse en el baño. Si no quiere que la descubran, tiene que ganar tiempo. Su madre es muy débil, como una sirena que, perseguida por toscos marineros, tiene que evitar que le claven un arpón. Tan de mañana, tan desnuda. Grita ¡me ahogo! todas las caras con el ceño fruncido giran hacia Sonia y eso le da a la sirena tiempo para desaparecer, mamá ya está a salvo encerrada en el baño.

Han dejado de cortar el césped y el silencio es, de pronto, devastador, un vacío en el que está todo. Si se concentra, Sonia puede escuchar las brazadas enérgicas de tía Liza, que llegan desde la pileta, debe de haberse levantado temprano, para aprovechar la soledad del parque. Splash-splash. Liza y su cuerpo escultórico. Liza y su piel lacada. Pelo leonado. Acento extranjero. La más linda de todas las mujeres que pasaban el verano en «Los naranjos». Tía Liza: la única que usaba traje de baño de dos piezas y altísimos zapatos de color rojo. La que se reía a carcajadas. La que se atrevía a discutir con la abuela. La que leía revistas de moda sin control alguno. La que contaba historias mágicas sobre un lugar llamado Kiev, que se cubría de nieve, una nieve que Sonia nunca había visto en Buenos Aires. La que tenía una hija como Fernanda, tan hermosa que Sonia temblaba solo de verla, de mayor quería ser como su prima. Tía Liza, la que tenía un marido que estaba loco por ella. «Mi mujer del norte», le decía tío Diego, «mi poderosa mujer del norte», y Liza repitiendo, como si fuera un juego: «esto no es un esfuerzo

para mí, yo he cruzado el Dnieper a nado». «¡El Dnieper!», a Sonia le parecía una palabra llena de colinas y aguas enmarañadas, de monstruos marinos y de plancton. ¡El Dnieper!

Mientras apuraba las últimas caladas de su cigarrillo, Alma, desde el baño, también escuchó las brazadas de Liza y se tapó los oídos. El ruido, todos los ruidos, la acosaban. Abrió la ducha. ¿Y si hundía la cabeza dentro del agua? Sin desvestirse, se quedó contemplando la lluvia mansa en la bañera.

—¡Alma, vamos, querida, abre la puerta! ¡Alma, sal del baño, que llego tarde al Hospital!

Toc-toc, su marido en la puerta. Splash-splash, las potentes brazadas de Liza desde el jardín. Clic, las tazas del desayuno, las niñas y sus gritos, el tic-tac del reloj. Las ramas del jazmín contra el cristal. Mme. Tanis masticando un bizcocho. Ruidos, ruidos, ruidos. Se tapó los oídos pero los murmullos no cesaron: Diego desperezándose, vistiéndose de prisa para encontrarse con su mujer, regurgitando su pomposo apellido junto al nombre de esa extranjera: Liza de Lejárrega. Como si las sílabas fueran de chocolate suizo. Mme. Tanis ya se habría puesto su sombrero de paja para acompañar a las niñas a la pileta. Qué dolor de cabeza.

Diego Lejárrega dejó la taza sobre la bandeja y mordisqueó un pan con mermelada de naranjas amargas que había preparado para él Mme. Tanis. Mientras metía los pies en las pantuflas de cuero repitió: «la señora de Lejárrega», paladeando cada sílaba, quince años de casados parecían un milagro. Y su hija, Fernanda, esa inteligencia rápida sumada a la sorprendente belleza de Liza. Diego casi no podía creer que las piezas de ese puzzle que era su vida hubieran podido precipitarse desde el aire para encajar tan bien, creando un dibujo armonioso y sorprendente. Él, el segundón, el que había crecido bajo la sombra densa de su hermano. Esta misma noche había soñado con él. Héctor con su frac, el mismo que llevaba la noche en que murió, el fantasma que solía perseguirlo en la duermevela. Un hombre poderoso, dijo Diego en alto, se mire por donde se mire. Hasta su muerte se había convertido en espectáculo nacional. Y él, ¿había ganado algo con esa muerte? Sin duda, reconoció Diego. Sin duda. Quizá por ello, a pesar de los años, no podía pensar en Héctor sin que una masa pringosa de culpas y lamentaciones le apelmazara el corazón. Basta, hay cosas que no pueden

cambiarse, y la muerte es una de ellas. Con un pulso vacilante, levantó la tacita de porcelana y se terminó el té. Volvió a sentarse en la cama. Tenía que vestirse, pero le faltaban fuerzas, siempre que soñaba con Héctor se sentía débil, el fantasma asomaba sus colmillos y lo dejaba exangüe. Incluso muerto era más enérgico que él. Abrió la Biblia que estaba sobre la mesilla buscando un versículo que lo consolara. Y la frase lo taladró: «¿Acaso soy yo el guardián de mi hermano?». Qué dolor. Héctor estaba enterrado, su desaparición era una anécdota perdida en los viejos periódicos. «Soy mayor de lo que él era cuando murió. Ahora el hermano mayor soy yo». El tiempo, se dijo, el tiempo, que lo invierte todo. Que lo cura todo. O casi. Claro que no era el guardián de nadie, y menos de algo tan evanescente como un fantasma. Para qué seguir lamentándome, se dijo, si apenas soy un poeta. Un poeta muy rico, también es verdad, por triste que resulte una muerte, a veces puede ser muy beneficiosa.

—El bueno de Diego, el aburrido de Diego, se repetía Liza, acompasando las brazadas, girando la cara para que la respiración del crol fuera perfecta, siempre que nadaba sus pensamientos fluían con demasiada libertad. Qué pegajosa era su cortesía. ¿Por qué se habría casado con él? Qué pregunta tonta, resultaba evidente: se había casado con él porque era riquísimo. Más allá de las barrancas, la bruma se erizaba sobre el río, borroneaba las palmeras, los cipreses eran vigías oscuros que rodeaban la pileta. Adoraba esas mañanas. Por ventura, nadie madrugaba en «Los naranjos», estaba sola en la pileta hasta la hora del copetín. Quebrar el agua plácida y transparente, atravesar el espejo, nadar a su ritmo, disfrutar de todo aquello a lo que había accedido con un simple «sí, quiero». Sí, quiero, a la casa, la pileta, las palmeras, los cipreses y las mañanas en paz. No quiero a todo el resto. Qué aburrimiento, repitió. En cuanto se despertaran, habría que obedecer toda una serie de normas no escritas, incuestionables y tontas. La campana llamando para el almuerzo, la siesta, el té bajo los álamos, una copa y charlas intrascendentes hasta la hora de la cena, otra copa más, una partida de cartas, un dominó. Y Diego siempre ahí. Su perrito. Un chiflido, y acudía meneando el rabo. Qué pesadez. Dijeran lo que dijeran, ser la esposa de un rico tiene sus esclavitudes. Claro que estaba también la parte buena. Ropa y joyas. Buenos autos, noches de Ópera y joyas. La admiración de otros hombres y más joyas todavía. Servicio doméstico. Tanto que, desde que estaba con Diego, nunca

había entrado en la cocina ni había tenido que ocuparse de su hija. Fernanda, qué linda que estás, mi bebé, besito en la frente, y extender los brazos hacia la niñera, depositarla allí. Todo tiene un precio, sobre todo en esta sociedad pacata. Hasta los veraneos en «Los naranjos». Fernanda. Espejito, espejito, ¿quién es la más bella? Atusándose la melena, Liza pensó que una hija tan crecida afea. Salió del agua para tenderse al sol. Tras los párpados, la sombra de los cipreses y un resplandor naranja. Sí, parecía mentira que Fernanda hubiese crecido tanto, esas piernas guardaban una franca desproporción con el resto de su cuerpo. Piernas ágiles y largas, como las de un pájaro de laguna. Por suerte, ahora parecía mucho más interesada en ese chico del vecindario que en discutir con su madre. Ella, con una hija adolescente: qué desastre. En el aire fresco de la mañana sintió que alguien la estudiaba. Abrió los ojos. Era la pequeña Sonia, la hija mayor de Alma. Se había calado ese horrible sombrero de hombre y ocultaba el sol mientras extendía una mano, como si fuera a tocarla. Fastidiada, Liza contuvo un gesto de mal humor pero, finalmente, la admiración incondicional de la chica la hizo sonreír.

—¡Sonia, cobarde! —chillaban las mellizas desde dentro de la casa.

—No les hagas caso —susurró tía Liza—, son unas tontas.

Sonia sintió un estremecimiento de placer. ¡Tontas! ¡Tía Liza había dicho que sus hermanas eran tontas! No, no, ella no era una cobarde y lo iba a demostrar, se quitó las botas, se tapó la nariz y saltó al agua. Estaba tocando fondo cuando recordó que le tenía pánico a la pileta, además estaba vestida, a brazadas torpes logró salir a flote, casi no le quedaba aire cuando miró a tía Liza para compartir su triunfo. Pero Liza ya se había tendido sobre el trampolín y volvía a tomar el sol con los ojos cerrados. Qué pena, un triunfo sin testigos no es lo mismo. Chorreando, Sonia se alejó de la pileta y se coló en la casa por la puerta de la cocina, llegó a su cuarto justo cuando Mme. Tanis estaba llamándola para peinarla, escondió la ropa mojada bajo la cama y se caló el traje de baño. Desde hoy se había convertido en una valiente. «El agua se come a las niñas, Sonia», repetía su madre, pero su madre no se atrevía a nada, así que borró las palabras, y aguantó los tirones, la rigidez de las trenzas que le hacía daño. Con un golpecito en la coronilla, Mme. Tanis indicó que ya había terminado. Sonia corrió otra vez a la pileta, se acercó a la parte más honda y saltó. Frío sobre la piel caliente, un raspón en la rodilla, bajo el agua abrió los ojos para descubrir sobre sí la maravilla de un techo de plata ondulante que bailoteaba como el mercurio de los termómetros. Sacó la

cabeza esperando, esta vez sí, los aplausos y vio a tía Liza que se estaba pintando los labios mientras conversaba con Diego. Al contacto con el agua las trenzas parecieron encoger. En el porche, las mellizas jugaban a la pelota. De su padre, que leía el diario en una tumbona, solo asomaban las zapatillas y las pantorrillas blanquecinas. Todavía en camisón y descalza, su madre se había sentado a la sombra, en los bajos de la falda un aro de polvo, fumaba y tejía en actitud concentrada. ¿Qué pensaba mamá? Agujas como espadachines. Estaban arrastrando la gran alfombra del salón para que le diera el aire y ahora, como si fuera un remiendo gigante, cubría parte del césped. Sonia corrió hacia la balsa de lana y comenzó a navegar. Aguas tranquilas. Cielo sin fisuras. Ningún tiburón a estribor. Ninguna hermana a babor. Pero sola no tenía gracia, de modo que bajó corriendo a la cocina.

—¿Qué vamos a almorzar?

China se limpió las manos en un trapo, estaba escuchando la radio y bajó el volumen, sonaba una marcha militar. Hacía semanas que no podía seguir la radionovela porque solo se hablaba de política, a ella qué le importaba eso, protestó, si era paraguaya, qué más le daba el golpe militar o esa palabra de la que huían como si fuera la peste, y que solo murmurarla podía costarle el trabajo: ¡Perón! ¡Viva Perón! ¡Qué grande sos! Un pito le importaba Perón y la revolución libertadora. Tonterías. Cosas de argentinos.

—Milanesas con papas fritas —soltó, por fin, como punto final a su larguísima reflexión.

—¿Otra vez?

—Otra vez. Tu madre está delgadísima, tiene que alimentarse. Y sacate ese sombrero, Sonia, ya sabés que tu madre lo odia, si te ve mal vestida se va a poner furiosa.

Sonia levantó los hombros en señal de indiferencia, estudió a China, que golpeaba la carne con una maza, las manos se revolcaban sobre el pan rallado. Olor a ajo y a perejil. Huevo batido. Una mesa de mármol en el centro, armarios de madera pintados de blanco. En los anaqueles, porcelana Blue Willow. Estudió los ojos infinitos de China, la nariz de aletas irregulares de la que salía un tajo que bajaba hasta el labio. Un corte y un costurón. Labio leporino. La voz como partida. La voz gangosa cantando en guaraní, y el contrapunto brillante del cuchillo, las manos diestras, cáscaras en espirales de tierra cayendo sobre la mesa de mármol, papas sudorosas, etéreas como plumas. El olor del aceite caliente le daba asco. Con la bandeja del desayuno,

Mme. Tanis entró en las cocina. Sin quitarse el sombrero de paja se sirvió un vaso de leche y, con los restos de las tostadas, empezó a hacer sopas. Luego, sin decir nada, los ojos acerados, estiró la mano y apagó la radio. China torció el gesto y la cocina fue llenándose de un silencio compacto y hostil, solo se escuchaba el golpear de la maza sobre la carne. Aburrida, Sonia regresó a la galería. Su madre seguía bajo el toldo naranja, junto al jazmín, sentada en los escalones. Jamás se metía en la pileta, la odiaba, «habría que cegarla. Esa maldita pileta habría que cegarla», repetía, como si el cuadrado de agua le hubiera hecho algo. Lleva un vestido liviano y pendientes de perlas, va bien peinada pero ya ha empezado a beber. Una copa, y otra, y otra. Así todo el día, cuando empieza tan temprano Sonia sabe que la noche será terrible. Ese olor es mucho más desagradable que el de la fritura, detesta a su madre cuando está borracha, las cosas hirientes que dice, su mano pesada cargada de anillos siempre dispuesta a golpear pero, a la vez, la siente indefensa, tan triste como si se hubiera ahogado. Le gustaría consolarla, pero ¿cómo? Esa no es la cara de mi madre, piensa, su cara verdadera está detrás y es tan frágil que podría romperse. Lleva unas piedras en el bolsillo y le gustaría regalárselas, son tan bonitas que tienen que consolarla, es cierto que así, secas, no valen nada, parecen trozos de tierra pero, si se las moja, se convierten en gemas. Se acerca y toca a su madre: rodilla tersa, como una luna pálida. Quisiera sentarse en sus faldas y abrazarla, pero no se atreve, además está grande para esas tonterías. Entonces Alma levanta los ojos y hace una media sonrisa, la atrae hacia su regazo. Es un gesto duro, distante, su madre no sabe besar. De pronto parece ablandarse y le acaricia el pelo. ¿Sabés, Sonia?, le dice, puedo enseñarte un truco para que nunca te sientas mal. Primero tenés que cerrar los ojos y buscar un recuerdo bonito. Muy bien. ¿Te gusta lo que estás pensando? ¿Es agradable? Sonia aprieta los párpados y recuerda un día en que las mellizas salieron y la dejaron sola. Fue una tarde completa en la que Mme. Tanis no entró en su cuarto y pudo leer hasta que le dolieron los ojos. Qué maravilla. Sí, ya lo tengo, dice. Bien. Ahora, despacito, pensá que tu cuerpo es una habitación oscura, salí de él y entrá en el recuerdo, suavemente, como si metieras un pie en el agua helada, hay que acostumbrarse. No en el agua de la pileta, el agua de la pileta es mala. El agua del río, por ejemplo. O de un lago maravilloso. Mientras Sonia se concentra, la madre busca los dedos de su hijita y encuentra las piedras, «¿Son para mí?, ¿son para mí, Sonieta?». La niña se distrae y abre los ojos.

Entonces ve que su madre, como si fuera un gato, ha dado un lametazo a la piedra más bonita que, en el acto, se llena de reflejos. ¡Cómo brilla! Toma la mano de su hijita y con ella se acaricia el rostro, el laberinto de las orejas, la suavidad de las perlas, trepa hasta las sienes donde la chica siente algo incómodo, pegajoso. La madre acerca los labios pintados de rojo al oído de Sonia y susurra: ¿te he contado alguna vez lo que me hacen en la clínica? Entre el pelo rizado y rubio de su madre, dos trasquilones, dos calvas.

En el piso más alto de «Los naranjos» vive la abuela Leonora. Aunque no le pasa nada, está en la cama desde hace años, viste camisones como quien lleva un traje de baile y recibe entre las almohadas a quien quiera visitarla. Camisones enviados desde París. Cuando se aburre, hace pajaritas de papel. A veces se levanta de la cama para sentarse en un sillón, o sale a la calle. No es tan vieja como le gusta aparentar, la edad es su coartada y le permite ser frívola y olvidarlo todo, entre risitas y suspiros. Cuando era más rica, tenía en la puerta un coche y un chofer, ahora solo hay un hombre que hace de jardinero y de mayordomo a la vez, y que la acerca a donde quiera que vaya. No usa librea, porque los tiempos cambian. La abuela Leonora vive separada de todos, en su enorme habitación, un reino íntimo y seguro con sus propias leyes, una gran cómoda llena de recuerdos y cuadros en los que se repiten mariposas inquietantes. Mariposas disecadas con el cuerpo atravesado por un alfiler. Han puesto un ascensor solo para ella pero no lo usa, al fin y al cabo no es tan vieja y, si tiene que descender de sus dominios, lo hará como una reina. Reina madre. Reina viuda. Solitaria. Reina asustadiza. Terca. Astuta. Dueña de tantos tesoros: un carnet de baile, fotos, trozos de encaje, un rizo rubio atado con una cinta de terciopelo, un sonajero de plata y un abanico con dos varillas quebradas. Y, al fondo del cajón, envuelto en un trapo, ese revólver antiguo, con cachas de marfil.

Ya es casi la hora de almorzar cuando Sonia decide subir al piso alto y esconderse en la habitación de su abuela. Se quieren mucho, suelen pasar las horas en silencio, refugiadas en la lectura. A veces la encuentra espiando por la ventana, tras las cortinas, apuntando con el viejo revólver hacia el jardín. Como si fuera un *cowboy*. Pum, pum, pum. ¿Qué haces, abuela? Shhh, estoy matando al enemigo. Explosiones con los labios. No te preocupes, dice, son balas de aire. Sonia no se asusta, toma un libro y, pasa las páginas haciéndose la que no ve. Si hay suerte, la abuela guarda el arma y le enseña a hacer

pajaritas. Si hay más suerte todavía, la deja ponerse su perfume que huele a lilas y revolver en los recuerdos. Tal vez llegue el día en que le enseñe a disparar. Shhh, repite, apoyándose el cañón sobre los labios, como si fuera un dedo, no se lo cuentes a nadie. Hoy está de mal humor, y Sonia ve cómo se queda contemplando el jardín, levanta el arma y comprueba que esté cargada, el clic del martillo, con el revólver montado cierra un ojo y apunta, ¡pum!, le da a Mme. Tanis, cuando regresa de la piscina con la bandeja del copetín, justo en el medio de la frente, otro tiro para Liza, que se extiende algo untuoso en las piernas, para Diego que, embobado, mira a su mujer. Matarlos a todos, repite. A todos. Se concentra y vuelve a cargar el revólver, un tiro de sombra, dice, una bala de tiempo, vuelve a la ventana y ahora con más precisión apunta a Alma, su propia hija, que sigue sentada en la tumbona, bebiéndoselo todo. Cuando ya no queda nadie vivo en la familia, sonrío satisfecha, sopla el cañón del arma y se la mete en el bolsillo de la *robe de chambre*. Solo perdona a Fernanda que, de la mano de Bruno, corre, como un remolino de vida, y se esconde en el bosquecillo. Seguro que van a besarse.

Cuando Fernanda regresa del bosque está tan acalorada que se descalza y mete los pies en la fuente de los nenúfares, en el agua estremecida siente la caricia del enorme pez naranja que investiga entre las uñas rojas. Oye la primera campanada que llama para el almuerzo. Sus padres estarán remoloneando en la pileta, a su madre le gusta apurar los últimos minutos de sol aunque Mme. Tanis tuerza el gesto y repita aquello de «siempre llega tarde la señora Liza, la comida se enfría». A la vieja todo lo que haga su madre le molesta, incluso cuando se ríe a carcajadas, Mme. Tanis la mira y parpadea, como si tuviera que enfrentarse a una luz demasiado potente. Sobre las baldosas blancas y negras del porche, Fernanda va dejando huellas de agua, sacude los pies y se calza las sandalias. Bruno se ha alejado corriendo por el camino que lleva al campo. «Me gusta tu familia», dijo, «pero tantos Lejárrega juntos es mucho, ni sé ni quién es quién». Y ella, pendiente de sus labios, sin interesarse para nada en las palabras, piensa «te quiero, Bruno, siempre te querré». Pero eso no lo dice en alto.

–Alma es la madre de Sonia y de las gemelas, el médico es su marido. Mis padres son Liza y Diego. Bruno estira un dedo cargado de electricidad y le acaricia el cuello.

–No hagas eso, que me confundo.

Hace unos días, en el bosque de eucaliptos, donde el verano pasado se escondían para fumar, se besaron. Un beso caliente como la siesta y luego, como si Bruno llevara todo el curso escolar practicando, un beso de lengua, que a Fernanda le pareció asqueroso. Está llena de sensaciones, de olores, el solo tacto de Bruno le eriza la piel. Vuelve a escucharse la campana. Haciendo sonar las sandalias, corre hacia el comedor y se cruza con las gemelas, que le sonríen a dúo. En la galería tía Alma sigue bebiendo. Alguien ha sacado al jardín la alfombra del salón que, sobre el verde continuo del césped, brilla como si fuera una isla.

Alma se dejó acompañar por su marido hasta la mesa y fue a sentarse en la cabecera, cortó la carne, hizo como que comía una papa frita, que se le quedó pegada al paladar. Sobre los platos flotaban las caras de su familia: Liza apuntándola con sus tetas de torpedo, el pánfilo de tío Diego con su sonrisa, Fernanda, ensimismada, Sonia, menuda, ligera, las mellizas tan terrestres. Las tres niñas y su padre. ¿Las niñas y su padre? Debió decir «mis hijas, mi marido». ¿Era su marido ese hombre siempre de traje? El distanciamiento le hizo tanta gracia que soltó una carcajada. Seguro que era inoportuna, porque el rictus de Mme. Tanis fue claramente hostil y su marido le lanzó una mirada admonitoria. Se sirvió más vino, alejó el plato y encendió un cigarrillo. ¿Cuánto duraría aquello, esa vieja idiota no se moriría más? Pasó otra fuente desesperante. En lugar de servirse, Alma comenzó con su juego favorito, que consistía en huir sin moverse. Se concentró en el punto luminoso y esperó el foganazo. Entonces un vacío y Alma abandonaba su cuerpo, la mente fuera de la cárcel. Me voy. ¿A dónde? A la infancia, a los años en los que había sido feliz. Pero, cuando intenta entrar, comprueba que ese territorio está en ruinas, nadie sería capaz de habitarlo, todo se cerró con la muerte de su padre. Volvió a concentrarse y regresó a su cuerpo que ahora, sediento y ansioso, sacudía una copa mientras repetía:

—Querido, ¿una gotita más?

Como nadie ponía atención en ella Sonia se escabulló antes del postre y fue al piso alto, al cuarto de abuela Leonora, que solía pasar la siesta hojeando álbumes de fotos. El dedo de Sonia sobre el cartón sepia:

—¿Quién es esta mujer?

—Soy yo, en París. Qué vestidos... Me había cortado el pelo como un

muchacho.

—¿Y esta?

—También soy yo, en el Cap Arcona, una fiesta de disfraces, la que está a mi lado es mi amiga Laurita, vestida de hada, y esta es una foto del barco.

—¿Esa?

—Una tía lejana. La primera mujer que viajó en globo.

—Qué valiente.

—No, querida, solo temeraria, para ser vieja sí que hay que tener coraje, no lo olvides, que ya llegarás.

—¿Y el hombre?

Sonia preguntaba por preguntar, había visto cientos de veces la imagen del hombre de rizos rubios y ojos de loco: en el barco, con su raqueta de tenis, en París, en Buenos Aires, en Londres, en una exposición de cuadros. Según el día, la abuela iba inventándole una identidad: el médico, un primo, mi hermano, que murió en la guerra. Pero nadie de la familia había muerto en la guerra. Si se aburría con la enumeración, una pregunta mágica que cortaba el hilo:

—¿Y tu marido?

Entonces abuela Leonora recogía las fotografías, barajaba las imágenes como un jugador de póquer que ha perdido la partida, las ataba con una cinta y, frunciendo la nariz, las volvía a guardar.

Las mellizas estaban durmiendo la siesta y los adultos se volatilizaron con el quejido de las chicharras, estaba pesado el cielo, como cuando viene tormenta. Olor a ozono. Aburrída, Sonia volvió a la isla de la alfombra. Fernanda cruzó el parque, la melena ondeando al sol. Largos pasos, pantalones cortos, piernas doradas. Sonia la saludó, pero su prima hizo como que no la veía, en cuanto a las chicas les salían tetas se volvían idiotas. Sintió una mezcla de admiración y de rabia. No voy a cambiar, se prometió, se mantendría firme en la infancia como un náufrago que decide ahogarse sin perder la compostura. Tendida en el centro de la isla, abrió los brazos y las piernas, para abrazar el universo. Qué grande era el mundo, podía estar pegada al planeta y flotar, los ojos cerrados hasta quedarse sin orientación. Aire por todo el cuerpo, el sol le hacía picar la cara. China estaría terminando de recoger, subía desde la cocina el canto nasal de un chamamé que se mezclaba con un entrechocar de platos. Cuando, arrullada por el universo,

empezó a dormitar, algo la sobresaltó. Era China que, vestida de calle y horriblemente maquillada, la sacudía.

—¡Vamos, Sonia!

Sonia se levantó de un salto. Adoraba esas excursiones a la hora de la siesta, cuando todo estaba en silencio y se escapaban juntas. China tenía un novio en las caballerizas que estaban detrás de la casa, solo había que dar la vuelta a la manzana por el caminito de tierra, pasar por el túnel verde de los árboles y aparecía un reino. Un reino de gente bullanguera y faldas cortas, de colores chillones y pieles color café, niños que, como aves de corral, salían corriendo en todas direcciones. Radios a todo volumen. Un planeta escondido donde todos la miraban como si fuera de otro sistema solar. China le pedía que se subiera a la tranquera, tenés que hacer de campana, decía, si se acerca alguien, chiflás, sabés chiflar, ¿no, Sonia? Enseguida vuelvo. Luego, de la mano de su novio, entre risitas nerviosas, desaparecía en el galpón. Qué harán, se preguntaba Sonia, con lo fea que es China, y estremecida imaginaba al hombre y sus bigotazos apoyando la boca sobre ese labio abombado. Subida en la tranquera, el mundo era otro, el río y su aroma, el horizonte unánime, el abanico grácil de las palmeras, los pájaros volando en apretada formación. Su aroma y su voz. Entonces Sonia se sentía ingrávida, poderosa, dueña del mundo, abría los brazos como si pudiera contener el universo. Luego, cuando la mujer se despedía de su novio, él solía regalarle un caramelo, le acariciaba la cabeza diciendo «te llevo a dar una vuelta en el sulky» o «chiquita linda, petisa, una tarde de estas nos vamos los tres a pasear». Ese día le dio algo grande como un gato, envuelto en papel de seda. «Mi mamá lo hizo para vos», dijo, y Sonia se encontró con un precioso chal fucsia de princesa, con perlititas bordadas, de esos que a su madre le parecían horriblemente cursis. Lo recibió llena de emoción mientras China le decía a su novio mirá que sos atrevido, y después a Sonia: escondelo bien, ya llegará la oportunidad de mostrárselo a tu madre.

Volvieron las dos cantando, Sonia le sacaba a China ramitas de la espalda, era el retorno siempre melancólico de esos viajes en los que se podía asomar a otro mundo, donde la gente no era rubia ni tenía pileta, ni sufría de aburrimiento. Un mundo de risas y de llantos, de patios de tierra, niños harapientos y libres, de madres desventradas y ranchos sin encalar, gallinas erráticas y gatos ariscos. De espacios que se desplegaban como un reino infinito y, ante esa inmensidad, la balsa roja sobre la que ella cruzaba el mar

le parecía una triste aventura. Estaban llegando ya a «Los naranjos» –China con las mejillas ardiendo– cuando un olor imposible les golpeó la cara. Más allá de los alambrados, en el campo del vecino, había una enorme montaña de carne hinchada, de piel blanca y marrón, como un mapa.

–Qué peste, dijo China.

Era una vaca muerta. Tenía las patas tan rígidas que parecía de juguete, los ojos saltones y nublados como pelotas de ping-pong dentro de una media de seda. Estaba rodeada por una galaxia de moscas azabache que centelleaban como un bordado, bajo el enjambre goloso, la loca danza de los gusanos. Una araña había tejido su tela entre los alambres de púa y se dedicaba a empaquetar a un moscardón, giraban las rapaces en el cielo. La vida de la muerte, pensó Sonia y, tapándose la nariz, aceleraron el paso.

China se escabulló justo cuando su madre, somnolienta, volvía a la terraza, detrás emergieron las mellizas frotándose los ojos, y se sentaron en la galería para mantener uno de esos diálogos extraños que siempre excluían a Sonia. Aburrida, corrió hacia la habitación de su abuela.

Mirando sus fotografías, Leonora no se sentía una mujer sino una infinidad de mujeres, mujeres que ni siquiera se le parecían. La infancia precaria con su madre. El hombre del pelo rubio y rizado que había sido su amante. Su marido, el adusto Héctor Lejárrega, cuyos rasgos le costaba recordar. Los tiempos duros que siguieron a su muerte, y, por fin, cuando todo terminó, la decisión de levantar a su alrededor un muro imposible de escalar y que la había ido arrinconando en este cuarto, que la había ido encerrando en sí misma. Las pesquisas en torno a esa muerte oscura que había esparcido su peste sobre todos y el detective que se ocupaba del caso, que se le había colgado como si fuera un bulldog. Era difícil imaginar que un hombre con la personalidad de su marido se hubiera quitado la vida. ¿Algo que comentar, señora? ¿Alguna hipótesis? ¿Se deprimía a veces? ¿Algún suicidio en la historia familiar? ¿Tenía deudas? Nada de nada. Pero lo cierto es que, en ciertos medios, nunca se dice nada, solo frases amables que, como un hermoso manto de armiño, lo esconden todo. Silencio. El silencio de una viuda siempre digno, encubridor. Silencio para siempre. Las imágenes de su pequeña Alma, con esos ricitos a lo Shirley Temple. Alma cuando era feliz. Luego, como perdida. Una muerte lo trastoca todo, se repitió Leonora. Una muerte pasa sobre los que están vivos como si fuese una aplanadora y

sobrevive el que sabe esconder la cabeza. Héctor con un tiro en la sien, la imposibilidad de aclarar los hechos. Mejor callar. Mejor no remover el avispero. Mejor parecer más vieja, mucho más, de lo que era en realidad. No soy tan mayor, pensó Leonora, coqueta, pero la edad protege a las mujeres, las aleja de los focos, y el orgullo de una anciana es inexpugnable, le permite parecer tonta sin que tenga ninguna importancia. Luego, cuando la prensa la olvidó, la vuelta a la rutina. Mme. Tanis y sus ojos grises, su siniestro control. La molicie en «Los naranjos» cada verano. Los Lejárrega sin perder sus costumbres, defendiendo una complicada genealogía anudada con engaños. Y el tiempo, que todo lo calma. Claro que ese mismo tiempo se había llevado su vida por delante. Todas las familias tienen algún muerto bajo la alfombra, suspiró Leonora, mientras dejaba las fotos y se acercaba a la ventana.

Abajo, el ojo de la fuente de los nenúfares se ha puesto dorado, ni una hoja de los álamos se mueve, alguien ha abierto los aspersores y sube un aroma verde. La brisa, que se levantaba desde el este, pronto se convertirá en viento. «Viento del este, lluvia como peste». El agua y el tiempo lo borran todo. El viento se lo lleva todo. Hacia el Este ya se atropella una tormenta, le gusta ese momento, cuando parece que todo va a explotar, cuando la naturaleza se vuelve loca. Dentro de su casa hay orden. Ha costado, y es demasiado tarde como para hacer otra cosa que conformarse. Sentada en el alféizar, Leonora evalúa su vida según las leyes de la aritmética, hace dos columnas imaginarias, una con los pecados, otra con los castigos. ¿Podría haber tomado otras decisiones? Sumó las sospechas, los años de luto, el encierro, la crianza de su hija, luego restó las culpas, el precio que había pagado y se dijo que había hecho lo correcto, tenía un saldo a su favor, y estaba sobreviviendo para hacer el balance.

Ya no hay nadie en la pileta y los pájaros, sedientos, aprovechan para lanzarse, en vuelo rasante, sobre el espejo del agua.

Fue a la hora del té cuando el padre de Sonia regresó de pasar consulta en el hospital, hizo chirriar los frenos y bajó corriendo del auto, gritando llamó a los adultos a una reunión general y se encerraron todos a secretar en la biblioteca. Las chicas estaban jugando sobre la alfombra. Solo Alma, sentada junto a la fuente de los nenúfares, permanecería indiferente. Diego bajó de su habitación, donde solía escribir hasta la hora de la cena. Fernanda, que estaba sentada en el columpio conversando con Bruno, también se

acercó. Como todas las tardes, tía Liza había desaparecido. Era justo la hora del té y Mme. Tanis avanzaba con paso militar, y una bandeja llena de *scones*. Sonia oyó los gritos desde la habitación de su abuela y se lanzó en picada por el pasamanos, estaba llegando abajo cuando escuchó la palabra «peste» y ella sabía de memoria que la peste era Perón, Perón Perón, qué grande sos, aunque Perón ya no estaba. Había entrado en un nuevo colegio este mismo año, un colegio francés enorme en el centro de la ciudad, con monjas vestidas de negro, santos de heridas supurantes y una comida asquerosa. Solo la liberaba del encierro una amenaza de bomba o, si había muchísima suerte, una revolución. Una revolución era lo mejor que podía pasar porque venían a buscarlas y no había que volver a clase durante semanas. En esos días largos los adultos se la pasaban pegados a la radio oyendo marchas militares y comunicados. «¡La peste, la peste!», repitió Sonia, entusiasmada. Vio, a través del cristal de la puerta de la biblioteca, cómo Mme. Tanis, con la bandeja, empezaba maquinalmente a devorar *scones*. Y Liza, que acababa de llegar, con su pelo de leona, las mejillas arreboladas, gritando como una histérica: ¡Tenemos que salir de aquí! ¡Tenemos que salir de aquí!

–Todo lo contrario, querida –le respondió Diego, muy tranquilo, como si se dirigiera a una criatura, todo lo contrario: no podremos dejar esta casa hasta que pase la epidemia.

Entonces Liza lo miró con furia y, sin decir nada más, salió de la biblioteca dando un portazo.

En ese momento, China estaba secándose las manos con el repasador. Abrió la mosquitera de la cocina y vio cómo las sábanas, recién lavadas, flameaban enloquecidas, doblaban su cintura las palmeras, los álamos plateados mostraban el envés pubescente de las hojas produciendo un murmullo de marejada, los cipreses de la piscina parecían acostados. Se había volado una sombrilla, que giraba como un trompo sobre el césped. Vio señales inequívocas de tormenta: un perro panza arriba y una libélula volando bajo. Volvió a cerrar la ventana y dictaminó:

–Viento del este, lluvia como peste. Esto va a ser el diluvio universal.

Luego estudió a Mme. Tanis con resentimiento y susurró:

–No sé qué vamos a hacer con esta, que se lo come todo, ya no quedan ni sobras para los chanchos.

No se puede sentir celos de los muertos, pensó Diego, cuando vio la majestad de su cuñada Leonora descendiendo por la escalera. Llevaba una *robe de chambre* de brocado y la sostenía con una mano, la melena de un rojo apagado recogida en una trenza. Hacía años que no la veía fuera de su habitación y seguía siendo una mujer espléndida, se movía con parsimonia, como si no tuviera ninguna importancia su cambio de costumbres.

–Lo están diciendo en la radio, comentó, en todas las emisoras. La epidemia de polio ataca a los niños y hay que empezar a limpiarlo todo.

Diego observó cómo Leonora extendía la mano y todo se plegaba ante ella, el servicio se había convertido en un batallón bien organizado a la espera de órdenes para actuar. Se recogió las mangas, las faldas del camisón y se puso a la tarea:

– No hay mancha tan persistente que no pueda borrarse, dijo. Yo sé mucho de manchas. Y, de rodillas, comenzó a frotar.

Diego recordó cuánto había odiado a su cuñada, y ese casamiento que había sido un largo interludio que lo había separado de Héctor, su único hermano. Qué pasiones intensas se tienen en la juventud, se dijo, qué absurdas parecen luego. Héctor había muerto con un tiro en la cabeza y Leonora había sido la principal sospechosa. Suicidio, dijeron, y nadie tenía ganas de girar sobre ese círculo de sangre. Luego, ante la falta de pruebas, todo se calmó. Entonces él había conocido a Liza y había pasado página. Hacía años que solo pensaba en Leonora como en una viuda anciana. Y ahora comprendía lo equivocado que estaba, ella era la que lo controlaba todo desde su severa distancia. ¿Cómo no se había dado cuenta? Al verla fregando, la ropa remangada y los brazos musculosos, comprendía que ni siquiera era tan vieja, casi tenían la misma edad. Le volvió la imagen de la mujer cuando era joven, su impresionante belleza, y la noche aquella, a la salida de la Ópera, el vestido manchado con la sangre de Héctor, las sospechas, su silencio empecinado, ese destino que ella había aceptado sin protestar y que la obligaría a vivir encerrada. Recordó a su hermano, recordó cuando tenían largas charlas. Largas charlas en las que Diego se sentía protegido y feliz. Si pudiera recordar las palabras de entonces, pensó, recuperaría lo mejor de mí mismo. El tiempo eterno de la niñez. La severa organización de la casa en la que habían crecido, donde una madre controladora daba órdenes que nunca se contradecían. Héctor, el primogénito, su hermano querido. El joven tumultuoso. El hombre autoritario e imponente. El gran señor. El hombre

cruel. Mme. Tanis, tan joven. Mme. Tanis también había sido una hermosa muchacha, una amante complaciente. Qué cosas. Mirándola ahora devorar los scones le parecía imposible. Entre los dos hermanos, Mme. Tanis siempre había preferido a Héctor, ni siquiera en eso le había podido ganar. Sí, había sido un idiota al apartarse de Leonora. Escuchó a las niñas peleando en el jardín, se asomó para ver qué sucedía. Fernanda, sentada en la alfombra, jugaba con ellas, intentando tranquilizarlas, el viento del Este acosaba las copas de los árboles. Empezaron a rodar los truenos y, en horizonte, la luz intermitente de los rayos. Era cierto, todas las oportunidades en la familia habían sido para el hermano mayor y se las llevó consigo al marcharse, tenía que reconocerlo antes de que fuera definitivamente tarde: Leonora había sido una víctima, una pieza más en un juego fallido, habían vivido demasiados años bajo la sombra de un muerto. Al fin y al cabo, cualquiera podría haberlo matado. Incluso él mismo y, a estas alturas, ¿a quién le interesaba la verdad? Un simple juego de dados en el que le tocó perder y era Leonora quien, liberándolos a todos de su carga, había cargado con las culpas. Qué pronto se había terminado el futuro. Y recordó el verso de un poeta: «un golpe de dados no abolirá el azar». Justo entonces oyó golpes en los escalones. Era Liza quien, arrastrando una pesada maleta, se dirigía hacia la salida. Podía intentar disuadirla, se dijo, pero para qué, una claridad que nunca había tenido le hizo verla exactamente como era: una madre capaz de abandonar a su hija, una mujer avara a la que solo le importaba el dinero. Nunca había podido con las mujeres empecinadas, y Liza lo era. Tanto, que nada en el mundo sería capaz de impedirle seguir adelante. Diego se sintió terriblemente cansado. Era tarde para cambiar. Él, y todos los Lejárrega, pertenecían a un mundo cuya mayor virtud era la capacidad de esconder la verdad manteniendo una imperturbable buena educación. Y ahora, ¿a quién le importaba aquello? El viento lo limpiaba todo. Sin decir ni una palabra, abrió caballerosamente la puerta de calle y dejó partir a su esposa. Luego se acercó a su cuñada y, suavemente, le preguntó:

—¿Te ayudo, mi querida?

Leonora sonrió amablemente.

—Claro, querido Diego —le dijo—. Claro. Por favor.

Sonia vio la espalda de tía Liza arrastrando una maleta, y luego las caderas pesadas de su padre, que corría tras ella, los vio discutir pero, aunque

las bocas vociferaban, no se oían las palabras. Nunca había visto a su padre salir sin sombrero y con el bigote despeinado. Él también llevaba una valija. Ahora ambos estaban desapareciendo dentro del coche y oyó arrancar el motor. «Seguro que va a buscar vacunas», le dijo China, y lanzó una risita torcida. También dijo: «tienen que subir a bañarse». Sonia ni pensaba hacerle caso, pero el frío la hizo temblar. Miró el parque y los árboles, los muebles del jardín, las palmeras y se dio cuenta de que todo iba a desaparecer, el mundo había perdido la inmovilidad de la infancia, ya nunca más las ramas serían las eternas ramas quietas de esa misma mañana, el viento arrancaba las telas de las arañas, lanzaba los nidos de los pájaros en un vuelo desesperado, el agua de la pileta se llenaba de hojas que pronto generarían moho y verdín. Esto es crecer, pensó. Esto. Un viaje sin retorno desde la raíz de la raíz, el brote del brote, la maravilla que mantiene las estrellas separadas. El paso del tiempo. Sintió un estremecimiento de rebeldía. Con un gesto provocativo sacó el chal fucsia con perlititas que había escondido bajo el sillón de la sala y, con aires de princesa, se cubrió los hombros. De la casa venía un fuerte olor a acaroina y Sonia vio que su abuela se había puesto un delantal y estaba frotando las paredes, daba órdenes a las mucamas en un tono jovial. Se arrastraron los muebles más pesados para limpiar los rincones. Trepada a una escalera, Mme. Tanis descolgaba las cortinas. Sorprendida, Sonia se dio cuenta de que estaba llorando.

—Esto es un castigo —susurró Alma, súbitamente atenta—, estoy pagando a la vez por todos mis pecados.

Luego desplegó su tono más melodramático: «¿y qué pasará con mis hijas?». En medio del lamento, pareció pensar algo muy divertido. De pronto vio a Sonia con su chal de princesa y se lanzó su furia contra ella: «¡Sacate esa porquería de encima!», chilló, mientras intentaba atraparla por el pelo, la cabeza loca, algodonosa, a punto de estallar, pero Sonia empezó a correr y empujó a su madre. Pareció que Alma iba a sufrir un ataque pero no, cuando vio que no tenía espectadores, se asió a su copa y recuperó la compostura para salir de la casa como si nada hubiese sucedido y derrumbarse en la tumbona. Allí, indiferente a los truenos, estiró la mano, sacudió su vaso y pidió al aire:

—Un whiskisito, por favor...

El viento había empujado la tormenta eléctrica que ya se concentraba sobre la casa.

Con la piel tirante por el sol, cansadas de todo el día corriendo, las mellizas habían dejado de chillar y se acercaron a Sonia en busca de protección, se tomaron de su mano y se apoyaron contra ella, intentando formar una masa compacta. Tenían frío y hambre, Mme. Tanis se había devorado todos los *scones* y el resto de las milanesas, nadie parecía dispuesto a cocinar. De todas formas, no se podía salir a hacer compras hasta que las cosas se aclarasen, y menos con la amenaza de inundación. Todo el parque era un rumor, los árboles sacudían sus cabezas que se enredaban en susurros siniestros, en el estanque, el agua se plegaba en estrías despeinando los nenúfares. Alguien se había dejado un vaso fuera, que empezó a rodar, se oyó el golpe violento de los postigos y a China que subía a sujetarlos. Mientras corría vio a la niña con el chal. ¡Escondé eso, Sonia, gritó, o vamos a tener problemas con tu madre! Pero la chica no le hizo caso, apretó las manos de sus hermanas, las protegió bajo la lana suave y, con una gemela a cada lado, sintió que su cuerpo se equilibraba como una báscula y encontraba para siempre su eje, su centro de gravedad. Era una sensación rara, placentera, una oscilación festiva, un pendular gozoso. Cuando sea mayor voy a ser escritora, pensó, voy a ser escritora para contar todo esto. Pero primero tengo que vivir. Y sintió que, en ese mundo que se desmoronaba, nada ni nadie podría con ella.

—¡Subamos a la balsa! —gritó, mientras bajaba las escaleras hacia el jardín—. ¡Vamos a salvarnos! ¡Adelante!

Las tres hermanas se quitaron las sandalias y comenzaron a correr descalzas por el césped empapado:

—¡Ya pescaremos algo para comer, chillaron las gemelas, vamos cubiertas con la capa mágica!

Y salieron de la casa protegidas por el chal. Antes de que la tormenta explotara, antes de que las gotas azotaran la tierra hasta hacerle daño, antes de que el viento humillara las palmeras, antes de que el agua arrastrase la barranca entre hojas y barro, antes de que los relámpagos convirtieran el río en una llaga de oro, las niñas subieron a la alfombra mágica que, erizada por el viento, pegó un corcovo, pareció ondularse y comenzó a volar.

LAS ELÉCTRICAS

*–Haga de cuenta de que su hija está de vacaciones.
Un miembro de la dictadura argentina a una de las Madres de Plaza de Mayo, que
preguntaba por el paradero de su hija desaparecida*

Para Viviana Paletta

Mientras la empujan hacia la Jaula de los Gritos, la chica intenta no pensar. Tiene los ojos vendados, va descalza, le han quitado los zapatos y la humilla ese taconeo de botas militares a su lado. La empujan o la llevan, qué más da, sabe perfectamente cuántos pasos hay hasta el dolor. No hay escapatoria, así que ha desarrollado un plan. Es un plan idiota, pero le da la sensación de que algo está en sus manos. El juego se lo enseñó su madre, y consiste en salir de su cuerpo. Primero tiene que localizar una sensación, luego la atrapa, y es entonces que viaja hasta un recuerdo. Como si fuera una ola, o una escalera, o un embudo, o un pozo. Lo importante es concentrarse. Si lo consigue, si logra asirse a alguna imagen, navegará entre espasmos hasta la cima de la memoria. Con eso le basta. Pueden ser apenas unos segundos de memoria. Memoria dolorosa. Memoria en carne viva. Busca a tientas y siente frío en la planta de los pies. Atrapa la sensación. Sus pies sobre el césped, siglos atrás. Los pies en el verde tibio, la caricia de la hierba. Una luz taladra el trapo que la ciega, está pasando frente a la ventana. Odia ese resplandor, el corazón vuelve a desbocarse. No es una ventana, piensa, no es «esa» ventana que está tan cerca de la Jaula de los Gritos donde será torturada, sino el sol del verano aquel. Mientras la desnudan, siente el calor en la espalda. Ha estado jugando en la barranca que da al río y recogió unas piedras. Pero las piedras son descorazonadoras, brillan si están mojadas, son tristes si se secan. Las piedras. Las piedras. Tiene que pensar en piedras. Es pequeña, a lo lejos se oyen las risas de sus hermanas. Manos que la levantan en vilo. ¿Quieres hacer pis? Qué vergüenza, otra vez se está meando encima. ¿Quieres hacer pis?, repite la voz áspera de Mme. Tanis. Va vestida de oscuro y lleva un sombrero de paja estremecido por las agujas del sol. El sol la está

quemando con tal fuerza que siente agujas en el pecho. Agujas. La institutriz la toma en brazos y la consuela, por una vez en la vida es cariñosa. Vamos, dice, vamos con mamá. La chica atada al camastro de metal lucha por asirse al recuerdo y tiende los bracitos hacia su madre. Hay una galería con baldosas en damero, una tumbona, un toldo naranja. Su madre está junto al jazmín, sentada en los escalones que dan al parque, y parece que está masticando flores. Huele a humedad y a sucio, a dolor. A verano y a piscina. Déjela, Mme. Tanis, yo me encargo, dice la madre. La chica obedece y mira el vestido liviano, las perlas de las orejas. Se oye un grito. Debe de haber salido de su propia garganta, porque la madre no cambia de expresión. Como si se hubiera ahogado en la fuente de los nenúfares, su madre nunca cambia la expresión, hay que tratarla como si pudiera romperse. Se acerca a las piernas delgadas, pone una manito sobre la rodilla. Rodilla brillante, como una luna fría. Entonces la madre levanta los ojos y hace una media sonrisa, la acaricia, la sienta sobre sus faldas, busca los dedos de su hijita y encuentra las piedras, «¿Son para mí?, ¿son para mí, Sonieta?». Toma la mano de la pequeña y con ella se acaricia las mejillas, el laberinto de las orejas, la suavidad de las perlas, sube hasta las sienes donde la chica toca algo pegajoso. La madre acerca los labios pintados de rojo al oído de su hija y susurra: ¿Te he hablado alguna vez de la Jaula de los Gritos? Entre el pelo rubio y rizado de su madre, dos trasquilones, dos calvas. Ahí me pegan los electrodos, dice. Ahí y ahí. Suenan un ruido seco de llaves eléctricas, la luz parpadea. Gritan.

PORCELANA

*Un exilado es una persona que conoce un país capaz de hacer que todos los demás países
parezcan extraños*
Maeve Brennan, *Historias de África*

qué frío hace en algunos idiomas
Paul Viejo

Para Adriana Slemenson

Érase una vez un conde polaco llamado Edmund que emigró a Buenos Aires a mediados del siglo xx. Los rusos le habían confiscado los bienes, incluido el palacio ideado por sus ancestros en la oscilante frontera alemana. Un palacio con treinta habitaciones y cuarenta faisanes, cinco fuentes barrocas y un cenador. Un palacio con tapices de Rubens y una alfombra persa grande como un lago. Un palacio con tanta servidumbre que nadie conocía el nombre de todos y donde, para simplificar, llamaban a las mujeres con el nombre de Hania y a los criados con el nombre de Josef.

La madre de Edmund era una princesa rusa expulsada de sus tierras con la caída de los zares. En Polonia había conocido a un conde con el que se casó, sin adaptarse nunca del todo a la tosquedad de esa nobleza rural cuya biblioteca no tenía más de cinco mil volúmenes y ningún incunable. Allí soportó a su marido, allí nació Edmund, allí engañó al aburrimiento dibujando un hermoso parque con tantas especies que hubo que llamar a un botánico para que las bautizara. Con el tiempo Edmund se convirtió en un joven de porte estatuario, bellos ojos grises y manos tan finas que despertaban el deseo de acariciarlas. Había sido educado por cinco preceptores, era el mejor jinete y todo un experto en el arte de la cetrería. Cuando trepaba el monte con sus zancadas poderosas y veía al azor lanzarse

sobre su presa, sentía que él y la rapaz tenían en común el amor por la libertad y la posesión de la vasta extensión de la tierra. Además del instinto cazador, el muchacho llevaba tatuado el anhelo de convertirse en poeta y, en las bulliciosas tertulias de Varsovia, ya se hablaba con respeto de ese joven conde que habitaba en la frontera.

Entonces sucedió lo que sucedió: primero los nazis, después, los comunistas.

Así que una mañana, muy temprano, cuando todavía el invierno cristalizaba las ramas de los árboles, la familia de Edmund se disfrazó con la ropa de los campesinos. Sin perder su majestad, la madre hizo dos filas, una con las Halias y otra con los criados que se llamaban Josef, y repartió algunas monedas. Luego, como recuerdo, entregó a cada uno una pieza de la enorme vajilla de Sévres con sus brillos de oro. La pomposa sopera con patas fue para el mayordomo, para el último palafrenero, una tacita de café que parecía de juguete. A Edmund la ceremonia le pareció un ritual religioso, como si los criados estuvieran comulgando con hostias azules. Tardaría en comprender que, con esa liturgia de porcelana, le estaban amputando, a la vez, la patria y la infancia. Corrió hasta los galpones, liberó caballos y rapaces, regresó al palacio a tiempo para ver cómo su padre envolvía en una manta un candelabro de oro que, milagrosamente, atravesando media Europa, llegaría a Brasil para recalar en el puerto de Buenos Aires.

Meses más tarde, en el país más austral del mundo, Edmund descubriría qué efímero puede ser un destino milenario, qué ficticia es la certeza de que ser noble está sustentado en la sangre. Cuando vivía en Polonia, le bastaba con murmurar su apellido para que la gente se inclinara. Ahora, en esa tierra ignota, era un joven apuesto, pero pobre, un ser anónimo con un nombre impronunciable. Echó de menos sus caballos, que en el nuevo país eran sometidos a una doma plebeya, las chimeneas en las que cabía de pie, anheló la antigua costumbre de recoger setas en el otoño, añoró sus bodegas y los atardeceres de cristal, la voluptuosidad luminosa del paisaje, cuando lo esconde la nieve. Pero el dolor es un gran maestro y Edmund pronto comprendió que, en el sur del sur, más le valdría olvidar blasones, sobredorados y parterres. Ya no era un conde, sino un pobre emigrante que

tenía a su cargo a dos viejos quejosos que no le hacían fácil la existencia y vivía, no en un palacio, sino en una casa precaria en las afueras de la ciudad. Todo lo que lo rodeaba era plano y monótono, menos los cielos poderosos y el persistente aroma de la pampa. Era aquella una tierra montaraz y nueva, que no había sido fustigada por la azada milenaria de los labriegos ni peinada por el arado de los esclavos. Era la barbarie.

Con sus ancianos padres las cosas no eran sencillas. Los viejos no solo se negaban a tomar contacto con la población local, sino que además multiplicaban las conductas más bizarras. Como no tenía sombreros que ponerse, ni encajes, ni guantes de cabritilla, ni tiaras con brillantes, ni manguitos de mink, la antigua princesa rusa se negaba a salir a la calle. Su padre que, después de tanta oscuridad, había bendecido la luz austral, ahora murmuraba: *Içi le soleil c'est un enemi*. Además, en su familia nadie había sufrido el desdoro de trabajar, y él no pensaba caer tan bajo. Así que, entronizado en su sillón, esperaba que algún criado fantasmal lo sirviera y, molesto ante la desobediencia del aire, no hacía más que protestar. Edmund estaba agotado. En la casa minúscula todo el espacio de la mesa estaba ocupado por el candelabro de oro y era impensable moverlo de allí sin provocar un cataclismo de quejas. Así que, un buen día, se cansó de discutir y optó por arrastrar su cama a la cocina. Allí pasaba las noches, sin siquiera un libro para leer, y temprano, por la mañana, salía a pelear por el escaso jornal al que puede acceder alguien que no sabe el idioma.

A veces pensaba que no era justo del todo quejarse. Es verdad, su mundo había muerto, pero tenía un techo sobre su cabeza, comida suficiente y un irrecuperable pequeño capital en oro en forma de candelabro. Al fin y al cabo era joven, todo es empezar, qué le importaba el dinero y los blasones perdidos, las vidrieras emplomadas, el artesanado de los techos. Pero él era un poeta. ¿Y cómo podría vivir sin las palabras? No hay nada en el mundo más triste que un poeta sin idioma, pensó y, en ese momento de extrema lucidez, comprendió por fin la magnitud de su desgracia.

Entonces recordó que había visto, en el centro de la ciudad, altos edificios que entrelazaban sus azoteas con la maraña de los árboles. Desde allí, se dijo, podía saltar, realizando un último vuelo que lo liberara del infortunio, un vuelo poético que, como el del azor cautivo, rubricaría con belleza su penosa existencia. Todos somos mortales, pensó, tarde o temprano, la hora tiene que llegar. Así, sin dejar siquiera una nota para sus padres, se

encaminó al centro de la ciudad. Ya estaba llegando cuando pasó frente a una iglesia de la que brotaba el alegre festejo de unos recién casados. Una boda es todas las bodas, filosofó Edmund, dejándose llevar por la felicidad inaugural de los novios, mientras se detenía para admirar a la muchacha, por un instante olvidó sus desgracias. La novia era rubia y hermosa, bajo la corona de flores refulgía su piel de campesina. ¿Cuánto tiempo hacía que no tenía a una mujer entre sus brazos? Él también era joven. En la lejana Polonia, podría haberse casado con quien quisiera. Aquí, en cambio, parecía invisible. De pronto, sorprendido, escuchó:

–*Sto lat Młodej Parze!*

Como si lo hubieran catapultado hacia la otra mitad del mundo, se vio caminando en una pradera donde los campesinos segaban en las márgenes del río perforado por las truchas, rodeados por los montes con su capuchón de nieve. El palacio de la infancia, los generosos viñedos, la sombra del parque flotando en las fuentes. Se vio en las tardes de ventisca, calentándose las manos junto a la chimenea del palacio, cuando su madre era joven y su padre el dueño de todo lo que abarcaba la vista. Era la época feliz en la que tenía un idioma. Su viejo y querido idioma. Sí, alguien había deseado a los novios cien años de vida en polaco, en la recia y amada lengua de sus antepasados, ni el arquero más diestro hubiera sido capaz de clavar esa flecha de palabras en su corazón, nada podía ser casual en los últimos instantes de una vida. Muy cerca de allí, tendida sobre el asfalto, lo esperaba la ominosa sombra del edificio desde el cual pensaba saltar. En el filo de su angustia, se sentó en un banco de la plaza. Y, de pronto, todo se aclaró: era un poeta sin idioma y un noble sin blasones. O se lanzaba al aire para terminar con sus desventuras, o aprendía de una buena vez a hablar en castellano.

Dos años más tarde, Edmund había perdido a sus padres y había recobrado, en parte, su libertad. Claro que no lo alegró la muerte de los viejos, pero tampoco se entristeció demasiado, porque el ancla de esas vidas amenazaba con hundirlo. En uno de sus trabajos eventuales conoció a un hombre rico, que lo convirtió en su criado y pronto su mujer comprendió que la nueva adquisición valía oro. Por supuesto que nadie le creyó sus historias nobiliarias, todos los inmigrantes se inventan un pasado glorioso, pero lo cierto era que, en cuanto Edmund entró en las cocinas, fue capaz de modificar con mil primores sutiles los rudos platos del país. Al fin y al cabo, se dijo la

dueña de la casa, pobre y todo, un europeo es un europeo y, aunque Edmund no había cocinado nunca, era lector de Brillat Savarin y conocedor del deseo que se mueve en los fogones, su paladar estaba educado en una gastronomía propia de la nobleza, donde la brutalidad de la caza se imbrica con la laboriosa espiritualidad del hojaldre.

Al entrar en la casa de los ricos, el conde Edmund recordó cuando era dueño de un conjunto de tradiciones y costumbres, cuando poseía recuerdos compartidos, cuando no tenía que explicarle a cada persona con la que se cruzaba quién era; todo era sencillo entonces, le parecían naturales los múltiples y delicados vínculos que se tejen con las personas y con los objetos. Ahora era un ser sin raíces, sin memoria compartida, llevado por el viento, que podía esfumarse sin que nadie lo notara. Tenía que darse prisa, si deseaba cumplir sus sueños. En el nuevo trabajo, cuando sus manos revoloteaban sobre vajillas de porcelana tan fina como los párpados de una doncella, comenzó a sentirse otro. Aprendió a rellenar pavos y elevó varios centímetros la aérea gravidez del *soufflé*, desmoldó un *pâté* tan sofisticado que todavía se recuerda en las sobremesas porteñas, convirtió las ensaladas en un relajante paseo por el campo. Y, mientras cocinaba, componía unas rimas toscas como el corvón de un caballo. Aquello era más, mucho más de lo que había logrado en años pero, entre cazos y sartenes, tamices y fogones, descubría que traducir no era cambiar una palabra por otra, sino algo mucho más sutil que la salsa más sofisticada. Casi le entendían, era verdad: pero no resultaba suficiente. Ya había atravesado el umbral de las grandes casas porteñas; ahora, si quería llegar a poeta, tenía que expresarse como los que se sentaban a la mesa.

—Nunca, se dijo, nunca seré nada si no hablo como ellos. Estaré muerto si, entre la multitud inaudita de palabras análogas, equivoco mi elección.

Así que abandonó su barrio en las afueras, donde el castellano aparecía trufado con idiomas extranjeros, y alquiló una vivienda precaria en el corazón de la zona más cara de la ciudad. Aquello consumía casi todo su jornal, pero necesitaba discriminar, entre el vasto mar de los sinónimos, los matices más puros. Aprendió, por ejemplo, que no debía decir «rojo», sino «colorado», que el adjetivo «hermoso» lo herrumbraría en el destierro de los cursis y que balbucear «mi mamá», en lugar de «mi madre», era un pecado que lo condenaría al ostracismo. Cada día, al regresar a su penosa vivienda, apuntaba los matices. No debía decir «pieza», sino «cuarto», «vista» y no

«película», jamás se debía anteponer un artículo a un nombre propio y confundir el género de «calor» podía convertirlo, definitivamente, en un paria. En sus pocos ratos libres entraba en las librerías y hojeaba libros de poemas. No podía comprarlos pero, si el vendedor estaba distraído, pasaba las horas repitiendo versos sin que nadie le llamara la atención, memorizarlos era su forma de llevárselos a casa.

Cuando Edmund era ya casi dueño del idioma, sucedió algo extraordinario. En una de las cenas de la gran casa, apareció una pareja de nuevos ricos. La mujer era menuda y nerviosa, vestía de manera llamativa y se notaba a la legua que estaba acostumbrada a que se cumplieran sus menores caprichos. Su esposo, un hombretón excesivo en todos los aspectos, mayor y bastante tosco, estaba pendiente de ella y la reclamaba a su lado: «Normita, ven acá, alcánzame la copa» o «no comas eso que te va a hacer mal». La mujer le lanzaba sonrisas de niña pero luego se movía por la habitación con un desdén de reina. Cuando se sentaron a la mesa, empezó a parlotear con su tono infantil y a sacudir anillos y pulseras. Atónito, Edmund notó que trastabillaba en una de esas palabras que él ya había aprendido a evitar. Dijo «mi esposo» en lugar de «mi marido» y separó con énfasis incorrecto las sílabas de «alhelí». Era evidentemente más poderosa que todos los que estaban sentados a la mesa, pero ellos disimulaban el menoscabo de su educación con sonrisas tras las servilletas. La nueva rica hablaba sin alterarse de yates e islas, de campos inmensos donde las ovejas eran la única diversión, de viajes que no tenían fecha de retorno y en los que vivía en hoteles de lujo o casas que le pertenecían. Comentaba con la misma liviandad los últimos desfiles de moda Yves Saint Laurent que el próximo estreno en Covent Garden, enumeraba el catálogo de los remates de arte impresionista como quien detalla la lista de la compra, mientras señalaba a la anfitriona con el tenedor. Su especialidad era el arte de entreguerras:

–He descubierto a un pintor fantástico, el único surrealista argentino que se va a cotizar en el mercado internacional. Háganme caso, compren ahora cuadros de Gastón de la Plaza, no lo conoce ni su madre. Y, bajando la voz: una historia turbia, se suicidó. Drogas, seguro. Pintaba unas mariposas muy turbadoras. Se murmura que dibujaba con sangre. De pronto se contuvo y cambió de tema.

Su marido conversaba también animadamente, todos los hombres del grupo estaban pendientes de él. A unos les estaba vendiendo arte, a otros

prometía comprarles gran parte de su producción, a un tercero le ofrecía dinero para sus caballos de polo, a las damas, un aporte disparatado para obras de beneficencia. Estudiándolos desde una esquina del comedor, Edmund recordó las recepciones en el viejo palacio, cuando su madre, siempre altanera, se burlaba disimuladamente de los polacos.

Pero las sorpresas de la noche no terminarían ahí. A los postres, mientras Norma vagabundeaba por el salón casi solitaria, mientras estudiaba cuadros y objetos con ojos de tasadora, se amplió la reunión con la llegada de una mujer anciana, de aspecto imponente. Debía de haber sido pelirroja. Su pelo, recogido en una trenza todavía abundante, era de un rosa pálido, como el de un pétalo que pierde el pigmento con el sol. Tenía unos ojos vagos e indiferentes.

—¡Tía Leonora!, exclamó con una amabilidad poco sincera la dueña de casa.

La anciana hizo una mueca altiva que pretendía ser una sonrisa. Sin saludar a nadie, fue a sentarse en un sillón apartado, bebió al hilo dos copas de oporto y, cuando los hombres empezaban a fumar, se levantó y se marchó sin despedirse.

—Cada día está más rara —susurró la dueña de casa—. Mirá que presentarse sin avisar para irse así... Por lo menos se levantó de la cama...

—¿Está enferma?, preguntó alguien.

—No, simplemente se niega a salir durante meses. Y está peor desde que desapareció su nieta, era la única con la que se entendía.

Un general retirado dejó que la ceniza de su cigarro cayera en el cenicero y pontificó:

—¿Desapareció? Eso dicen todos. ¡Estará en Europa, de vacaciones! —y, por fin, añadió—: algo habrá hecho.

Edmund acompañó a la mujer hasta la puerta y, al ayudarla con el abrigo, rozó su cuello. La anciana saltó como si algo la hubiera picado y clavó en él los ojos, con la fijeza de un pájaro de cetrería. Un poco incómodo, Edmund volvió a la sala, y se mantuvo invisible en su esquina. De pronto vio que, rompiendo toda la lógica del protocolo, la nueva rica se acercaba a él para chismorrear, divertida:

—¿Sabe? Esa mujer mató a su marido. Todo el mundo lo comenta, pero no lo han podido demostrar.

Luego, bajando la voz, acercándose tanto que Edmund pudo sentir la

mezcla del perfume con la tibieza del escote: en estas casas pitucas siempre hay un cadáver bajo la alfombra.

Incómodo ante la confidencia, Edmund reprimió cualquier gesto y amagó un breve quiebre de cintura, la mejor imitación que conocía de la sumisión de un lacayo. En la vieja Polonia los secretos, si se llegaban a conocer, nunca se repetían en alto, y jamás se atravesaba ese círculo invisible, ese foso que separaba a los amos de los criados. Definitivamente, esa mujer no conocía ni las fórmulas más primitivas de la buena educación.

Norma vaciló, nunca la habían dejado con la palabra en la boca, sonrió con sorpresa, cruzó con Edmund una mirada que al conde le pareció ominosa y, apoyando sobre la bandeja su tacita de café, le dio altivamente la espalda.

A la mañana siguiente, con la fría racionalidad del desayuno, Norma había aceptado que algo no funcionaba bien en sus relaciones sociales y que se imponía un rápido viraje, un cambio de enfoque. Es cierto que los salones porteños le parecían soporíferos pero, si no lograba enderezar esas sonrisas torcidas, nunca sería aceptada. De nada valían modelos y cultura, de nada los viajes más exóticos, aquella gente la medía con la vara de sus propios códigos y normas no dichas que, para la joven Norma, eran indescifrables. Miró su guardarropa frunciendo la nariz, los escotes excesivos, los colores chillones. Tenía una mentalidad práctica, que la hacía ver los problemas desde la perspectiva de sus soluciones y en la cena había comprendido también el enorme servicio que ese majestuoso criado podía proporcionarle. Era, ante todo, una mujer de negocios, qué le importaba cambiar de táctica, dar un volantazo de noventa grados. Si quería progresar, no podía permitirse errores, estaba tan segura en sí misma que aquello no era más que aceptar una farsa que tendría que aprender a representar con la mejor de sus sonrisas. Así, mientras se soplaba coquetamente el esmalte de las uñas, decidió confiar su futuro a un buen maestro.

Al día siguiente, Edmund recibió una propuesta laboral sorprendente. «Doblabamos su sueldo», decía, zalamera, la señora Norma. Y también «No se arrepentirá». Sin saber casi de qué se trataba, aceptó el trabajo, ya nada podía variar la rutina de un hombre cuya verdadera vida comenzaba al final de la jornada cuando, lejos de tareas y señores, regresaba a su minúsculo departamento y, sobre la mesa en la que todavía descansaba el candelabro de oro, reescribía sus laboriosos poemas.

Así que pasó al servicio de la señora Norma y, el ya reconocido conde, con sus guantes blancos, supervisaba la organización de la casa y de las cocinas. Al atardecer abría solemnemente la puerta a los invitados como si fuera un mayordomo y, por fin, a la hora de la cena, se sentaba a la mesa con su aspecto de patriarca, con gestos refinados, dirigía la conversación con un lenguaje, una cultura y unos modales tan perfectos que solo eran posibles en una casa de la nobleza europea. Norma estaba encantada. Pidió a su joyero que volviera a acuñar el *chevalier* con sello de la familia polaca y disfrutaba cuando veía refulgir, en el meñique del conde, la alcurnia envidiada por todos, esa elegancia milenaria que flotaban por encima de copas y servilletas. Edmund era siempre discreto y a la vez presente, delicado y distante, un anfitrión que decía siempre lo que había que decir y que llevaba las conversaciones a un nivel perfecto de grandiosa banalidad.

Años más tarde, toda la sociedad porteña había aceptado al conde Edmund como a uno más y, si bien no le hacían demasiado caso, tampoco a nadie le llamaba la atención su presencia, incluso se lo invitaba a las grandes fiestas como si, tácitamente, se hubieran adecuado al extranjero. Bajo sus discretas enseñanzas, la bella Norma sofisticó sus modales, se alargó las faldas, rebajó tacones y brillos y aprendió, por fin, a pasar desapercibida, a no exhibir su cultura y a actuar con la armonía de un bonito decorado. Y, cuando las visitas se alejaban, cuando los compromisos y *kermesses* la dejaban en paz, cuando se libraba de las soporíferas partidas de *bridge*, volvía a ser ella misma y, desde su sillón, los pies sobre la mesilla, fumaba largamente un último cigarrillo, mientras contemplaba, con la satisfacción de una gata persa, cómo su marido, cada vez más viejo, cada vez más rico, se enfrentaba con el conde polaco en una sempiterna partida de ajedrez.

Edmund ya era viejo cuando publicó, por fin, un libro de sonetos perfectos, que pudo editar gracias a sus ahorros, del que vendió muy pocos ejemplares.

Su nueva y relajada vida le había permitido mantener relaciones intermitentes con la hija de los porteros de su edificio. Con ella tuvo un hijo y, aunque nunca decidió casarse, lo reconoció, dio nombre, título y apellido. Como llamarse «Edmund» era extraño, en el colegio sus amigos lo llamaban Edi.

Así que Edi, a la muerte de su padre, abandonó la portería en el centro

de la ciudad y alquiló una casita en las afueras, con un huerto y un pequeño jardín. No había heredado el porte de su padre y lo que en él había sido majestad, en Edi era imprecisión, demasiado rubio, demasiado lampiño, con unos ojos glaucos que parecían vacíos. Nada sabía de condes ni de comunistas y pasaba los domingos oyendo fútbol o viendo crecer los tomates y las semanas trabajando en una ferretería, que había logrado abrir con los ahorros de su madre. Una mañana, el cartero le trajo un sobre muy abultado con sellos incomprensibles y membrete del gobierno de Lech Walesa. Hizo traducir pliegos y formularios para descubrir que se trataba de una opción muy conveniente de compra de un viejo palacio en la frontera, del que alguna vez le había hablado su padre y que ahora, con la caída del comunismo, volvía a convertirse en propiedad privada. Pensó en el conde Edmund y en esas historias que él creía falsas y sintió que le debía a su padre un cierto homenaje, una cuota de justicia.

Aunque era un hombre sedentario, se decidió a partir. Al fin y al cabo, pensó, todo el mundo tiene derecho a una aventura en la vida. Vendió el candelabro que había heredado y sacó un pasaje a Varsovia. Allí lo recibieron un funcionario del primer gobierno democrático del país quien, en un castellano imposible y retórico, le cantó las loas de la economía de mercado y, tras un ramo de margaritas, un primo muy lejano con aspecto de borrachín, dos ancianas sonrientes con las que casi no se podía comunicar, con los ojos del mismo color que los suyos que dijeron ser sus tías. En un sinfín de abrazos, las viejecillas lo invitaron a comer, le sirvieron unos arenques con pepinillos y pan negro que al joven le parecieron intragables. Pero nadie lo acompañó hasta el palacio de la familia, donde le abrieron el portón descendientes de los antiguos servidores que lo esperaban con actitud de respeto.

Y ahí estaba Edi, frente a un palacio al que le faltaba poco para derrumbarse. Había sido primero un asilo para huérfanos, luego un emplazamiento militar, por fin abriría sus puertas para recibir a cuanto desgraciado de la zona necesitara cobijo. Evitando las últimas placas de un hielo que se resistía a la primavera, entró en la casa, subió por una desmesurada escalera a la que faltaban varios peldaños y llegó hasta lo que había sido la biblioteca y que era, ahora, un depósito de forraje para las bestias. No quedaba ni restos del artesanado de madera, ni bronces, ni dorados, habían sido arrancadas puertas y ventanas. En las paredes, los

huecos de los espejos mostraban sus gigantescas caras ciegas. Al llegar a las habitaciones del último piso del ala norte, vio que alguien había cocinado sobre las baldosas. En esos días, el nuevo gobierno intentaba realojar a la población de miserables que malvivía allí. Se oía llanto de niños, carreras de madres que intentaban alcanzarlos, algunos hombres improvisaban maletas mientras recogían lo último que quedaba del destrozo. Afuera, a la sombra de los árboles centenarios que empezaban a brotar, pernoctaban familias en camionetas sin ruedas.

Cuando dejó el palacio el crepúsculo disolvía la inmensidad del parque. Divisó las cruces de un cementerio disperso, probablemente ocupado por soldados caídos en combate, por huérfanos que no habían sobrevivido a las penurias. Muertos quién sabe de quién o de dónde. Anónimos. Sin fecha. Quizá allí dormían, también, algunos de sus antepasados, entre fuentes sin rostro y estatuas degolladas. Pero todo aquello, si bien era parte de su historia, no le decía nada, atónito Edi se dio cuenta de que mucho más le importaba el huerto y sus tomates que el sueño nobiliario de recuperar esos bienes. En realidad, se dijo, el anhelo que lo había acompañado durante el viaje resultaba absurdo, eran los sueños de otro hombre, del parsimonioso conde Edmund, quien nunca había sido demasiado cariñoso con su hijo pero a quien, en el fondo, quería. En el crepúsculo blanquecino, tiritando de frío, Edi pensó que, si algún homenaje podía hacer a ese padre lejano que le había legado un pasado imposible de compartir, era el que había imaginado en Buenos Aires, cuando todavía estaba envuelto en la esperanza de que el destino le permitiera habitar alguna esquirla de su estirpe. Cerca de lo que había sido un cenador, cloqueaban indiferentes las gallinas, un perro se acercó sumiso, hasta lamer su mano; en el cielo, casi anochecido, le pareció divisar el majestuoso giro de un azor.

Había restos de envases de plástico esparcidos por todas partes, botellas rotas, muebles podridos. Buscó hasta encontrar una piedra del antiguo cenador y golpeó la tierra hasta hacer un hueco que levantó, con el aroma del campo, una mezcla de humus y hojas podridas. Entonces sacó de su bolsillo el volumen que traía desde Buenos Aires y, entre la hojarasca y el barro, en esa tumba improvisada, enterró un ejemplar del libro de sonetos. Cuando estaba tapando el hoyo con el tacón, cuando la tierra empezaba a hacerse cargo de letras y palabras, el nuevo conde descubrió, entre la hierba, un brillo insólito, un reflejo azulado. Se agachó para ver qué era. Cubierta por las setas

que pujaban por nacer, rodeada por la alegre danza de las lombrices, emergió una tacita de café de porcelana, pequeña como si fuera de un juego de muñecas, con los bordes sobredorados, que la piadosa indiferencia del tiempo había preservado para él, como si lo invitara a compartir una sobremesa de fantasmas.

INTERFERENCIAS

Para Carmen Valcárcel

A mí, lo que me va, es la demonología, le solté a la médium en cuanto me abrió, y ella debía de estar acostumbrada a los exabruptos de sus clientes porque solo extendió la mano y contestó: «Rayja, para servirla». En la puerta decía «Rayja, taumaturga», lo que le daba un aire profesional a la cosa, luego juntó las manos sobre el regazo y me dejó hablar. Sí, continué, lo que me va es la demonología, porque el finado era más malo que Satán, me vació la cuenta del banco y me dejó plantada en Madrid con los tres varones. Con su cara de oriental, la médium me miró impertérrita. Parecía muy experta, y honesta, lo noté en cuanto me contestó que ella no sabía de diablos ni luciferos, como mucho, si no había viento, podía invocar a algún espíritu que venía oliendo a azufre, pero no era tema suyo a dónde se los había llevado la Parca. Dijo «la Parca» como quien dice, «la Petra», o «la Juana», y eso me gustó, por el aire natural que le daba al asunto, una siempre tiene sus prejuicios con estas cosas. Lo curioso de la médium era su aspecto maternal, como si se pasara el día haciendo mermeladas o tejiendo calcetines, la imaginé viviendo en un país con nieve, iba bien con su nombre, Rayja calentita junto al fuego y la imagen bucólica, después de tantos meses en tensión, hizo que me aflojara, así que, como si alguien hubiera abierto un grifo, me largué a llorar, entre hipos le solté lo de mi Vicente. Rayja me tendió un pañuelo de papel que parecía tener preparado en una cestita de ganchillo y esperó con paciencia a que me calmara. Después, me preguntó si había traído alguna prenda del difunto. No, le contesté, el muy cabrito me dejó sin nada. Y ella: ¿cuáles eran sus preferencias? Todavía moqueando empecé a describir su gusto por el tinto de verano y la oreja a la vinagreta, la vuelta ciclista y el Real Madrid, y se ve que con la pena se me había quitado el pudor porque se me ocurrió que podía tener algún interés su gusto morboso por los pechos grandes. Seguro que se fue al Caribe, le dije, sin contener la llorera, ahí todas las mujeres tienen los pezones como chupa-chups. La

médium volvió a estudiarme con pena y me hizo sentar, y venga los pañuelitos extendidos mientras escrutaba mi pelo rubio de ratón, mi cuerpo de adolescente vieja. Y luego soltó: ¿está segura de que su marido está muerto?, mire que aquí solo se personifican los difuntos, y yo, venga quien venga, cobro por horas, no vaya a ser que tire el dinero. Seguro, le dije, aunque no sé si vendrá, estamos tan lejos, y el finado desapareció en Madrid, aunque me imagino que con las ánimas el transporte no importa. ¿Y qué hace usted tan lejos de su tierra, en pleno barrio de Belgrano?, se sorprendió, los ojitos como rendijas, mire que esto está, como quien dice, a donde el diablo perdió el poncho. Y yo: es que me da pena que no descansa en su tierra, toda su familia es de Castilla-La Mancha así que, cuando recibí ese certificado de defunción de un pueblito perdido de la Patagonia, decidí tirar la casa por la ventana y venir a buscarlo a la Argentina. ¿Queda muy lejos la Patagonia? En el mismísimo culo del mundo, soltó la médium, luego se tapó la boca, como si se le hubiera escapado. Entonces metí la mano en el bolso y saqué los certificados, los estudió en detalle sacudiendo la cabeza, me hizo pasar a una salita muy coqueta, con sus cortinas floreadas, donde había un aroma intenso a jazmines, y tapó con una manta la jaula del canario. Qué bien que huelen los muertos, le comenté. No siempre, refunfuñó, no siempre, si supiera lo que gasto en ambientador. Pero ahora necesito un poco de silencio. Entonces empezó con su parafernalia. Me tomó las manos por encima de la mesa, que también tenía un tapete de ganchillo, y yo sentí las suyas, muy secas y calientes, como brasas. Cerré también los ojos, volví a imaginarla como en otra dimensión, esta vez en un trineo, sobre la nieve, con una niña a su lado. La niña se llamaba Lyuba, y Rayja la había ido a rescatar, las dos lloraban como si algo muy grave hubiese sucedido, pero en mitad de mis ensoñaciones se rompió el silencio y la médium se puso a rezar en un idioma extraño. Digo yo que rezaba, pero vaya uno a saber, la cosa es que empezó a taconear sobre el parquet como si fuera una flamenca y eso me distraía un poco, luego pareció que entraba en un sueño profundo. Ya estaba anocheciendo, la penumbra hacía que me sintiera en otro planeta y, para colmo, mi silla tenía una pata floja. La médium volvió a hablar y me puse a pensar que, en esa jerga, era difícil que apareciera mi Vicente que, para los idiomas, era un negado. De pronto la médium abrió los ojos como no creí que pudiera hacerlo una asiática y empezó a revolverlos. El canario se puso a cantar en lo oscuro, desde algún lugar venía un aroma como de azúcar quemada. Yo quería

recuperar mis manos, pero la médium me tenía atrapada y succionaba mi energía por encima de la mesa, sentía como que toda mi sangre se estaba apelotonando y se iba a volcar sobre el mantel. Una idea estúpida, lo sé, mi marido nada tenía que ver con la sangre, a menos, pensé temblando, que me lo hubieran asesinado. Y entonces la médium gritó que estaba llegando el espíritu de una mujer que venía vestida con un delantal a cuadros, como para hacer la limpieza. ¿La conoces?, me preguntó. Ni idea, le contesté, y entonces la médium la interpeló con un tono imperativo: ¿Quién eres?, y ella, como si la hubieran pillado distraída: «la dueña de la pensión donde vivía el marido de esa desgraciada». «Desgraciada», dijo, refiriéndose a mí, y me pareció una impertinencia, pero la muerta no era lo que se dice una dama, tenía una vocecita siniestra que te ponía los pelos de punta. Háblale, pregúntale lo que quieras, me ordenó la médium que, de pronto, se había vuelto muy autoritaria. Como no me gusta darme con desconocidos, empecé medio tímida a hacerle preguntas. Primero que cómo estaba, y me soltó «y a vos qué te importa», con lo que me di cuenta de que, española, no era. Luego quise saber cómo era que mi Vicente había llegado hasta la Patagonia, si era más urbano que un chicle pegado en el asfalto. La muerta contestó con su tonito desagradable que ella no se metía con la vida de sus huéspedes. Entonces le pregunté si no me había dejado nada. Sí que dejó, respondió furiosa la muerta, lo que dejó fue la cuenta sin pagar, y a ver quién se hace cargo ahora. Entonces quise saber cómo había muerto, y la dueña de la pensión empezó a gritar que la difunta era ella y que me fuera a la mierda. Noté que a la médium le costaba repetir la palabra «mierda», pero seguía ahí, aferrada a mis manos, con la muerta montada y yo si nada más que preguntar. De pronto, se me ocurrió: ¿y cómo tiene usted los pechos? Y la difunta, con un tonito entre petulante y grosero, contestó: ¡como melones! Justo en ese momento fue cuando vino esa interferencia como de líneas telefónicas que se cruzan y, sobre la voz de la dueña de la pensión, se solapó la de otro difunto que dijo que se llamaba Héctor Lejárrega-já-já, y cada vez que pronunciaba su nombre parecía que la médium se moría de la risa. Tenía tal tufo a naftalina que le tuve que pedir a la mujer que abriera las ventanas. Ni loca, soltó ella, saliendo por un minuto del trance, con una voz de lo más normal, ni mamada, si me entra un hilito de viento se me vuelan las almas, y me dio un ataque de risa porque la imaginé con la aspiradora y todos esos fantasmas afinándose por el tubo pero, por suerte, me controlé, creo que eran los

nervios. Entonces la médium me soltó las manos y empezó a retorcerse. «Soy Lejárrega-já-já» gritaba el difunto con una voz cavernosa, «y me han asesinado. Quiero justicia y no la quiero». ¿Y quién te mató? «No fue hombre ni mujer», declamó, haciéndose el interesante. Y ahí mismo, cuando parecía que iba a continuar para darle sentido a la sentencia, se solapó la voz con la dueña de la pensión, que empezó a reclamarme el dinero. No voy a pagar las locuras de ese desgraciado, le solté, y entonces la pata floja de la silla pareció bambolearse. Para qué. La dueña de la pensión, como si interpretara el movimiento de la silla como un intento de huida, gritó que ese hombre no estaba solo, y me debe lo que vale una cama de matrimonio con desayuno inglés. ¿Qué es el desayuno inglés?, dije yo, y ella me contestó, con una voz de lo más profesional: café o té con huevo frito y panceta, salchicha criolla y tostadas, el jugo de naranja es natural. Qué asco, pensé, y luego, en alto, ¿Y para qué mierda quiere el dinero, si está muerta?, grité llorando, loca de celos, mientras perdía, a la vez, el equilibrio y la compostura, a mí el difunto nunca me había llevado ni a la esquina. La muerta pareció pensárselo y se hizo un silencio. Otra vez volvió el olor a mermelada y me dio pánico que se apersonara algún difunto más, porque en estas cosas, como en la cama, más de dos es multitud, pero el aroma parecía venir de la cocina. Entonces reapareció Lejárrega-já-já con su retintín: «no fue hombre ni mujer», y también «quiero y no quiero que se haga justicia. Quiero y no quiero». Qué muerto más indeciso, me dije para mis adentros, lloriqueando todavía porque imaginaba a mi Vicente con el culo en pompa y los morros hundidos entre las tetas de la dueña de la pensión. La médium bizqueaba agotada, tantas almas dando vueltas por ahí por el mismo precio y no estábamos sacando demasiado en limpio. Estoy harta, pensé, harta de los engaños de ese cabrón, aquí no hay más que malas noticias y he hecho un viaje inútil, me voy a donde no oiga más a ese canario de los cojones que canta con la luz apagada. El bicho pareció oírme, y también el muerto, porque escuché un revoloteo de plumas, como si lo estuvieran acogotando. El azúcar mezclándose con la naftalina, las plumas sanguinolentas con el aroma del jazmín, los dos muertos gritando. Y, como si solo eso faltara, la médium se tiró al suelo y empezó a retorcerse, la piel de la cara se le puso tensa y como cerúlea, muy pegada a los huesos y empezó a soltar una especie de dentífrico por la boca, me pareció que iba a quedarse tiesa pero no, como si no hubiera pasado nada, justo cuando dieron las en punto se levantó, fue hacia el espejo y empezó a

retocarse el maquillaje. Es la hora, dijo entonces, espero que le haya servido de algo lo que oyó. Cuando le pagué, con una voz de lo más profesional, añadió: muchas gracias. Y luego, con un tono distinto, muy bajito, como entre nosotras; mire, yo tiraré esos papeles, son todos falsos. Si me lo permite, le voy a dar un consejo: no se vaya hasta la Patagonia, ese hombre no vale nada. A menos que le gusten las bellezas naturales, en estos días el glaciar se derrumba y es todo un espectáculo. Y dejó caer en mi mano, que ya se extendía para saludarla, la dirección de un hotel económico y la tarjetita de un guía.

VERANO

Yo es otra persona.
Arthur Rimbaud, *Iluminaciones*

*Para Pilar González Bernaldo y Teresa Parodi,
por su colaboración involuntaria en esta historia*

Querida hermana: había quedado en visitarte este verano en Cambridge pero una amiga me pidió que le cuidara la casa y el gato y no me lo pensé. Dirás que los gatos no son lo mío, pero era la oportunidad perfecta para trabajar en mi libro y, cuando tú y yo nos encontramos, no hacemos más que charlar. También podrías acercarte, hay sitio de sobra, el lugar no puede ser más agradable. Estoy en el centro de Francia, en un caserón con techos de paja, jardín y pileta. A ti te gustan los gatos, sabrías qué hacer con Buba, solo quiere estar conmigo de noche y yo detesto que se suba a la cama. Los vecinos deben de ser incorpóreos, hay portones que se abren para dejar salir coches fantasma, apenas si he hablado con la pareja de viejos que vive enfrente y vende huevos y aves. Ella es mucho más corpulenta que su marido, con un esqueleto que le queda grande, él, bajito y simpático, habla hasta por los codos, aunque no le entiendo nada. La casa está en orden, no tanto como para resultar asfixiante. Odio esos lugares en los que mover un plato supone un derrumbe cósmico, mi amiga sabe vivir bien, rodearse de cosas bonitas y, a la vez, compartir lo que tiene. Qué difícil resulta este equilibrio. ¿Verdad? Desde mi habitación, a lo lejos, sobre el horizonte plano, veo la catedral de Chartres, nítida como un recortable.

«*Je suis en panne*». Qué profeta me enseñó esta frase salvadora. Voy al supermercado y, cuando quiero arrancar el coche, el motor carraspea. No hay autobuses ni nada por el estilo, así que voy repitiendo *je suis en panne* a quien me quiera oír, hasta que un alma piadosa me acerca a Maintenon. Tenía

muchos proyectos para mi primera visita a Maintenon: el castillo, dar un paseo bordeando el río, un pan de brioche, pero me tocó sentarme en un bar y esperar un taxi. Llevaba mi cuaderno, así que aproveché para tomar unas notas. De paso aprendí que el café, como a mí me gusta, se llama *démi crème*. Un dato esencial, no creas. Pasó una hora, luego dos, esperé tranquila con la idea tópica de que en Francia todo funciona, estaba oscureciendo cuando volví a llamar a la empresa. Del otro lado de la línea alguien repetía (eso sí, con un tono amabilísimo) *désolé, madame* y corté con tal cara de espanto que la camarera me preguntó qué me pasaba. *Je suis en panne*, repetí, y luego, casi llorando, *pas de taxi*. Hubo un pequeño conciliábulo y, de algún lugar, emergió un joven árabe con un coche, me parece que es pariente del de la frutería, olía a sudor y a alcohol rancio, se rascaba la melena rizada como si se estuviera despertando de la siesta. Pactamos un precio delirante y me acercó al pueblo a una velocidad que te hubiera puesto los pelos de punta. Querida hermana: imagínate en mitad de la nada, un rap a todo volumen, y un desconocido. Le pedí que me dejara cerca de la iglesia, no me pareció prudente que supiera dónde vivo.

Le doy de comer a Buba, que me estudia con esas miradas aviesas de los gatos, durante tres o cuatro horas me concentro en mi libro, espero para darme un baño en la piscina. El vecino de la izquierda enciende el motor de la segadora, es lo único que se escucha en la tarde azul. Trabajo mucho, ceno poco, me hundo en una novela, subrayo. Cuando baja el sol no me animo a pasear sola. Hay una bicicleta vieja, si le inflo las gomas la puedo usar. Tengo que ir al mecánico, así que llamo al chico del coche y lo cito en la iglesia. Llega temprano y sonriente, con una camisa impecable, se toca el corazón y dice «Kamil». Yo hago un gesto con la cabeza, pero no le digo mi nombre. Durante el viaje pienso que me he convertido en una mujer madura y desconfiada, en una torpe sentimental. No me gusto.

Visita a la casa de Proust en Illers-Combray. Una guía animosa, con brazos como jamones, explica que es a partir de estos recuerdos que surgió *La recherche*. Recuerdo una frase: «La iglesia y Combray entero (...) va tomando forma y consistencia, sale de mi taza de té». Cuánta delicadeza. Regreso llena de preguntas. ¿Escribimos para atrapar el tiempo? ¿Sobre la vida que pudo ser y no fue? ¿La que no nos atrevimos a llevar a cabo?

¿Frotamos una lámpara maravillosa y salen de allí nuestros recuerdos? El libro que estoy terminando tiene mucho de autobiográfico, por momentos me cuesta escribirlo, claro que yo no bebo té como Proust, sino Coca-Cola Light, así no se va a ninguna parte. La otra atracción del pueblo son las magdalenas. Compro una caja, me las voy comiendo en el coche, a ver si estas píldoras de dulce harina literaria me agilizan el cerebro. El camino atraviesa bosques y campos de trigo, plantaciones de colza, máquinas enormes peinan el campo en ocres y dorados. Me encuentro soñando con dejar la literatura para dedicarme a las plantas, no se me ocurre nada más placentero que cultivar un jardín. ¿Serías capaz de abandonar tu trabajo por algo tan nimio como cuidar un jardín? Es curioso que hayamos hecho tantas cosas juntas para luego tener una vida tan diferente. Tú, con todos los honores, en la *high table* de Cambridge. Yo, con mis libros, aceptando, a veces con tristeza, que en España nunca dejaré de ser una extranjera. Como si alguien las convocara con un silbato, las nubes se agrupan de pronto, no se puede salir sin paraguas. Decido pasar por Maintenon para borrar la mala experiencia, maldita harina de Proust, ahora no puedo parar de comer, yo, hermana, lo confieso, soy adicta al azúcar, necesito pincharme en vena una docenita de *macarrons*. Cuando entro en el almacén me encuentro con Kamil despachando, se pone contento y me extiende la mano. Una mano caliente, un poco transpirada, demasiado firme para mi mano indecisa. Ni él ni yo hablamos francés pero, de alguna forma, nos entendemos. Siento que me mira y, avergonzada, reemplazo los *macarrons* por fruta. Para paliar mis culpas, lo invito a tomar una cerveza. Dice que no. De pronto, está lloviendo. Para no mojarme, me cubro con la chaqueta, corro y llego al coche justo antes de que el agua me cale.

Sé que ya no se escriben cartas a mano y yo aquí, con mi pluma y estos papeles, justificándome con que nosotras nunca tuvimos charlas apresuradas. ¿Recuerdas cómo conversábamos, de cama a cama, en la enorme habitación de «Los naranjos»? ¿Los ruidos de la noche? ¿El aire que inflaba las cortinas? ¿Los pasos insomnes de abuela Leonora, en el piso de arriba? ¿La violencia de mamá? Sí, mamá. Y así, en esta noche larga que ya sé que va a ser insomne, empezamos a conversar sobre un tema que las dos hemos estado soslayando. Tenías un congreso cuando pasó todo y es muy propio de ti no preguntar, pero debo contarte cómo murió mamá, sé que las dos queremos

hablar de ello. No te estoy echando nada en cara, para los que vivimos fuera es difícil despedir a nuestros muertos, son duelos recortados, a la distancia, y mi decisión de viajar a Buenos Aires fue casi egoísta, mamá estaba tan perdida que una valía por las dos, es lo bueno de ser mellizas. Fue triste y raro. Y tuvo también, como siempre con mamá, sus aspectos de sainete. Casi había perdido la cabeza y, en los últimos tiempos, se reía a carcajadas (mamá siempre fue tan de risas extemporáneas) o se agarraba unas rabetas tremendas, no había manera de que entrara en razón. Luego vinieron unos días extraños, en los que le dio por gritar que había matado a su padre. La enfermera le daba más y más sedantes pero no se calmaba, pedía gritos algo para beber. Entonces, ya harta, me senté a su lado y decidí seguir su juego, ya sabes qué poco me impresionan las locuras ajenas, siempre me ha gustado mantener conversaciones absurdas. ¿Y cómo fue que lo mataste, mamá? Y ella, con una voz casi de niña: «con un revólver de cachas de marfil». «¿Y cómo fue que el arma apareció en la mano de tu padre?» y ella, bajito, como quien cuenta un secreto: «se la puso mi mamá, con su vestido blanco». Te digo que la escena era como de película de miedo y, a la vez, tan real que me hizo estremecer. Espero que no sea cierto que los niños y los locos dicen la verdad, no me imagino a la abuela Leonora escondiendo un revólver en la faltriquera (qué palabra, de dónde la habré sacado) para colocarla luego, primorosamente, en manos de un difunto. Imposible. ¿O no? Al final terminé diciéndole sí, mamá, ya sé que fuiste vos, pero no te preocupes, ha pasado mucho tiempo y todo está perdonado. Ella, en lugar de calmarse, gritó que no tenía perdón y se puso a llorar a los gritos. Como no había manera de calmarla, se me ocurrió decirle:

—Es cierto, mataste a un hombre, pero eso fue hace muchísimo tiempo y era un hombre malo. Además, no era tu padre.

¿Por qué dije eso? No tengo ni idea, pero la ficción siempre consuela. ¿Te imaginas a la abuela Leonora engañando a su marido? ¿Escondiendo un crimen? Pobre abuela. Lo cierto es que mamá se quedó tranquila, como un culpable que lanza el peso del pecado hacia las espaldas ajenas y se relaja en la contrición. Sí, era malo, repitió, con su voz infantil. Mi papá era muy malo. Y dejó de llorar. Los médicos son demasiado rígidos, al fin y al cabo, ¿qué mal podía haberle hecho un whisky a una moribunda? Al día siguiente me preguntó por Sonia. Y Sonia, ¿por qué no viene a visitarme?, repetía, enojada. Insistió tanto que, esta vez, me hizo llorar. Con los años que han

pasado y todavía no acepto la muerte de nuestra hermana, no he digerido el estado de carencia perpetua al que nos llevó todo aquello. Seguí mintiendo y le dije que pronto vendría a buscarla, parecía una sesión de espiritismo, estoy segura de que a Sonia le hubiera hecho gracia. Luego le conté que había perdido su sombrero. Ah, qué suerte, contestó. Era horrible. De pronto me miró con sus ojos atónitos y me hizo una última pregunta:

—¿Y esto era todo?

Un rato más tarde entró en coma y, desde esa negrura, pasó a otra aún más profunda. Sin dolor, más tranquila de lo que jamás la había visto, fue su manera de irse. De irse, qué tontería, como si se hubiera levantado de la cama para salir de paseo, ella, que no se movía del sillón. Cumplí con las formalidades, firmé lo que había que firmar y, dos días más tarde, ya estaba de regreso en Madrid. ¿Sabés que, al final, mamá confundía tu nombre con el mío? Mi querida hermana, no te sientas mal, de alguna forma, estuvimos las dos.

Anoche, después de escribirte, volvió Sonia. Es un sueño recurrente que, más o menos, sucede así: voy hacia alguna parte, (¿has visto que en los sueños nunca estamos quietos?), y ella aparece diciendo «no sabés cuánto he sufrido». Entonces le pido que me cuente qué le hicieron. En la calle aparece una multitud, la pierdo. Entonces despierto. Lo curioso de este sueño, que lleva décadas repitiéndose, es que, cuando regresa, sé que mi vida va a cambiar. La primera vez fue cuando desapareció, aunque decir «desapareció» convierte la barbarie en el truco de un ilusionista. Entonces vos y yo (en este recuerdo no podría decir «tú y yo», cómo se solapan los castellanos, imposible encontrar una lengua que lo abarque todo) tú y yo nos tuvimos que exilar. Yo soñaba todos los días con Sonia. Vos estabas en Inglaterra, yo en Madrid. Luego te casaste, yo también. Tuvimos hijos. Fuimos profesoras. Historias simétricas, de gemelas. Yo me separé. Vos no. Siempre he sido un caos y vos, la mujer más ordenada del mundo. Sos la melliza exitosa, yo, la que avanza a trompicones. Querida hermana, ¿no sientes que todo sigue sucediendo? ¿Que Sonia, desde algún sitio misterioso, no puede cesar de gritar? Sobre el horizonte la luz sanguinolenta del alba ilumina la catedral. Es mejor que intente dormir.

Suena el timbre y es Kamil. Le abro con desconfianza, luego

comprendo que me trae el pedido del almacén. Incómoda, porque ahora sabe dónde vivo, me parapeto tras lo políticamente correcto y lo saludo con un *assalamu alaikum*, que es lo único que sé en árabe. Solo Buba es espontánea, ronronea contra sus pantorrillas desnudas. No me contesta, deja las cajas en la cocina y recorre con la mirada el resto de la sala, fija su atención en el gran televisor, en el equipo de música, en los ordenadores. Abre una navaja y empieza a limpiarse las uñas. Asusta.

Esta semana he terminado casi diez páginas que me convencen, ya te pasaré el manuscrito para que me des tu opinión, te va a divertir reconocer la historia de nuestra familia convertida en cuentos. Escribir me agota, así que me premio con un viaje a París, apenas una hora de tren y a esnifar contaminación, tanta vida sana es nociva. Tía Fernanda ha insistido en que la visite. Me gusta encontrarme con ella, es la única de la familia que ha sabido vivir con inteligencia. En cuanto la recuerdo me veo susurrando mi propia oración laica: «Bienaventurados los felices, porque de ellos será la sabiduría». ¿O será al revés? ¿Bienaventurados los sabios, porque de ellos será la felicidad? Tía Fernanda abre la puerta y me abraza con todo el cuerpo, sabes que odio los abrazos, pero a ella se lo permito. Sigue en esa casa preciosa que heredó de su padre, ¿la recuerdas?, en Les Marais, con sus cortinas de seda amarillas, pero ha cambiado los muebles por otros modernos, livianos. Ah, las cortinas, se asombra, cuando las elogio, ¡qué memoria! Claro que no son las mismas, claro que estas son nuevas. Quería que algo quedara igual, el alma de las casas, ya sabes. Mira lo que he encontrado. Y me muestra una pajarita hecha con un papel bellísimo, con caracteres japoneses. La guardó mi padre cuando restauró la casa, dice, un milagro que se haya salvado. Luego me pregunta por ti y, cuando le explico lo importante que eres, quiere saber si sigues casada con un japonés. Sí, le digo, llevan años juntos, creo que son razonablemente felices. Y ella: no entiendo cómo se puede estar toda la vida con alguien tan diferente, con la edad se vuelve a los orígenes. Tía Fernanda cambió a Raymond, su marido francés, por Bruno, y lo decidió cuando ambos habían pasado los setenta. ¿Recuerdas a Bruno? ¿Los veranos en «Los Naranjos», cuando Fernanda y él se escondían para besarse? ¿Nuestra admiración por ella, tan hermosa y libre? Fernanda era lo único que brillaba en ese mundo gris. Me gustaría escribir un cuento que hable de lo que sienten las niñas por las adolescentes hermosas. Eso sí que es

deseo, y no lo de Nabokov. En la sala estaban los dos esperándome, contentos como chiquillos. Es un placer verlos conversar ahora, parecen esas criaturas que mantienen diálogos en paralelo, no importa lo que cada uno diga o conteste, todo pasa más allá de las palabras. Bruno está sordo y ha menguado, o me lo parece, suele suceder con los adultos a los que conocemos desde siempre. Vive la mitad del año con Fernanda, luego regresa a Buenos Aires, donde cuida a su mujer, que está muy enferma. Cuando se encuentran en París, repasan todo lo que ha sucedido desde la última vez que se vieron. Ahora, por encima de sus copas de vino, se miran a los ojos. ¿Estás bien así?, le pregunto a tía Fernanda, cuando Bruno no me escucha, ¿no te duele compartirlo? Sacude su preciosa melena blanca y estira las piernas, esas largas piernas fuertes que envidiábamos y de las que todavía está orgullosa. Levanta los hombros, sonrío. Sentada en el sillón, se abraza a sus rodillas. En esa postura, parece una muchacha. Piensa, y luego dice:

–Esta es la mejor época de mi vida.

Regreso al pueblo muy tarde y Buba me escruta con esa mirada de superioridad de los gatos. Organizo la compra que todavía está sobre la mesa, me digo que tengo que moverme más, salir de la rutina me ha dado nuevas ideas. Apunto una cita que me gusta: «Vive siempre como si el mundo fuese a explotar bajo tus pies». Se la decía su madre a Margaret Mitchell, la autora de *Lo que el viento se llevó* cuando la llevaba, de niña, a visitar las ruinas de las grandes casas del Sur. Pienso en nuestro mundo, que también se desvaneció, en esa infancia que nadie entiende y que solo puedo compartir con vos. Es de noche. Salgo al jardín, absorta ante el aluvión de estrellas me tiendo en el césped. Es la noche de San Lorenzo, con cada meteoro que cruza el cielo, pido un deseo. Cuando siento la humedad del césped, vuelvo a la casa y reviso mapas. Decido salir mañana temprano, a la deriva.

Pueblos que casi no están en el mapa. Voy perdiéndome hasta Bois Richeux, donde encuentro a un anciano que cuida de un jardín medieval, no alcanzo a darme cuenta de si es el dueño o el jardinero. Vive mucha gente solitaria en esta zona, tal vez se deba a que no hay turismo, son casi todos mayores, evidentemente ricos, puede que sus familias estén veraneando en la costa. Poca sociabilidad, nadie en las plazas, ningún bar, tan distinto a España. Pero está muy cuidado, emociona. El jardín tiene una zona umbría, jalonada por bancos de piedra para la meditación, otra con hortalizas, hierbas

medicinales y el boj, que simboliza la eternidad: todo sucede entre el cielo y esta tierra. Definitivamente, debería dejar la escritura para dedicarme a las plantas. ¿No es, en el fondo, lo mismo? El viejo intenta venderme unos perfumes carísimos, negociamos en un librito y dos postales. Muerta de hambre, con la idea de dormir una siesta antes de ponerme a trabajar, regreso pasado el mediodía. ¿Nadaré un poco? Nubes ligeras. Cuando se asoma el sol, pica. ¿Te acuerdas de nuestros veranos? ¿De las botas de goma que nos hacían poner para que no nos mojáramos con el rocío? ¿de la alfombra roja que convertíamos en balsa? Siempre recuerdo a Sonia, su vagabundear solitario frente a nuestros cuatro brazos y dos cabezas, cuatro pies. Sonia conversando con la abuela en el piso alto de «Los naranjos», leyendo un libro bajo las mantas, enfrentándose a mamá. Qué muelle fue nuestra infancia tras su coraza. ¿Seré capaz de escribir sobre todas estas cosas? Algunas me causan tanto dolor. Una vez Sonia me dijo que, para ser feliz, bastaba con salir de ti misma. Era tan positiva, tan alegre. Mi hija mayor tiene ahora la misma edad que ella cuando se la llevaron, y todavía me pesan todas estas historias sin solucionar. Querida hermana: me he pasado media vida inventando ficciones, cómo me gustaría ahora que me cuenten la verdad.

Quizá uno inventa ficciones para darle sentido a los naufragios. Recuerdo el día en que empecé a escribir este libro, que pronto daré por concluido. Fue poco después de la muerte de mamá, estaba sola en Buenos Aires, sentada en Clásica y Moderna, desayunando. Mientras le daba vueltas al café, me dediqué a escuchar un diálogo, siempre he disfrutado asomándome a las conversaciones de los demás. En la mesa de al lado había dos mujeres, con un aspecto de lo más corriente. De pronto, una le dijo a la otra: «A mí, lo que me va, es la demonología». Increíble, pero eso fue exactamente lo que dijo. Por la tarde lo apunté en mi libreta y, como si tirase de un carrete, de esta frase salió todo lo demás.

Desde lo último que te conté han pasado algunas cosas, una de ellas es que me he dado uno de los sustos más grandes de los últimos tiempos. Cuando regresé de Bois Richeux, con el espíritu bucólico al que me había inducido el jardín, me encontré con Kamil esperándome dentro de la casa. Lo descubrí de espaldas, nervios tensos, músculos potentes, el gato sobre las faldas. De pronto se dio la vuelta y me saludó con una sonrisa inocente. No sé

cómo ha entrado, pero es tan fácil saltar la tapia, me extraña que la pareja de viejos, que se asoma cada vez que pasa un coche, no lo haya detenido. Estaba a punto de gritar cuando me di cuenta de que no era inteligente, estábamos solos, así que lo saludé sin alterar la sonrisa, mientras pensaba a toda velocidad. Es increíble la cantidad de cosas que te pasan por la cabeza cuando sientes pánico. Pero Kamil parecía inofensivo. Metió la mano en el bolsillo y sacó un CD, encendió el equipo a todo volumen, debe de ser música de su tierra, y la habitación se llenó de ritmos alegres. Un rato más tarde ya me había calmado, solo ha sido la tontería de un chiquillo, o es lo que prefiero suponer. Preparo dos sándwiches mientras me repito que debo de estar loca, ese chico desconocido podría saquear la casa, ni siquiera entiendo lo que dice, habla algo desconcertante, como salido de una radio francesa a la que se le gira el dial.

Me llama *madame* porque no le he dicho mi nombre, tampoco sé si el suyo no es falso, ni sé de dónde saqué la idea de que es árabe, se parece a cualquiera de mis alumnos españoles, podría ser italiano, albanés, en todo caso mediterráneo. Lo he convencido de que no vuelva a saltar la valla, tienes que llamar, le digo, pero tal vez es peor, los ancianos de enfrente ya lo miran con mala cara. Mientras los días pasan, avanzo con esta carta que ya sé que nunca te voy a mandar. Poco antes de que mamá muriera, me encontré con una amiga psicóloga. Estábamos tomando un café y me comentó que, cuando alguien iba a su consulta, en su diván se sentaban tres generaciones. La idea me hizo gracia. ¿Y si muere tu madre, cuántas desaparecen?, le pregunté. No me contestó, pero, antes de separarnos, dijo: ¿no eres escritora? Cuéntalo y lo sabrás. Así empecé con este libro, que es lo más parecido a una autobiografía que, de momento, soy capaz de redactar: yo señores, en posesión de la verdad. Yo señores, narrándome. Mis recuerdos son la argamasa con la que levanté estos muros. Pero, a medida que voy avanzando, me doy cuenta de que todo lo que cuento es cierto, menos la mayoría de los hechos. ¡Es tan frágil la memoria! Tan mentirosa. Dicho de otro modo, los hechos no son exactos, las consecuencias, sí. ¿Cómo separar, por ejemplo, tus recuerdos de los míos? ¿Cómo adivinar qué vacíos rellena la imaginación? ¿Cómo aseverar que no cuento una versión edulcorada de mí misma? ¿Coloco las secuencias en el orden que me conviene? ¿Escribo, como Proust, para atrapar el tiempo perdido? Esta casa, por ejemplo, esta casa donde habito, esta

maravilla que me han prestado con su techo de paja, su chimenea y sus vigas casi góticas, el gato y la escalera empinada, tienen que recordar (siempre he creído en la memoria de los objetos) la Revolución Francesa. Tiene más memoria que yo el techo que se roban los pájaros para construir sus nidos, las matas de grosellas silvestres que crecen junto a la piscina. ¿Cómo sé que, desde esta misma habitación en la que ahora escribo, no se arrastró a una muchacha que terminaría muriendo en un calabozo? ¿Quién contará su historia? ¿Y la historia de Sonia? Yo, me digo, la contaré. La dibujaré con palabras. ¿Recuerdas que nuestra hermana quería ser escritora? Y mira, me ha tocado. Kamil hace sonar el claxon como para sobresaltar a todo el pueblo, entra charloteando en su idioma extraño, se sienta con desparpajo a la mesa. Como si yo fuera su madre, espera a que le sirva la comida. Pongo cara de enfado y le hago señas para que me ayude, pero me alegra que esté aquí, llevo varios días hablando con el ordenador y empiezo a perder la noción del tiempo. Luego me molesta haberme alegrado, le señalo mis papeles para que entienda que tengo que trabajar. Hace bastante calor. Alza los hombros para demostrar su indiferencia y corre hacia la piscina. Va lanzando su ropa al aire y, cuando llega al agua, está desnudo, lo último que se quita son los zapatos. Al salir del agua, su cuerpo brilla. Se coloca frente a un árbol y busca su navaja, comienza a arrojarla contra un tronco, la hiende siempre en la misma herida.

Sigo con mi idea de los jardines. Visitar Giverny, pedirle a Kamil que me acompañe pero, si empiezo a llevarlo de paseo, no podré sacármelo de encima. Ya son más cortas las tardes. Ni siquiera me pongo el bañador cuando está Kamil, me quedo vestida a su lado leyendo algo, impensable contrastar su cuerpo joven con el mío, un poco de pudor reviste la escena de cierto sentido común, pero por encima de la novela lo estoy espiando. Kamil es un cachorro lampiño y hermoso, el bello del pubis encrespado y oscuro, el racimo del sexo desorbitado. Nota que lo observo y saluda, no se da cuenta de que está desnudo. El vecino ha vuelto a pasar la segadora y la tarde se llena de olor a césped. Alguien está regando, un chorro de agua fresca riza el sol. De pronto vuelve a nublarse y truena, en dos minutos, como si estuviésemos en el trópico, empieza a llover. Kamil y yo corremos a protegernos bajo la galería de la casa y nos quedamos un rato en silencio, contemplando el chicotazo del agua sobre la piedra, los círculos concéntricos

que comienzan a gorgotear. Como si la tormenta me hubiera devuelto ese deleite agudo que se pierde con los años, de pronto se apodera de mí un rebrote de optimismo incontrolable. Me siento aérea, sexual.

Y me vuelve la pregunta atónita de mamá:
—¿Esto era todo?

Ya sabes que hasta mis debilidades son más fuertes que yo. Para evitar las riadas de turistas que inundan el jardín de Monet llegamos a Giverny muy temprano. La casa está en lo alto, subimos por un camino en rampa bordeado por construcciones de piedra y parterres cuidadísimos, se huele en el fluir del Sena la cercanía de París. Kamil remolonea, es perezoso, no quiere darse prisa ni ver el museo impresionista o las numerosas galerías de pintores actuales pero, en cuanto entra en el jardín, se le llenan los ojos de lágrimas. Su conmoción me emociona, le pongo una mano en el hombro. Él, con un gesto de niño hosco, se aleja, se limpia los ojos con el antebrazo, camina delante de mí con los puños cerrados. Creo que fue Henry James quien dijo que la naturaleza copia al arte. Aquí, en este jardín, todo existe porque está en un cuadro. Bajamos en silencio y lo invito a tomar un vino en *Au petit Marguery*, el bar donde Monet se encontraba con sus amigos. Guardo el ticket y lo pego en esta carta. Regresamos en silencio, el aire fresco de la noche entrando por la ventanilla. Lo acerco hasta Maintenon y, antes de abrir la puerta del coche, estira el cuerpo para recoger la mochila que está en el asiento de atrás. Nos rozamos. Hay un cruce de disculpas y sonrisas, miradas que se descubren y Kamil me besa.

Sí, no te escandalices, eso es lo que pasó, no es para tanto. ¿Recuerdas que mamá decía que era capaz de concentrarse en un punto de luz, hasta salir de su propio cuerpo? Pues a mí me está pasando justo lo contrario: estoy entrando en el mío. A mi edad. De todas formas, no voy a actuar como si hubiera perdido el juicio. Volveré a mis historias, a mi rutina, sé perfectamente que los hombres no son la solución, sino el principio de los problemas. Leo en los titulares: profesora universitaria acosa a inmigrante árabe. Culebrón. Qué espanto. Consecuencia inmediata: solo pienso en los labios de Kamil. Habíamos bebido, sí, solo fue un tropiezo en un día mareados de belleza. ¿Un tropiezo de quién y con qué? Tal vez esté

intentando seducirme porque soy mayor y, desde su punto de vista, tengo una billetera abultada. Qué apreciación tan masculina. En cuanto la escribo, me avergüenzo de mis prejuicios.

Dos decisiones: inflar las ruedas de la bicicleta y hacer mis compras en Chartres. Una más: alejarme de Kamil. Un lugar para desayunar, mesitas en la calle justo frente a la catedral, desde allí disfruto de los parterres de hortensias y del tren que pasea a los turistas. Me encanta que me lleven como si fuera un bulto por ciudades que no conozco. En una panadería, con el frente pintado de rojo, compro *Mentchikoffs*, unos pastelitos de la zona, una caja de *macarrons*, dispuestos por colores. Los *macarrons* son mis magdalenas de Proust y, aunque es menos literario, sería más sano que deje de atiborrarme de azúcar, me digo, más que conseguir al hombre de mi vida, el éxito o la fama, más que ganarme la lotería, lo que me gustaría es comer y no engordar. Comer sin límites, vivir en desorden, despertarme a cualquier hora, hacer lo que me dé la gana. Basta de Kamil y de Maintenon, de delirios de señora loca. *Ma-da-me*, mi-da-ma. Kamil. Cuando regreso a casa, los vecinos casi ni me saludan, intento sobornarlos comprándoles una docena de huevos que me van a taponar de colesterol, el pollo más grande aunque tenga que arrancarle yo misma las plumas, pero ni eso los conmueve. Les transfiero la culpa, son mi flagelo y lo merezco, he pecado, lo confieso, he pecado pero no me arrepiento: sueño con Kamil.

Kamil no existe, es producto de mi imaginación calenturienta, de mi escasez de sexo, de las horas encerrada, es el dibujo de una ficción. Demasiado hermoso para ser real, demasiado extraño, un hombre joven sin palabras y sin tierra. Kamil es un sueño del peligroso verano. De eso trato de convencerme cuando paseo por Chartres en bicicleta, cuando subo con esfuerzo la pendiente que va hacia la catedral sintiéndome joven y, entre las riadas de turistas, me parece verlo a él también en bicicleta, a lo lejos, agitando una mano, haciendo gestos para que me acerque. Pedaleo cansada y le doy la espalda, pero es ágil, me persigue por la barranca de la plaza, me vuelve a saludar con su alboroto despreocupado, desaparece.

Escribir con lo justo, dejándome llevar por la pleamar de la sintaxis, el hábito de los acentos, la música de las palabras. Escribir como si recortara el

tiempo, como si lo poseyera. Copio una frase: «Confía en el tiempo, que sabe dar dulces salidas a amargas dificultades». Es de Cervantes. Increíble. Escribiría un libro solo para poner algo así en un epígrafe.

¿Y si voy con él a visitar Les Tuilleries, ahora que es el aniversario de Le Nôtre? ¿Y si dedicamos lo que queda del verano a hacer turismo de jardines? ¿Y si huimos juntos a un jardín centenario que dicen que hay en el norte de Portugal? ¿Y si cruzamos el canal para visitarte y viajamos los tres hasta Sissinghurst, al jardín blanco de Vita Sackville-West? Me muero de ganas de conocerlo. Y dime, no frunzas el ceño: ¿qué gano con alejarme de Kamil, a quién le importa lo que hace una mujer sola? Me lo imagino paseando por Cambridge con su desparpajo, entre nosotras dos, idénticas, y me da la risa. ¿Qué diríamos? ¿Qué es nuestro sobrino? Es como si te estuviera oyendo. ¿Que me deje de sandeces? Hoy Kamil trajo unos dados y nos pasamos un buen rato jugando, mi corazón latía más fuerte que los golpes del cubilete contra la mesa. ¿A qué jugábamos? Al juego más antiguo del mundo. Odio las parejas asimétricas, siempre he sostenido que lo justo es medirse con un igual, hay algo aberrante en el amor que no comparte la edad, algo vampírico, siniestro. Tantos amigos con chicas que parecen sus hijas. Y ahora yo.

Y ahora yo, en este amanecer, los sonidos del campo, la tímida luz que va haciéndose sólida, las historias donde la vida diluye sus dificultades. Con su conmovedora desnudez, Kamil duerme a mi lado, los hombros poderosos, en la cavidad de su espalda se ha enroscado Buba. Estiro la mano. Sin hacer ruido, sin rozarlo, recojo mi cuaderno, apunto una idea para que no se desvanezca, las imágenes de la duermevela son volátiles, no resisten el asedio de la lucidez. «Nada de lo que recordamos es verdad. Nada de lo que imaginamos es mentira». Cuando me levante, seguiré dándole vueltas. Tropa el alba por la ventana claveteada de pájaros. Y ahora yo, satisfecha como una gata, en paz con el mundo, me despliego y me adormezco, dispuesta a disfrutar de lo que quede del verano. Ha refrescado un poco, me cubro con una sábana y, mientras caigo en el pozo inverosímil de los sueños, repito esa frase misteriosa y trémula: así es la vida.

HOMENAJES Y AGRADECIMIENTOS

Todo libro encierra, además de una historia ficticia, una historia real, que sucede durante el tiempo de su escritura. Mientras escribía estas páginas, murió mi sobrina, Francisca Ruiz Obligado, y mi amigo del alma, Julio Gómez Carrillo. La tristeza y su recuerdo querido sobrevuelan muchos de estos cuentos. Sirvan estas historias como un pequeño homenaje.

Quiero agradecer los intercambios que cubrieron mis baches de información. A Ricardo de la Fuente López, nuestra correspondencia sobre la sangre, a Weselina Oliveira, sus traducciones al polaco, a mi tía, María Luz Obligado de Zoltowski, las historias familiares y el compartir conmigo las notas de mi abuela, Lucía Nazar Anchorena, sobre aquel primer viaje en avión a Londres. A Celeste Miranda, sus lecciones de origami. A Martín Obligado, su explicación sencilla de algunos principios complejos de la Física y el título del libro. Sus ideas desde la perspectiva de la ciencia me hacen pensar, una vez más, que todos los conocimientos conducen a Roma. Un reconocimiento especial para José Luis Lejárraga, que me permitió el uso adulterado de su apellido. A Javier Siedlecki, Isabel González, Nuria Sierra, Mariana Grekoff, Lola López Mondéjar, Viviana Paletta y Carola Aikin, su lectura atenta y sus consejos.

La escritura de este libro fue itinerante. Conté con la hospitalidad de Pilar González Bernaldo y Eric Mesguich en Berchères Le Maingot, Francia, donde escribí algunos de estos cuentos. En la casa de Raúl Navarro, en «La Alameda», Soria, los organicé y, por fin, en «Casa Juste», Lousada, Portugal, terminé de estructurarlos; la calma y la belleza del jardín de Ana Osório Guedes y Fernando Riba D’Ave Guedes fueron el mejor espacio para esta tarea.

Quiero agradecer a mis editores, Juan Casamayor y Encarnación Molina, que me permitan investigar en los límites del cuento sin presión alguna, sé bien cuánto vale esta libertad.

Por fin, mi gratitud a todos los que me soportaron en los momentos bajos y, más aún, a los que no me tomaron en serio cuando me sentía un

genio. Y, como siempre, a Roco, Camila y Julieta, *sine quibus non*.